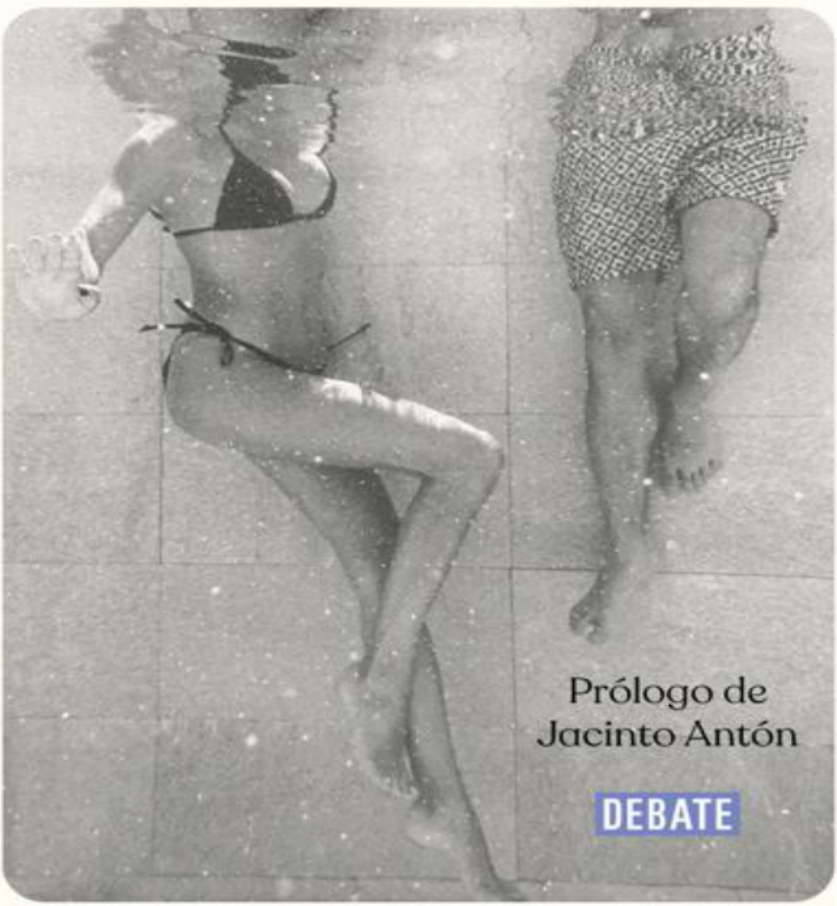
María José Solano

UNA AVENTURA GRIEGA

Tras los pasos de Patrick Leigh Fermor



Prólogo de
Jacinto Antón

DEBATE

Una aventura griega

Tras los pasos de
Patrick Leigh Fermor

MARÍA JOSÉ SOLANO

DEBATE

A mis chicos del Milford. Y al Boss

Esta historia es pura ficción si la ficción es la proyección imaginativa de la mente; y también la verdad pura si la verdad es algo más profundo y sustancial que el mero esbozo de los hombres y los acontecimientos.

CONSTANTINE PANDIA RODOCANACHI, *Forever Ulysses*

1.ATENAS
2.CORINTO
3.LEPANTO
4.LEMONODASOS
5.PORTO JELI
6.HIDRA
7.EPIDAURO
8.NAUPLIA
9.MICENAS
10.ESPARTA
11.CABO MATAPÁN/TÉNARO
12.MARMARI
13.KALAMATA
14.KARDAMILI
15.CRETA

Prólogo

«You love Mihalis»

En la larga y fabulosa vida de Patrick Leigh Fermor, Paddy para los amigos, destacan especialmente tres cosas: el viaje que hizo de muchacho por Europa central poco antes de que estallara la Segunda Guerra Mundial y que dio lugar a su mayor obra literaria (la maravillosa trilogía que arranca con *El tiempo de los regalos*); el osado secuestro que protagonizó, ya durante esa contienda, del general alemán al mando de las fuerzas de ocupación de Creta, y la relación que el escritor y aventurero mantuvo con las mujeres. Aunque Paddy cultivó muchas y buenas amistades masculinas, entre ellas las de grandes y famosos autores y artistas (de Lawrence Durrell a los poetas Katsimbalis y Seferis, o el pintor Nikos Ghika) y las de personajes que parecían salidos de *Los cañones de Navarone* (novela y película consiguiente de las que se dice, por cierto, que estuvieron influidas por sus hazañas), cuando piensas en su vida, pese a las francachelas de taberna y los peligros de guerra compartidos, las mujeres parecen haber sido más importantes que los hombres. No solo su compañera de vida, la incomparable Joan Eyres Monsell, su amor principesco y moldavo Balasha Cantacuceno, su corresponsal Deborah Devonshire (*née* Mitford) y sus muchas amantes, sino también las mujeres que han contribuido tan decisivamente a la extensión de su leyenda, la editora Anik Lapointe (que lo publicó en España y por la que siempre preguntaba Paddy), su biógrafa Artemis Cooper o la escritora Dolores Payás, también amiga suya. Todas las que lo conocieron cayeron bajo el influjo de esa personalidad arrebatadora que poseía —¡quién lo tuviera!— un magnetismo arrollador para el sexo contrario.

En qué consistía ese atractivo no es difícil, ay, de discernir: era guapo, inteligente, culto hasta decir basta, divertido, valiente, pillastre, un punto caradura y fresco, y, curiosamente, pese a haber sido un osado combatiente de operaciones especiales y a todo su aspecto solar de héroe arquetípico y muy masculino, tenía un lado

tierno e inocente que despertaba el deseo de protección, algo que resulta irresistible para algunas mujeres. Lo más sorprendente, con todo, ha sido su capacidad de seducir después de muerto incluso a mujeres que no lo conocieron. Es el caso de María José Solano, cuyo libro sobre Leigh Fermor, este que tienen en las manos, se caracteriza sobre todo por ser la historia de su enamoramiento de Paddy y una verdadera declaración de amor hacia el escritor y el hombre.

Tengo que decir que me ha impresionado (y me ha despertado celos, no sé si del uno o de la otra) la vehemencia con la que María José expresa sus sentimientos por Paddy, envueltos en el hermoso formato de un viaje iniciático a Grecia tras los pasos del autor. Es verdad que la experiencia Patrick Leigh Fermor tiene mucho de deslumbramiento: descubrir su obra y su vida, tan imbricadas ambas, es acceder a un universo luminoso hecho de grandes y bellas palabras que concitan imágenes imborrables. Todos hemos sentido esa especie de revelación y cada uno a su manera.

Yo cierro los ojos, pienso en Paddy y, con una nostalgia grande como el Soracte y ancha como el Helesponto, me vienen a la cabeza su felicidad un mediodía en Chelsea hablando de los dacios y su forma de estudiarme al pedirme que le recitara en latín un trozo de la famosa oda de Horacio, la 1.9, «A Taliarco», del episodio Kreipe (cuando el general secuestrado empezó a declamarla ante la vista del monte Ida y, para su sorpresa, su abigarrado captor, que parecía un rudo guerrillero griego más, continuó la estrofa). También su generosidad al llevarme a su librería favorita (John Sandoe Books, donde le abrió una cuenta vitalicia a Balasha) para regalarme una primera edición de *Ill Met by Moonlight*, el libro de su camarada Billy Moss sobre la operación de secuestro de Kreipe. Y su voz, tantas veces que hablamos por teléfono, y la letra endiablada de sus cartas. Pero, sobre todo, al pensar en Paddy veo con una nostalgia tremenda al joven peregrino de la vida, la aventura y la belleza, al entrañable, inocente *Wandervogel* atravesando Europa —una Europa condenada a las llamas—, aureolado de juvenil energía y de contagioso entusiasmo. En mi mente camina siempre hacia el este, hacia el brillo de las cúpulas de Constantinopla, por tierras de húsares, cigüeñas y nombres de un

exotismo delicioso; levantando a su paso, como haces con las aves al marchar por prados y humedales, las más fascinantes historias del pasado.

Ya ven cómo pega lo de Patrick Leigh Fermor, cómo las gastan su prosa y su recuerdo, así que, ¿quién puede reprocharle a María José su entusiasmo fermoriano? Su propio peregrinaje a Grecia (el país del que el británico Paddy hizo su patria de adopción, por el que se jugó literalmente la vida y donde levantó su casa) arranca con la confesión de que ha perdido la cabeza por el autor y declara que es una «viajera sentimental» que parte a la búsqueda de quien es para ella alguien del que quiere saber más. Lleva leídos, y bien leídos, los libros de Fermor, la espléndida biografía de Artemis Cooper, el libro de Dolores Payás (a ambas las ha entrevistado), y todo el resto de la bibliografía paddyniana. Y ahí la tenemos, en marcha, en pos de las huellas de Paddy en el paisaje y en el aire, un *Wanderlust* —una «pasión por caminar»— que se sobrepone al del propio Paddy. La autora se pone en los zapatos de Patrick Leigh Fermor como este se puso (literalmente, aunque eran unas pantuflas en su caso) en los de lord Byron, su referente. Y en su piel: ¿no será ella la sirena (o gorgona) que llevaba tatuada el escritor?

El trayecto arranca de manera anticlimática con un atasco automovilístico en el camino del aeropuerto a Atenas. No importa, María José tiene hervor para aguantar eso y lo que le echen y va a cubrir empecinadamente las etapas de su recorrido hasta la punta del Peloponeso, el hogar de Paddy en Kardamili, convertido en la meta, la Constantinopla de ella, rememorando la vida y la obra del escritor, conjurando sus episodios favoritos. El libro es una biografía con muchos datos muy bien buscados, seleccionados y colocados (no recordaba lo del posible hijo ilegítimo griego). Y, entrando de lleno en el género de la literatura de viajes, un itinerario físico y sentimental. Lo primero a destacar es que está muy bien escrito, te sumerge en la personalidad y el mundo de Leigh Fermor con un énfasis en la belleza y el misterio que es eco del de él.

Veremos a María José instalarse en un hotelito de Atenas con vistas a la Acrópolis y ofrecerse un rito de entrada a la paddymanía en forma

de libación (hay que ver cómo le da la autora al *retsina* durante el viaje), una copa dedicada «a los héroes valientes». La seguiremos por las callejuelas atenienses, Moleskine en mano, «el pelo mojado y un ligero vestido blanco», cual ninfa curiosa, en su periplo deliciosamente fetichista y sensual por los lugares que frecuentó Paddy, incluidas tabernas (como la Plátanos Taverna) y varios antros, en los que pregunta por él, como si hubieran quedado. La Atenas actual podría parecer decepcionante, pero María José, con la guía de los textos, la biografía del escritor y su gran entusiasmo va arrancando capas del *pentimento* de la memoria para meternos en el paisaje arquitectónico y humano de Patrick Leigh Fermor. Nuestra cicerone subraya la triple vinculación divina del escritor: Apolo, indudablemente, pero también Dionisio y Mercurio. La calidad solar de Paddy, pero asimismo su devoción, durante toda su larga vida, a Dionisio y sus placeres, y la vena mercurial (el ingenio, la astucia, siempre con alas en los pies). No olvidemos tampoco el punto de Marte de Mihalis, como le llamaban en la clandestinidad del combate contra los nazis en la Creta ocupada. También apunta la autora que, como Paris o Eneas, Patrick fue siempre un favorecido por Afrodita.

Le veo a María José, tan dispuesta a revivir con entusiasmo (literario) las farras de Paddy con amigos (en la Palia Taverna tou Psara, por ejemplo), también un punto de celos al tratar de sus compañías femeninas. Llega ella, así que apártense esas sombras del Hades que rodean al héroe deseado como presencias evanescentes y fastidiosas. Tantas: Elizabeth, Xenia, Penka (Nadejda), Lyndall, Ricki Huston… Balasha, redimida por su amor y su derrota vital y sentimental, aún es soportable (y el libro recoge unas hermosas líneas de una carta de la princesa: «Me gustaste al instante. Eras tan fresco y tan entusiasta, estabas tan limpio y tan lleno de color. Jamás olvidaré el impacto que me causó aquella bocanada de aire fresco»; ¡lo suscribimos todo, como sin duda lo suscribe nuestra viajera!). Pero María José no traga en cambio, me parece, a Joan, «flaca, un poco desgarbada», la gran influencia femenina en el héroe y aventurero. La que le escribió: «Piensa en lo que yo te quiero […] soy una mujer desesperadamente adicta a ti». Cualquiera se mete en medio de una

riña de mujeres por un hombre; y eso que la compañera primero y luego esposa de Paddy, «su Penélope», fue siempre muy tolerante con las aventuras amorosas de Patrick Leigh Fermor, hasta el punto de admitir, como recuerda María José, la presencia de alguna amante en su propia casa; sin celos sexuales, vamos. Sin embargo, María José sabe (lo ha leído) que «Paddy jamás abandonará a su mujer», pues «la necesita económica y anímicamente para escribir», como decían las malas lenguas, esas que también lo consideraban «un gigoló de clase media para mujeres de clase alta» (Somerset Maugham, cabreado). Nuestra escritora se agarra a la consideración de Artemis Cooper de que la muerte de Joan, que podía ser muy suya y desagradable excepto para sus gatos, significó para Fermor sentirse «liberado de un lastre o un compromiso».

Una de las cosas más sorprendentes del libro —aparte de una extraña devoción por san Pablo, al que ¡compara con Paddy! (aunque este último nunca se hubiera caído de un caballo), y del que recuerda con extraña emoción extemporánea las célebres palabras que se pronuncian en la celebración del matrimonio, «el amor todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta»— es la selección que hace la autora de los lugares a visitar de la geografía de Patrick Leigh Fermor. Es muy personal. Prefiere los escenarios sentimentales a los épicos (aunque, ciertamente, Paddy podía ser épico en todas partes, incluso en las tabernas y las camas). Así, María José nos lleva a la casa de Balasha y Patrick en Atenas. Nos describe, como si los espiara, la llegada de los dos amantes, pasando por la calle Tripodon, «besándose bajo un cuarto de luna similar al de esta noche […] distraídos por el deseo y las ganas de llegar». O nos conduce a otro de los inolvidables parajes de aquel idilio (aparte de la finca solariega de los Cantacuceno, Balani, que queda para otro viaje): el molino de Lemonodasos, de los Limoneros, que la pareja alquiló para vivir unos meses estivales de 1935. De nuevo, la autora se sumerge en la pasión de Paddy y Balasha y describe con la imaginación cómo en la ducha natural junto al molino, en la que se introduce, espía y cómplice a través del tiempo, «después de las largas siestas, la pareja refrescaba la piel del sudor de interminables horas de amor o

endulzaba sus cuerpos cubiertos con el salitre cristalizado tras nadar desnudos en una playa cercana, frente a la isla de Poros».

Otros, al hacer la «ruta Paddy», nos hemos decantado más por los paisajes de la batalla de Creta —los viejos aeródromos, el cementerio en Canea donde reposa el tuerto John Pendlebury, al que tanto admiraba Leigh Fermor—, y sobre todo por el famoso tramo de carretera, cerca de Cnosos, donde se produjo el secuestro de Kreipe (uno de los lugares más visitados y venerados por los miembros del club Paddy, como María Belmonte, Ángel Carlos Pérez Aguayo o yo mismo. María, además, gran caminante, se ha pateado el monte Ida siguiendo la marcha de los secuestradores y su secuestrado, y Ángel Carlos ha rastreado nada menos que Tara, la mansión de El Cairo donde Fermor y sus camaradas planificaron sus operaciones y su leyenda entre alcohol, sexo y metanfetaminas). María José, como he dicho ya, prefiere ir al centro de su vida doméstica: su casa de Kardamili. En el camino, pasa por Corinto, por la isla de Hidra (donde visita las ruinas de la mansión de Ghika, en la que se alojó Patrick Leigh Fermor una temporada con Joan, casa destruida por un incendio provocado por una airada ama de llaves), por Nauplia, por Epidauro (en cuyas historiadas gradas come uvas), Micenas (y su concurrido hotel Belle Hélène, del que era habitual Fermor) y Esparta, hasta llegar por fin a su destino.

Se cuela en la famosa casa de Paddy, a la sazón en obras. Recorre emocionada las desmanteladas estancias y el jardín, reconoce los espacios fermorianos, la exedra, la empinada escalera a la playa, la biblioteca; no deja de señalar que en aquel hogar conyugal el matrimonio dormía en habitaciones separadas desde el principio. Arranca (incorregible fetichista, ya lo he dicho) una ramita del olivo centenario a cuya sombra Paddy solía leer…

Pero el momento más importante, a mi parecer, del libro es cuando, tras la visita a la casa, María José pasea aún en shock por Kardamili y llega a la librería del pueblo. Allí el librero, conocido tesorero y oficiante de la fermoridad, tras ser interrogado por la viajera y cuando esta ya se marcha, cargada de anécdotas, recuerdos y libros, le espeta inesperadamente: «You love Mihalis». La escritora se ve descubierta y

revelada (incluso para sí misma). Es una epifanía. Un momento que lo redondea todo. Y hay más: «Mihalis likes you very much» («Tú le gustas mucho a Mihalis»), añade el librero-arúspice-nigromante.

¿Es posible encontrar el amor en un hombre muerto al que no has visto en tu vida? Sin duda sí, si ese hombre es Patrick Leigh Fermor.

JACINTO ANTÓN

1

Atenas: una habitación con vistas

Deja tus moradas y busca costas extranjeras, oh joven: para ti nace un nuevo y más grande orden de las cosas.

PETRONIO

Hay millones de motivos para meter en una mochila algo de ropa y libros y lanzarse ahí fuera. Para una viajera sentimental como yo, emprender la búsqueda de un desconocido que te hace sonreír con su manera de escribir, como si ambos estuvierais muy cerca y os mirarais a los ojos desde el otro lado del tiempo, es una razón tan poderosa como para otros pueda serlo la guerra, la curiosidad, el destierro o el aburrimiento.

Despuntaba esplendorosa la primavera cuando supe que era el momento perfecto para regresar a aquella parte del Mediterráneo antes de que el calor llenase de turistas sus orillas. Nada presagiaba entonces la pandemia, la muerte, el encierro, la pérdida de las libertades, la vacunación dudosa, la separación de los amantes. Después de aquella incertidumbre universal que casi todos hemos procurado olvidar, los viajes y los libros cobraron un nuevo sentido para mí, y fue entonces cuando comprendí que tal vez no era mala idea volver allí literariamente; contar aquella aventura griega para levantar un puente de palabras entre mi vida y su muerte.

Patrick Leigh Fermor me resultaba un completo desconocido hasta el día en que el libro de su vida se cruzó en mi camino. Después de leer las casi quinientas páginas biografiadas por Artemis Cooper el azar hizo el resto, tejiendo una red de robustos hilos que me fueron atando a sus escritos, sus fotos, su paisaje. Necesitaba conocer a aquel hombre o, mejor, perseguir sus huellas, cazar una pieza que solo

existía en mi biblioteca y mi imaginación.

Esa fue la razón del comienzo de esta aventura griega, en un vuelo Madrid-Atenas y después en un coche de alquiler con el que enfilé ilusionada la autopista Attikí Odós, el «camino del Ática».

«Soy de *odós*, no de *drómos*», decía en libre traducción Sócrates, dejando clara su preferencia por los caminos bien empedrados, civilizados, construidos por el hombre, frente a los rudos senderos del campo. El trayecto del aeropuerto a la ciudad de Atenas suele durar entre treinta y cinco y cincuenta minutos, dependiendo del tráfico. Aquella mañana el caos en la autopista era infernal; habría desesperado al más estoico de los filósofos, pero nunca a una viajera sentimental.

Casi parada, con las ventanillas del coche de alquiler abiertas bajo un sol dorado que caía sobre la tierra pesado como el sudor de Apolo, traté de imaginar aquel paisaje inglés de Paddy, tan diferente de este, envolviendo en la bruma a un muchacho prematuramente cansado de la monotonía de los días sin perspectivas y las interminables noches de fiesta, invadido, a sus escasos dieciocho años, por «una súbita antipatía por Londres», como él mismo reconocería años más tarde. Un muchacho al que de pronto todo le parecía insoportable, y que sentía un repentino hastío por los meses ininterrumpidos de fiestas, amigos y alcohol. Un cansancio peligroso que se había ido transformando en una especie de desdén por todo el mundo, empezando por él mismo; el bullicioso Londres le parecía un lugar chirriante, que le generaba una sensación descorazonadora que comenzaba a dispersar sus facultades y ahogar todo lo bueno y valioso que poseía. Por eso decidió que la única solución era huir de aquel lugar o, más bien, de «aquella percepción de estar respirando una atmósfera asfixiante de ociosidad suspendida».

Así que una lluviosa mañana resolvió espolear al destino: recorrería a pie el continente europeo, de occidente a oriente. Al no contar con demasiados recursos dormiría donde pudiese, como un vagabundo o un romántico *Wanderlust*; conocería gente, lugares, lenguas y, al fin, sin prisas, llegaría a la meta, Constantinopla, una ciudad que él siempre llamó por su nombre cristiano a pesar de que hacía tres años

que lo habían sustituido oficialmente por la denominación turca, Estambul. Tenía la intuición de que aquella aventura le permitiría sentirse vivo otra vez. Con suerte, me dije al finalizar la biografía de Paddy, puede que este hombre que tanto me gusta y su singular aventura sean la oportunidad que yo esperaba para encontrar mi propia materia prima literaria.

Hasta entonces había recorrido el mundo como una viajera profesional vestida con uniforme de azafata de vuelo. Durante los años universitarios desempeñé con mucho respeto una profesión que desde el principio asumí con responsabilidad, aunque siempre a sabiendas de que era algo de ida y vuelta: un trabajo temporal que me permitía sufragar los gastos de mi independencia estudiantil. Imposible saber entonces que hay lugares de los que nunca se vuelve, y que aquella forma singular de vivir unos años de juventud cruciales iba a determinar para siempre mi manera de mirar y de comportarme: me acostumbré a viajar con lo esencial; a forjar amistades eternas que tenían la duración de un vuelo transoceánico; a cambiarme de ropa en lugares inverosímiles; a moverme por los hoteles como por mi propia casa; a distinguir el miedo en los pasajeros aunque se empeñaran en disfrazarlo de fatiga, enfermedad, mal humor o sed de vodka; a comprender que las propinas dadas de manera apropiada forjan lealtades; a ser discreta en los lugares peligrosos; a observar el mundo con curiosidad comprensiva y a tratar de conversar y leer en el idioma del país de destino. También esta profesión me enseñó algo crucial: aprendí a seguir sonriendo con tranquilidad en algunos casos de emergencia a bordo en los que creí que moriríamos todos.

Naturalmente, la lectura desempeñó un papel decisivo en aquella vida de escalas, retrasos, noches interminables sobrevolando océanos, esperas en hoteles y salas solitarias de *crew*, siempre arrastrando gustosa un sobrepeso de libros por los aeropuertos del mundo, pues me servían de consuelo, curiosidad, diversión, aprendizaje, felicidad, compañía. Sin embargo, ninguno de ellos se me apareció con la fuerza con la que lo hizo el universo literario de Paddy. Jamás, hasta que leí su vida contada por la escritora inglesa Artemis Cooper, pensé que un libro podía pasar de mero compañero de viaje a ser un destino en sí

mismo.

Sin ningún tipo de melancolía por aquellos días de profesional de la aviación, me dispuse a preparar mi aventura griega: fabriqué un plano personal, minucioso y documentado a base de lecturas fermorianas, me senté frente al ordenador y reservé un vuelo a Atenas.

Como un dios pagano que nombra las cosas de la nada, Patrick Leigh Fermor tuvo la capacidad de construir en su literatura una nueva Grecia. Ni Homero, ni Pausanias, ni Heródoto, ni Schliemann, ni Butler, ni Durrell, ni Graves ni nadie la habían contado antes así. El continente griego de Fermor se gestó con la forma de dos mundos con nuevos topónimos y fronteras sentimentales: Roumeli en el norte, Mani en el sur y, en un rincón imposible, en la parte más meridional de aquella geografía literaria, el centro de todo, Kardamili, latiendo fulgurante como un corazón mineral; la vieja Cardámila, una de las siete ciudades mesenias que Agamenón ofreció a Aquiles para apagar su cólera, aunque me temo que cambiar a la hermosa Briseida por siete recónditas ciudades de piedra allá abajo, en el fin del mundo, no convenció en absoluto al guerrero. Homero nos contaría el resto de la historia.

Pues bien, aquel rincón del Peloponeso era mi verdadero destino, mi Constantinopla, aunque a diferencia del aventurero Fermor yo no iba a hacer el trayecto a pie. Desde que dejé de volar como azafata (y de eso hace ya demasiado tiempo), y a pesar de no echar en absoluto de menos aquel mundo, me sigo sintiendo extraña sin el uniforme en un avión, sin ocupar mi lugar en el transportín, sin saludar al pasaje por el micrófono («Buenos días, señores pasajeros, bienvenidos a bordo, les habla la sobrecargo de este vuelo 4571 con destino a Atenas»), sin tener que levantarme cuando apagan la señal de cinturones, sin el primer café apresurado de pie, oculta por la cortina del *galley*. Sentada ahora como una pasajera más, miro a través del óvalo azul de la ventanilla y pienso en Paddy. El avión tardará tres horas y treinta y tres minutos en recorrer una distancia para la que aquel muchacho necesitó algo más de un año.

Fueron exactamente un año y veintidós días desde que comenzó el periplo, el 9 de diciembre de 1933, tras haber cruzado siete países y

caminado cientos de kilómetros, los que el joven Paddy, de tan solo dieciocho años, empleó en alcanzar su primera meta, que no era Grecia, sino Turquía. Como un Phileas Fogg que apostara consigo mismo una fecha de llegada, entraba puntual en Estambul (su Constantinopla) la fría mañana del 31 de diciembre de 1934. Allí, en los confines del Viejo Continente, estrenando el nuevo año, se despedía de la aventura centroeuropea de bosques, agua y castillos para comenzar un nuevo peregrinaje hacia su destino definitivo, la dura tierra al sur del Peloponeso.

Sonreí pensando en esa contradicción: la lentitud de aquel viaje generaría en Paddy una escritura ligera, casi alada, como si hubiese llegado en un reactor cruzando los años hasta mis ojos. Caminando por Europa, aquel muchacho moderno conectaba, sin ser demasiado consciente de ello, con los escritores antiguos.

Con esa idea en la cabeza, entre la acelerada confusión del aterrizaje, el equipaje y la fila interminable de pasajeros en el mostrador del *rent-a-car*, tuve ocasión de comprobar que «velocidad» y «lentitud» son conceptos aleatorios de la posmodernidad. De hecho, estuve varias horas atrapada en mitad del tráfico, a las puertas de Atenas, empleando más tiempo en entrar con mi coche en la ciudad que el que había tardado en volar desde Madrid hasta Grecia. Allí parada, en mitad del tiempo abstracto de mis pensamientos, me sentía como un impotente soldado persa incapaz de franquear la inexpugnable muralla de Temístocles y seguía recordando obsesivamente a Paddy: dioses, príncipes, cazadores, filósofos, guerreros, aedos… ¿Qué extraña mezcla de todos ellos había configurado a aquel joven singular?

Patrick Leigh Fermor era hijo de dos personalidades arrebatadoras e irreconciliables: Lewis, un importante geólogo que descubrió un mineral al que bautizó como «fermorita», y Eileen, una mujer inteligente y audaz, imaginativa y lectora, amazona y pianista. En Patrick confluyeron la capacidad paterna de comprender el lenguaje oculto del paisaje y la urgente necesidad materna de vivir aventuras. Residentes en India por motivos de trabajo, la Gran Guerra hizo que la pareja y su hija de cuatro años regresaran a Londres desde Calcuta,

aunque por poco tiempo, pues, como miembro del cuerpo de funcionarios de India, su padre tuvo que regresar muy pronto a ese país. Su madre, embarazada por segunda vez, prefirió quedarse en la capital británica, donde finalmente dio a luz en una habitación alquilada del número 20 de Endsleigh Gardens. El pequeño Paddy Mike nacía, hermosísimo y fuerte como la fermorita, el 11 de febrero de 1915, un mes después de los ataques sobre Yarmouth y King's Lynn llevados a cabo por unos monstruos de guerra hasta entonces desconocidos, los zepelines.

El conflicto se extendía a toda velocidad, y Eileen sintió la urgencia de regresar a Calcuta junto a su marido. Por fortuna no llegó a comprar los pasajes del Lusitania, que naufragó después de recibir el impacto de un torpedo alemán. Aquel incidente le hizo tomar una de las decisiones más importantes de su vida: separar a sus hijos para, en caso de ser atacados, salvar a uno de los dos. Estaba decidido. Ella embarcó con Vanessa, la niña, y a Paddy lo dejó a cargo de una familia de granjeros en Northamptonshire, donde el cachorrillo creció libre y salvaje, construyendo su personalidad en un ambiente de feliz desarraigo. Años después, el propio Leigh Fermor recordó el lugar como «muy cercano al paraíso», describiendo un idealizado paisaje de graneros, almiares y cardenchas lleno de matorrales, lomas onduladas y tierras aradas donde pasó su infancia, feliz como «el hijo pequeño asilvestrado de un agricultor».

Los padres adoptivos, George Edwin y su mujer, Margaret, vivían con sus tres hijos naturales en una pequeña casa adosada en el pueblo de Weedon, en la antigua carretera que iba de Northampton a Daventry. Allí, durante aquellos felices años, el chico fue tan solo Paddy Mike, como resumen del nombre con el que fue bautizado, Patrick Michael Leigh Fermor. Su padre, en Calcuta en el momento del bautismo del bebé, que tuvo lugar una espléndida mañana de primavera en Coldharbour, no pudo cumplir su intención de añadir el nombre de una piedra semipreciosa al de su segundo vástago, como sí lo había hecho con su primogénita, Vanessa Opal. Sea como fuere, Eileen se salió con la suya bendiciendo a su hijo con el nombre del patrón de la isla de Irlanda y consolidando de paso la genealogía de

los Ambler, sus ancestros, con nobles ramas genealógicas que ascendían nada menos que hasta sir John Taaffe de Ballymonte, originario del condado de Sligo, cuyos descendientes llegaron a ser condes del Sacro Imperio Romano.

Sin embargo, cuando el muchacho de dieciocho años embarcó en el vapor holandés Stadhouder Willem rumbo a su aventura europea, decidió que ese cambio de piel requería a su vez uno nominativo, por lo que adoptó su segundo nombre, Michael, para presentarse en el Viejo Continente. Con el paso del tiempo su azarosa vida lo llevaría a Creta, donde protagonizaría una valiente y atrevida aventura, el secuestro de un general alemán. Sus compañeros de montaña y asaltos lo llamaron Mihalis (Miguel, en griego) y así fue conocido en toda Grecia, incluido aquel rincón del Peloponeso denominado Mani, donde las gentes del pueblo se referían a él como «o kirios Mihalis», «señor Mihalis». No obstante, tanto para la literatura como para un selecto grupo de seguidores y amigos, Leigh Fermor siempre fue y será Paddy.

Desde aquel primer Paddy Mike, el joven metamorfoseado en todas esas formas de ser nombrado tuvo que recorrer un largo camino para averiguar quién era en realidad; los dioses le concedieron oportunidad y tiempo, y él se encargó del resto. Sus viajes, convertidos en libros muchos años después de que ocurrieran, son un prodigio de memoria y voluntad, una decantación de pureza extrema de lo que un hombre de vida larga y aventurera es capaz de resumir en la madurez del escritor sin renunciar a la brillante incertidumbre del muchacho inquieto, manteniendo, tal vez, la sana duda de no llegar a saber quién era él en realidad.

Todavía atrapada en el embotellamiento, empecé a calcular las posibilidades de escapar de allí. Comprobé en el mapa que a unos ciento ochenta kilómetros al noroeste del infernal atasco, siguiendo la autopista E75 en dirección a Lamía y tomando la salida de Castro, a unos cien kilómetros, para seguir después las indicaciones a Livadiá pasando por Arájova, un bonito pueblo de montaña, esa misma carretera me llevaría hasta la ladera sur del monte Parnaso, a los pies del viejo centro del mundo griego, Delfos.

En Delfos, antes de plantear cualquier consulta a los dioses, el popular oráculo obligaba al viajero de la Antigüedad a indagar en su propia esencia. Este, y no otro, debía ser el punto de partida para comprender el mundo. No era un simple consejo, una recomendación o una sugerencia. Las palabras inscritas en la entrada del templo de Apolo eran casi una advertencia que iba más allá del mero valor ético o religioso. Pausanias, ese gran turista del siglo II, explica en *Descripción de Grecia* que la frase estaba grabada en oro. El aforismo, cuya autoría continúan disputándose en el Olimpo Heráclito, Quilón de Esparta, Tales de Mileto, Sócrates, Pitágoras y Solón de Atenas, se hizo popular en los versos latinos de Juvenal como *nosce te ipsum*. Hoy en día ese principio inamovible ha sido trastocado por la modernidad, pues en pleno siglo XXI conocerse a uno mismo equivale en el discurso psicológico a echar una mirada al pasado y a todo lo que en él nos ha conformado: familia, cultura, acontecimientos, traumas, amistades. En la Grecia de Pericles, por el contrario, aquel consejo divino era un proyecto de futuro.

Hay una curiosa nota fermoriana acerca de esa ciudad sagrada, pues fue precisamente en Delfos donde Paddy leyó, preparada para ser enviada a imprenta, la copia final de su primer libro publicado, *El árbol del viajero*. El 1 de diciembre de 1950 escribía a su editor, bajo la sombra del oráculo, con el mismo entusiasmo juvenil que derrochó durante toda la vida y tal vez sin demasiado interés por terminar de conocerse a sí mismo. Entre signos de exclamación, confesaba: «¡Apenas puedo creer que un libro tan magnífico esté relacionado conmigo!». Creo que, gracias a esta aventura griega, ahora puedo entender perfectamente esa frase; mucho mejor, sin duda, que la del oráculo de Delfos.

Viajar en busca de un muerto amado obliga a la encrucijada del tiempo. Jano Bifronte se burla de mí trenzando, rítmico y veloz, las imágenes como un *sirtaki* de la memoria. Quiero avanzar, pero lo único que hago es adentrarme cada vez más en el pasado.

Los que sí avanzan por fin son los coches de este atasco infernal; tecleo en el navegador el nombre del hotel en que me alojaré y piso al fin el acelerador. El Tempi es pequeño y está un poco destartalado.

Algunas habitaciones, según la disponibilidad y el precio, incluyen un baño privado. Sin embargo, tiene algo que lo hace único: por una cifra irrisoria puedes dormir en la habitación 225, con la ventana abierta y vistas a la Acrópolis. Unas plantas más arriba, la terraza garantiza el fresco incluso en las noches de verano, y sus dueños, los agradables Yannis y Katerina, te permiten llevar tu propio vino para, con la ciudad dormida y el Partenón lejano y desierto, ofrecer bajo la luz de la luna una libación solitaria a los hombres valientes.

Solo dormiré dos noches en el Tempi, así que no pierdo tiempo deshaciendo el equipaje. Prefiero invertirlo bajo la ducha. Con los ojos cerrados recibo el agua tibia con un placer similar al de Dánae inundada por Zeus, para después, con el pelo mojado, un ligero vestido blanco y mi Moleskine bajo el brazo, lanzarme a las calles bulliciosas de los alrededores de Syntagma, la plaza de la Constitución, «el ágora de la vida moderna», como la llamaba Paddy.

Precisamente esa modernidad se había abalanzado sobre la ciudad devorando los testigos del recuerdo. Un muchacho de apenas veinte años, risueño y aventurero, llega a la pintoresca Atenas de 1935 después de cruzar Europa a pie. Le aguardarán amistades de por vida, noches de tabernas y alcohol y un trofeo del azar, Balasha, su primer gran amor.

En el arco temporal que inevitablemente trazo desde la bulliciosa plaza hacia los diferentes pasados, otro Paddy de casi cincuenta años regresa a Atenas lamentando la desintegración de los antiguos vestigios en una ciudad que «se precipita hacia la disolución»:

> Brotan hacinamientos llenos de incongruentes rascacielos […]. En el asfixiante asfalto, gigantescos taxis americanos como largos caramelos alados corren a endemoniada velocidad, entre chirridos y frenazos […]. Las calles están boquiabiertas, como si acabaran de ser bombardeadas. La mampostería se derrumba y el polvo flota en el aire como si la ciudad viviera en un constante estado de asedio. La sutil nota de los búhos, antes *leitmotiv* urbano, ha sido reemplazada por el matraqueo de las perforadoras neumáticas. Herrumbrosas espigas de hormigón armado taladran el horizonte y los nuevos hoteles trepan vertiginosamente desde los cascotes como si surgieran de bocas de ogros.

Aturdido por la precipitada reconstrucción, vagando por las calles «como un zorro al que le hubieran robado sus marcas territoriales», un maduro sir Patrick Leigh Fermor caminó hacia la plaza Syntagma, donde estoy ahora, en busca de su hotel de siempre, el New Angleterre. Melancólico e impotente ante la apisonadora de la modernidad, comprobó que el hotel ya no existía, sustituido por una cafetería incrustada en un cubo de hormigón. Tampoco su otro hotel, el Grande Bretagne, en un extremo de la plaza, había resistido intacto. Aunque se mantenía en pie, había sido remozado, actualizado y adaptado no al viajero, sino al turista que en aquellos años sesenta, con el *boom* de las compañías aéreas, la incipiente industria hotelera y la recuperación económica, comenzaba a moverse en peligrosas masas por el mundo. «La más peligrosa desde los tiempos de Jerjes», lamentaba Paddy.

Entro en el vestíbulo del Grande Bretagne, hoy uno de los alojamientos más exclusivos de la ciudad, y avanzo admirada por entre columnas neoclásicas, bustos romanos, pavimentos de mármol y macetones con frondosas kentias acordes, en su elegante disposición, con las cinco estrellas de la catalogación hotelera. Me dirijo al bar desierto y me acerco a la barra, donde pido un *retsina*. Pero el barman, un joven atildado y serio, no parece haberme oído. Este vino popular de taberna no es, desde luego, el que acostumbra a tomar el tipo de huésped que frecuenta un hotel tan refinado, pero eso no me importa. Es el vino que Paddy trajinaba con sus amigos atenienses casi medio siglo atrás, cuando este mismo bar de su juventud, tan diferente entonces, era «un ruidoso y delicioso lugar de encuentro».

En ese momento, una camarera vestida con un traje oscuro, estrecho y largo de corte Armani, provisto de un discreto y diminuto bordado del escudo del hotel en un lado del pecho, se acerca para indicarme en un inglés sin acento que hay una mesa libre y que estaré mucho más cómoda ahí. Me deja una servilleta de tela bordada, un posavasos y un cuenco de cerámica oscura lleno de almendras. Al poco aparece con una bandeja enorme de plata en la que se sostiene en singular equilibrio una copa del humilde *retsina* extrañamente brillante en el centro de aquella superficie lujosa, como si se sintiera tan cómoda

aquí como en las tabernas más populares de Plaka. «Igual que yo misma», pensé. La hierática camarera ateniense la deposita con profesionalidad sobre la mesita y me sonríe.

—Se lo agradezco —le digo—. Este vino y este hotel son muy importantes para mí, ¿sabe?

Me mira y asiente con sonrisa profesional.

—¿Le suena a usted el nombre de Patrick Leigh Fermor? —Niega con la cabeza sin dejar de sonreír—. Era un escritor inglés amigo de mi abuelo, ambos estuvieron aquí alojados durante la Segunda Guerra Mundial —miento. Esta vez, con cierto brillo de interés en los ojos y tras disculparse, se aleja apresurada a atender a otros clientes.

Ahora soy yo la que sonríe al sentir el primer sorbo fresco de *retsina* en los labios. «Es curioso —pienso—, no me ha preguntado en qué bando (a favor o en contra de los griegos) habían luchado mi abuelo y "su amigo"».

Precisamente. Los encuentros y los amigos marcaron la vida de Paddy desde que se embarcó en aquel vapor holandés en el muelle de la torre de Londres donde comenzó su aventura. Fueron encuentros apadrinados a veces por cartas de recomendación de conocidos y viejas amistades, aunque la mayoría de ellos consolidados de manera fortuita. Amigos de un solo día, mujeres de algunas noches, elegantes matrimonios en castillos solitarios, agricultores generosos, posaderos de cualquier aldea, recepcionistas, embajadores… Todos ellos, seducidos en mayor o menor medida por la deslumbrante personalidad del británico, constituyeron los puertos de descanso y breve felicidad durante su venturosa travesía por los oscuros bosques del continente, los sabios ríos, las bibliotecas de los castillos y los monasterios desiertos hasta llegar al mar, ese Mediterráneo al que arribó joven y sediento de aventuras y adonde regresó años después para descansar, recordando y escribiendo en sus orillas, como un viejo soldado de la Anábasis.

Siempre hay una primera vez. Y la de Paddy, hijastro de Mercurio alado, fue inevitablemente bendecida por Dioniso en las tabernas de Plaka, pero también por Afrodita, que guardaba para él una de las historias de amor más hermosas del siglo XX.

2

Tabernas, amigos y una princesa

Cuando tú, dispuesta a ofender la divinidad de los dioses, jurabas en los términos que yo te dictaba.

HORACIO, epodo XV

Cae lenta la tarde sobre la vieja Atenas. Es la hora propicia del paseo tranquilo por el centro haciendo tiempo para la cita con los fantasmas de Plaka.

La llegada del joven Paddy a la ciudad en la primavera de 1935 fue agridulce. Allí lo esperaban varias cartas de Inglaterra y el anhelado sobre con las cuatro libras de su asignación. Como solía hacer, pasó la noche en casa de unos conocidos y al día siguiente se dirigió al consulado británico, donde su arrolladora personalidad, ya curtida tras un año de transitar por Europa, conquistó al hijo del embajador, que le ofreció alojamiento en aquel bello edificio. Esto no agradó en absoluto al padre, que desde el principio desconfió de aquel muchacho vagabundo, demasiado hablador y un tanto fanfarrón, que además escondía algunos pasajes conflictivos, el más grave de ellos su presencia como «supuesto observador», semanas atrás, en el enfrentamiento entre monárquicos y republicanos en Salónica. Este hecho apenas tuvo repercusión en el devenir del país, aunque sí para Paddy, quien, años después, recordaría con orgullo más estético que heroico aquel paso por el puente de Orliako a lomos de Palikari (El Gallardo, nombre hermosísimo para un caballo) junto a los escuadrones como un momento que él mismo describiría como de «euforia salvaje». Aquella revolución resultó un verdadero fracaso, pero a él le proporcionó algo impagable: la romántica ocasión de participar, por primera y última vez en la vida, en una carga de

caballería.

Nunca supo, aunque seguramente lo sospechaba, que la invitación a abandonar el consulado de Atenas se debió a la llegada a manos del embajador de unos informes no demasiado positivos procedentes del cónsul británico de Salónica. Pero, como iba siendo habitual en él, no se marchó de allí con las manos vacías, pues en aquellos días de incertidumbre se ganó la amistad de un joven diplomático, Aleko Matsas, de personalidad extrovertida y gustos lectores, quien lo invitó a una fiesta organizada para unos amigos en la terraza de su casa. En un momento de la noche, el tiempo pareció congelarse justo cuando llegó a la fiesta una hermosísima mujer delgada, de porte elegante y belleza sofisticada. Paddy no podía dejar de mirarla embobado. Se trataba de la princesa Marie-Blanche Cantacuceno (en rumano, Cantacuzin), perteneciente a una de las grandes dinastías nobiliarias de Europa oriental, voivodas de Moldavia y Valaquia, cuya frondosa genealogía se remontaba, robusta, hasta los emperadores de Bizancio.

Presentados como Michael y Balasha, lo suyo fue amor a primera vista. Ella era sensual, culta, exótica e hija de príncipes rumanos. Poseía todos los dones con los que la romántica imaginación de él podía soñar. Por su parte, a sus veinte años recién cumplidos (dieciséis menos que ella), Michael desprendía una personalidad arrebatadora consolidada en los muchos meses de aventuras, libros, batallas y mujeres, capaz de deslumbrar a aquella desconocida. La propia Balasha lo contaba en una carta escrita treinta años después de esa noche: «Me gustaste al instante. Eras tan fresco y tan entusiasta, estabas tan limpio y tan lleno de color. Jamás olvidaré el impacto que me causó aquella bocanada de aire fresco».

Parecían hechos el uno para el otro y, aunque la princesa continuó siendo Balasha para todos, desde el principio se negó a dirigirse a él como Michael. Prefería Paddy, así que el viajero volvió al nombre de su infancia en los labios de su amante. Ella, separada del diplomático español Francisco Amat y Torres, decidió pasar el verano en Atenas, en una encantadora casita de la calle Tripodon, un lugar perfecto para los dos, rodeado de románticas ruinas y bulliciosas tabernas.

Después de tratar en vano de memorizar en el plano el trazado

laberíntico de Plaka, o de encontrar cobertura para poder usar el geolocalizador de mi dispositivo móvil, me interné en el popular barrio sin que me importara tomar rutas adyacentes y tener que volver sobre mis pasos, fascinada por la belleza casi escenográfica de algunos lugares: Kidathineon y sus neoclásicas casas de colores bordadas de buganvillas o, un poco más alejado, el asentamiento de Anafiotika, con sus pequeños hogares, de una sola planta y pintados de blanco, derramados en racimo sobre la vertiente nordeste de la Acrópolis. Estas viviendas fueron construidas a mediados del siglo XIX por albañiles contratados por el rey Otón para alzar su palacio. Procedentes en su mayoría de Ánafe, una pequeña isla de las Cícladas, la añoranza de su pueblo les hizo levantar sus humildes viviendas flotando en la ladera de la Montaña Sagrada, como un archipiélago sin mar.

Por fin. Solo los dioses del cercano Olimpo podrían explicar cómo llegué a Tripodon. Paseé despacio a lo largo de la bulliciosa zona recordando lo leído sobre aquel lugar, atenta a encontrar el hogar de los amantes. Se trataba de una casa de fachada rosada y aspecto de pequeño pastel, con un balcón a modo de balaustrada desde el cual «se podían contemplar sin obstáculos la colina de la Acrópolis y las estrellas». Paddy y Balasha vivían y se amaban en una calle que, en la Atenas del siglo IV a. C., unía el imponente teatro de Dionisos, el más importante de la Antigüedad, con el Ágora.

Tripodon recibía el nombre de los trípodes de bronce, anhelados trofeos de los vencedores en los certámenes de aquel teatro, que se colocaban sobre templetes consagrados a una divinidad en esta calle, auspiciados por el mecenazgo de los coregos, acaudalados atenienses aficionados al drama y los coros. Uno de aquellos atenienses, Lisícrates, pasará a la posteridad gracias a que su trofeo, conocido como Linterna de Lisícrates, ha pervivido por caprichos del azar hasta nuestros días.

Me reclino sobre la barandilla que protege los restos del trofeo y pienso en los amantes besándose bajo un cuarto de luna similar al de esta noche, pasando de largo, distraídos por el deseo y las ganas de llegar a la casa rosada, sin importarles en aquel momento la azarosa

vida del templete. Veintitrés siglos en pie, que se dice pronto.

Prácticamente oculto desde el siglo XVII en el patio del convento de los capuchinos y a la sombra de su biblioteca, fue testigo de los viajeros pasos de lord Byron, que descansó entre esos muros antes de ir a buscar la gloria y encontrar la muerte no lejos de allí. Más tarde, durante el sitio de Atenas, los turcos quemaron el convento y dejaron la magnífica Linterna de Lisícrates maltrecha pero viva. No es fácil acabar con algo que se ha construido usando el divino *Pentelikē marmaros*, me digo. Extraído de las entrañas del cercano monte Pentélico, es un mármol mezclado con hierro, dorado e indestructible.

Atenea protege esta ciudad, pero Dionisos reina en ella y en sus calles. Las alegres risotadas fruto del *ouzo* y el *retsina* son más poderosas y duraderas que los ecos corales del teatro que apadrina. Paddy, qué duda cabe, afianzaba viejas amistades y consolidaba otras nuevas en las orillas de las populares tabernas de Plaka y también en los peligrosos tugurios levantados por los refugiados de Asia Menor, en madrugadas repletas de cigarrillos, entre tipos duros de los muelles y rítmicos *manghes*. Él mismo reconoce su pasión por aquellos antros: la sensación al entrar en ellos era similar a la de zambullirse en los misterios del Este, en el mundo otomano y bizantino, y llega a reconocer que se sentía «intrépido navegando en aquel laberinto lleno de dudosas reputaciones y delincuencia».

Ese mundo fue una constante en la vida de Paddy, incluso cuando ya no era tan joven. De hecho, durante su estancia en Atenas en 1951 llegaron a la ciudad dos productores estadounidenses, Emeric Pressburger y Michael Powell, entusiasmados con la idea de llevar al cine la historia del secuestro del general alemán que el amigo y compañero de aventuras de Paddy, Billy Moss, había convertido en un exitoso libro titulado *Mal encuentro a la luz de la luna*. La descripción que Powell hizo del británico y de aquellas noches es reveladora, pues reconocía que «comían poco y bebían mucho» en un lugar en el que aquel «tenía amigos por todas partes» que le saludaban al grito de «¡Mihalis!». «No creo —afirmaba certero Powell— que ningún otro extranjero haya conseguido cautivar tanto la atención de los griegos o ser tan amado, a excepción, claro está, de lord Byron».

Caminaban borrachos bajo la luz de la luna llena, como en la película que querían rodar. Una de esas noches Powell propuso escalar la ladera hasta el Partenón. Cuando habían trepado cien metros oyeron las voces y los pasos rápidos de unos soldados que se aproximaban. En el momento crítico surgió el genio del héroe. Powell lo cuenta, admirado: «Paddy, muy tranquilo, me dijo: "Ven, siéntate entre las sombras, la luz de la luna es muy brillante, no podrán vernos". Aquellas sencillas palabras contenían años de experiencia, de perseguir y ser perseguido. Se acercaron dos soldados, estaban tan solo a unos quince metros, pero pasaron sin vernos».

Al abandonar el Partenón, los soldados que seguían haciendo la ronda por la zona los detuvieron y los llevaron al cuartelillo ante el oficial de guardia, que aquella noche era un cretense de Rétino. Ocurrió lo inevitable. Terminaron bebiendo a la salud de la eterna amistad entre Inglaterra y Grecia, a la de Byron y Murray, editor de Paddy, y de nuevo a la salud de Byron, y finalmente se sirvieron otra copa a la salud del mayor Patrick Leigh Fermor, condecorado con la Orden de Servicios Distinguidos. En el fragor de la batalla incluso brindaron por Kreipe, el general alemán secuestrado en Creta por Paddy, a punto de convertirse en protagonista involuntario de una película de Hollywood.

Miro el reloj, preocupada. He reservado mesa a las ocho y no tengo mucho tiempo. Cenaré en honor de Paddy en la terraza de la mítica Palia Taverna tou Psara, un rincón elevado de Plaka abierto desde 1898 sobre unos escalones de mármol que cubren las aguas del Erídano, el río mitológico en el que se ahogó, por querer emular a los dioses, el osado Faetón.

El camarero me sirve una *gemistá* tibia en un plato de barro, que devoro, y unos *loukoumas* calientes, que saboreo con lentitud, impregnando los labios y los dedos de almíbar y canela. Ignoro qué platos tomaría Paddy aquí, pero sí sé con quién. Brindo en silencio por todos ellos: por el erudito Coloso de Marusi, Yorgos Katsimbalis; por el gran Nikos Ghika, pintor, escultor y escritor griego, gran amigo de Paddy, miembro fundador de la Asociación Internacional de Críticos de Arte, de la Academia de Atenas y de la Real Academia de Artes de

Londres, y, por supuesto, por el poeta Yorgos Seferis, premio Nobel de Literatura en 1963, del que Paddy afirmaba que había escrito los versos más certeros sobre la guerra y la amistad:

Nuestra mente es un bosque virgen de amigos asesinados.
Y si hablo en cuentos de hadas y parábolas
es porque te es más fácil escuchar, y el horror
no se discute porque es demasiado vivo,
porque es silencioso y pasajero.
El dolor de los que recuerdan
gotea día a día en el sueño.

Paddy siempre recordó aquellos días en forma de versos de Seferis, pues el poeta había sabido registrar sus experiencias con precisión y sensibilidad, sobre todo en aquel poema titulado «Last Stop» cuyos últimos versos solía recitar en un perfecto griego:

Los héroes avanzan hacia la oscuridad.
Pocas son las noches de luna que disfruto.

Precisamente, en una carta escrita a Yorgos Seferis, otro amigo del grupo, Yorgos Katsimbalis, menciona la Taverna tou Psara, muy conocida ya entonces, señalando que era la favorita de Lawrence Olivier, Vivien Leigh, Graham Greene, Margot Fonteyn y «todos esos extranjeros». Por eso bebo y miro a mi alrededor, entristecida, preguntándome si también soy yo una extranjera, una turista más en medio de este masificado restaurante que nada conserva hoy de aquel lugar íntimo de amigos, poetas y borracheras. Sigue siendo sin duda un ambiente muy agradable, como un faro sobre el mar de casitas de Plaka, y conserva sus vigas de madera en el techo, sus mesitas con mantel de cuadros, las cestas de pan caliente y las velas en tarros de cristal. El encanto de vieja *taverna* griega permanece, aunque en temporada alta corre el riesgo de diluirse entre tanto turista que, buscando el encanto de entonces, termina asfixiándolo bajo el peso de

los selfis, el griterío y las absurdas listas de espera para conseguir una mesa en el atiborrado salón.

El camarero, amable, me trae la cuenta y yo le pregunto en inglés si le suena el nombre de Patrick Leigh Fermor. Se rasca el cogote y me dice que no.

—¿Y Seferis? ¿Katsimbalis? —insisto.

—*Nai, nai. Oi poiités!* —me dice con el rostro iluminado mientras me retira la copa de cristal vacía y los cubiertos.

¡Los poetas! Claro que sí. Al menos todavía se acuerdan de ellos. Para celebrarlo pido el último *retsina*, que me sirven helado en una jarrita de latón azul. Cierro los ojos para recordar dónde he visto antes este objeto… ¡Claro! En las manos de Paddy: «El *retsina*, en cambio, servido en vasitos de unas garrafas, o mejor aún, de unas desconchadas jarras de esmalte azul que se rellenan una y otra vez gracias a unos enormes barriles, parece poseer el secreto de inducir a la alegría».

Levanto aquella jarrita azul fermoriana y pronuncio en voz alta un viejo brindis cretense que memoricé para esta ocasión: «Skylí pou se dángose, vale ap'to malí tou!» («Del lobo que te ha mordido, quédate con algo de pelo»). Esa frase, que convierte la derrota en un gesto de orgullo, me recuerda aquello que una vez le oí decir a un guerrero: «El cazador termina pareciéndose a su presa».

Sin saber muy bien qué papel desempeño exactamente en esta cacería griega que yo misma he organizado, camino por las animadas calles de Plaka de vuelta al hotel Tempi con la jarrita azul que el amable camarero me ha regalado y pienso que, a fuerza de querer convertirme en otra cosa, quizá no sea yo una turista más. Puede que un día el mordisco del lobo deje de sangrar en mi cuello y sea capaz de contar el mundo con los ojos de un cazador.

3

Atenas era una fiesta

Me siento siempre de mejor humor conmigo mismo y con todo lo demás si tengo una mujer a mi lado.

LORD BYRON, *Diarios*

—Antes, los griegos desayunábamos *koulouri* recién horneados y café negro espeso como el barro, y en las mañanas de verano frappé y *tirópita*. Ahora, como nos hemos vuelto gilipollas [*anóitoi*], tomamos leche de soja y cruasán.

Mastico en silencio mi *koulouri* de sésamo, que seguramente ha sido amasado antes de salir el sol por manos que llevan repitiendo el gesto de moldear el trigo, el agua y la sal, esa riqueza humilde del Mediterráneo, desde hace milenios. Muevo la cabeza dándole la razón al panadero ateniense que mira sus viejas *tavades*, canastas llenas de esas rosquillas tiernas, como el que contempla a un bebé recién nacido.

—Sí —respondo—. Nos hemos vuelto todos bastante *anóitoi*.

Es muy temprano y la ciudad soñolienta comienza a despertar. Es una mañana fresca y en la bulliciosa calle Dionisio Areopagita apenas hay unos pocos madrugadores que, como yo, han decidido renunciar a plantar su huella entre centenares de otras en la Acrópolis a cambio de contemplarla desde lejos y en soledad.

La calle peatonal me ofrece uno de los recorridos más hermosos de Atenas, en suave ascenso desde el museo de la Acrópolis hasta el barrio de Thiseio, donde la misma vía cambia de nombre y se convierte en la calle Apostolou Paulou. He de confesar que, entre el santo patrón Dionisio y el apóstol, y tal vez debido a mi reconocido fetichismo sentimental, siento una especial debilidad por san Pablo,

ese gran viajero de la Antigüedad; un personaje que, una vez eliminados los velos milenarios de santidad y mito, puedo asemejar, en el ejercicio de libertad de mi imaginación y mis delirantes lecturas de viajes, a Paddy, pues ambos comparten un cierto toque de entusiasmo, apostura y don de gentes. Recuerdo que una vez, hablando yo con mi admirado Jacinto Antón, este atendía con mirada burlona y un tanto escéptica mi empeño plutarquiano de hallar en ambos personajes algunos trazos de «vidas paralelas». Pero bueno. Son licencias de lector, supongo. «También tú —me defendí— has llegado a afirmar que Kardamili, el pueblecito maniota de Paddy, tiene un cierto aire de Deyá»… Después de aquello aquí seguimos, tan amigos. Suerte que no llevábamos espadas, porque Jacinto es un gran tirador y mi destreza en la esgrima, que no es poca, resulta mucho menor que mi capacidad para relacionar vidas de viajeros.

Continúo el ascenso, jalonado de pardos olivos, con el Partenón delante, como un faro de mármol, y las casas neoclásicas detrás, hasta llegar a Thiseio, un barrio bullicioso lleno de tabernas y cafés que da paso a Pnyx, la colina en cuya plataforma de piedra semicircular nació, para lo bueno y lo malo, la salud y la enfermedad, nuestra democracia. Allí se reunía la *Ekklesía*, la asamblea de atenienses, en cuyas duras gradas de oradores (*bema*) pronunciaron sus discursos Alcibíades y Pericles. También allí se decidió por unanimidad la muerte de Sócrates, que fue recluido en una celda no lejos del lugar, excavada en la roca y cerrada con reja; celda que hoy se exhibe con señalética moderna y cartela informativa, alimentando el asombro de viajeros románticos como yo y el escepticismo de historiadores puristas y otras especies de viajeros menos impresionables.

El sol aprieta, así que, contradiciendo el método peripatético de algunas escuelas filosóficas, me siento a la sombra del saliente de la roca a pensar. Me pregunto si la cicuta sirvió para algo en vista de lo manoseada que está esa democracia por la que decidió morir el filósofo, que entre todos hemos convertido hoy en una especie de ente en el que decimos creer, pero que nadie osa ya defender hasta ese extremo. Paseo la vista por el horizonte, donde la ciudad moderna se extiende como una mancha infinita de viviendas en cuyo centro se

abre un óvalo verde que brilla con destellos de océano. Es el cementerio de Atenas, donde descansan innumerables cuerpos y parte del alma inmortal de Maria Callas, la Divina, cuyas cenizas se esparcieron sobre las vecinas olas del Egeo.

Inevitablemente, esta dama se cruza en mis pensamientos y yo querría pasar por el emblemático edificio Papaleonardu, en la avenida Patisíon, adonde en 1940, y tras el divorcio de sus progenitores, la adolescente Maria Kalogerópoulos se mudó desde su Nueva York natal para vivir con su madre y su hermana. No está demasiado lejos de aquí, pero el tráfico de Atenas es infernal y yo no dispongo de tiempo. Lo reservo para la siguiente visita. La música finamente me ha distraído del verdadero objetivo de este viaje, como si hubiese hecho escala en la isla de los lotófagos. Debo continuar.

En esta ciudad milenaria uno puede, con imaginación y algunas lecturas, asistir a una asamblea filosófica junto al Partenón a la hora del desayuno y, al caer la tarde, disfrutar de una cena bohemia en la Taverna Plátanos, el otro gran templo sagrado de los fermorianos. Al menos es lo que yo he hecho. Me siento a la mesa del interior de la mítica Plátanos, bajo la foto de Paddy y los poetas, y pido un *retsina* bien frío. Por entre el murmullo alegre de los comensales que animan el lugar, casualmente se cuela *La traviata* en la voz de la Callas, elevándose como una cariátide que sostiene la noche:

Sempre libera degg'io
folleggiare di gioia in gioia,
vo' che scorra il viver mio
pei sentieri del piacer.

[Siempre libre de mí
juguetear de alegría en alegría,
quiero que mi vida fluya
por los caminos del placer].

Y hablando de placer. A finales de la década de los treinta, el pasado mítico, el clima sonriente y el más que asequible estilo de vida de los pueblos del Mediterráneo atrajeron hasta Grecia a una bohemia

internacional. Cenar sola en un lugar tan animado no es un buen plan, así que convoco el recuerdo de algunos de ellos para que me acompañen en esta noche ateniense. Entre los primeros extranjeros en llegar se encontraba el novelista Lawrence Durrell, que se había criado con sus hermanos y su madre en la isla de Corfú. Su amigo Henry Miller no tardó en unirse al grupo heterogéneo y genial, del que ya formaban parte Yorgos Katsimbalis, rebautizado como el Coloso de Marusi; Theodore Stephanides, poeta naturalista y tutor del pequeño de los Durrell; Dimitris Antoniou, poeta y capitán de barco; Konstantinos Tsatsos, profesor, político y más tarde presidente de Grecia; los poetas Yorgos Seferis y Odysséas Elýtis y el pintor Nikos Ghika, cuya casa ateniense estaba a dos minutos a pie del Apotsos, uno de los *ouzeris* favoritos del grupo: un bar dedicado al *ouzo* y a las conversaciones filosóficas, reconvertido durante un tiempo en restaurante de lujo con el nombre de Cellier Le Bistrot.

Tras la guerra, un nuevo grupo de visitantes entabló amistad con los supervivientes de aquella generación bohemia. Entre ellos se encontraban el novelista Rex Warner, cuyo *Men and Gods* sigue siendo un recuento útil de los mitos griegos; Edmund «Mike» Keeley, autor de *Inventing Paradise*, el libro que relata como ninguno la historia de esa generación, y, por supuesto, Patrick Leigh Fermor, cuya amistad profunda y duradera con Ghika, el exitoso pintor griego, comenzó en 1946, cuando el artista visitó Londres para su primera exposición británica. Paddy solía decir de su amigo que parecía «el más inglés de los griegos, elegantemente vestido, serio, encantador, accesible». Casi diez años más tarde, Ghika les prestaría a él y a su mujer, Joan, su enorme casa de la isla de Hidra. Y allí encontraría la paz necesaria para escribir algunas de sus obras inmortales.

La voz de la Callas sigue envolviendo el lugar con el aria aterciopelada de *La traviata*. Convertida en Violeta, en este fragmento su timbre se ondula en una especie de sollozo, pues acaba de prometerle al padre de su joven amante que renunciará al muchacho para siempre. Y lo hará sin que él llegue a saberlo nunca. «No se preocupe, señor, él me creerá. No hay nada más fácil para una prostituta que mentir», dice ella pletórica de orgullo. ¡Ay, Violeta! Por

un momento, la Taverna Plátanos se inunda de melancolía y pienso en las mujeres que fueron una constante en la azarosa biografía del viajero. Amó y fue amado, entrando y saliendo de la vida de todas ellas con absoluta discreción. Siempre fue especialmente cuidadoso a la hora de mencionarlas en su literatura. Cuando las citaba lo hacía recurriendo a la expresión «terrific pal», un eufemismo de lo más británico. Todas ellas, con mayor o menor intensidad, desempeñaron un papel definitivo en sus tramos aventureros, por lo que no deja de haber cierta justicia en el hecho de querer recuperarlas aquí.

Afortunadamente su biógrafa y amiga Artemis Cooper, gracias a las innumerables conversaciones que mantuvo con un Paddy ya octogenario, ofrece valiosísimas pistas sobre algunas de estas mujeres. Al fin y al cabo, aquellas entrañables charlas griegas tuvieron lugar con un hombre viudo. Tal vez la ausencia de Joan, su esposa, facilitase en cierta medida la fluidez de determinados recuerdos.

Sea como fuere, conocemos a algunas de ellas, y creo que en esta aventura griega en busca de un hombre amado se hace necesario, al menos para no perderme por el camino, el trazado de este mapa sentimental fermoriano.

Paddy perdió la virginidad con Elizabeth Pelly, una de las habituales de las desenfrenadas fiestas londinenses de la década de los veinte. Ella ya estaba divorciada y las esperanzas de casarse con un amigo del grupo, un tal Ludy, se esfumaban a medida que pasaban los meses. Aun así, no deja de ser curioso que las citas amorosas, que él definió como «unas cuantas tardes secretas», tuvieran lugar precisamente en la casa del caballero Ludy, soltero empedernido, en Cheyne Row. Sería imposible dibujar al detalle el ajetreado camino de encuentros y despedidas del joven, pero su memoria, cuando se sentó a escribir aquel viaje a pie por Europa, revelaba algunos recuerdos sentimentales más especiales que otros. Entre ellos el de Xenia, la joven a la que amó a orillas del Maros y a quien recordaba con ternura adolescente, o su encuentro con Penka Krachanova (él la llamaba Nadejda), una muchacha de Plovdiv que visitaba el monasterio de Rila en viaje de estudios. Allí se conocieron, se gustaron y pasaron la noche bajo las estrellas. Fermor, tan poco expresivo en estos casos,

confesaba: «Fue uno de los días más felices de mi vida». Tanto que prometió ir a verla y cumplió su palabra; pocos días después se dirigió a Plovdiv y efectuó una breve parada en Sofía, donde, en el elegante café Bulgaria, entabló conversación y amistad con Thomas Whittemore, famoso especialista en Bizancio y descubridor de los mosaicos de Santa Sofía de Constantinopla. Fue este quien le presentó al escritor Steven Runciman, que luego lo recordaría como «un joven muy brillante y mugriento». Nadejda debió de pasar por alto el aspecto desaliñado del caminante, pues lo recibió con la misma intensidad que la tarde en que se conocieron. Pasaron algunos días juntos, pero la fuerza de la aventura era en él mayor que la del romanticismo. Al despedirse, ella le regaló una medalla de plata con la imagen de san Jorge matando al dragón. Paddy la ató con un cordón de zapato de piel y la llevó colgada al cuello hasta que conoció a Balasha. Finalmente, la perdió un día mientras nadaban desnudos, como despedida simbólica de aquel pasado, en las aguas cálidas del Egeo.

Lyndall Hopkinson, hija de Tom Hopkinson, periodista y editor de *Picture Post* y de la novelista Antonia White, fue otra de sus conquistas. La conoció en Roma en 1963. Joan, su mujer, como en otras ocasiones, había preferido quedarse en Grecia, y él viajó solo a las exequias del funeral del papa Pío XII. Lyndall tenía veintitrés años; Paddy, cuarenta y ocho. Fue una atracción instantánea y mutua. Se veían en el diminuto ático que ella, recién divorciada, tenía en la via del Gesù. Nunca había estado tan enamorada, un problema al que sus amigas (también de Paddy, al que conocían de sobra) proponían soluciones dispares o contradictorias. Uno de aquellos consejos dio en el clavo: «Disfruta de tu héroe, pero no te enamores demasiado. Jamás abandonará a su mujer. La necesita económica y anímicamente para escribir».

El escritor estaba terminando las correcciones de *Mani* y apenas había escrito a su amante desde que se habían separado. A pesar del silencio epistolar había pensado mucho en ella, así que al cabo de unos meses alquiló un coche y condujo hasta Roma para reunirse con Lyndall, que había pedido unos días libres en Naciones Unidas, donde

trabajaba, a fin de intervenir en la película *Historia de una monja* interpretando un breve papel junto a Audrey Hepburn. Estaba profundamente herida por no haber recibido noticias de Fermor. Joven y hermosa, había encontrado una nueva compañía tratando de olvidar a su héroe.

Entristecido, Paddy se retiró a trabajar en el incipiente manuscrito de *Roumeli* a las afueras de Roma, en el castillo de Passerano, una fortificación medio abandonada. Su dueño, el conde Paolo Quintero, se lo cedió preguntándose cómo iba a ser capaz de concentrarse allí, en un lugar frío y húmedo, sin luz ni agua. El escritor, cuyo corazón latía en sintonía con aquel lúgubre lugar, escribió a Lyndall una de las cartas más sinceras de su vida: «Soy consciente de lo poco que puedo ofrecer a nadie, al menos en este momento y con la vida que he llevado hasta ahora. Todo esto me convierte en el más lento y rezagado de los mortales cuando se trata de imaginar que alguien pueda estar realmente enamorado de mí. […] Ahora ya sabes cómo lamento todo esto y lo avergonzado que me siento por ello. Lo que no puedes imaginar es la amargura y la furia que siento contra mí mismo».

Esas palabras surtieron efecto y aquel verano Lyndall fue con unos amigos a Isquia, donde Paddy, que pasaba la temporada escribiendo junto a su mujer, la esperaba ansioso. La chica no pudo menos que quedarse atónita cuando Joan la recibió «con soltura y ecuanimidad». Paddy le había explicado que entre ellos no existían los celos sexuales, y allí mismo pudo comprobar que era muy cierto. El matrimonio se comportaba con una naturalidad más propia de viejos amigos que de amantes. Por supuesto, en aquel acuerdo había costes, condiciones y heridas, y Joan no siempre era tan ecuánime como parecía.

Estudio con detenimiento el retrato de Lyndall reproducido en mi ejemplar del libro de Artemis Cooper. El pelo corto y trigueño, la mirada joven y el arranque contenido de una sonrisa tímida recortada en el negro de un jersey de cuello de cisne. La frescura de la juventud le otorga un aire andrógino que me hace pensar en la misteriosa gondolera veneciana del Barón Corvo o en la Irene Adler de *El club Dumas*. A lo mejor es el efecto distorsionado de una imagen de poca

calidad. No sé. En el pie de foto, las palabras de Paddy: «Estoy absolutamente decidido a no perderte como amiga».

Habrá, desde luego, muchas mujeres en su vida después de Lyndall. Me habría gustado saber qué hizo aquella muchacha, perdida hoy en el tiempo y de cuyo amor ya nadie se acuerda, con el peso de toda aquella felicidad singular y rota.

4

Carta a los corintios

¡Cuántos viajes a pie, con peligros de ríos, peligros de bandoleros, […] *peligros en el mar* […], *trabajo y agobio, sin dormir muchas veces!*

San Pablo, 2 Co 11, 26-27

Corinto es lugar de paso obligado en este viaje con destino al Peloponeso, y la parada en el canal es casi forzosa. La ciudad se encuentra a unos ochenta y tres kilómetros de Atenas, es decir, más o menos a una hora de distancia en coche. La modernidad es así; mide, compara, calcula y ejecuta, reduciendo el mundo a un paisaje enmarcado por una pantalla o una ventanilla. Apenas me he alejado de la colina sagrada de Atenea y ya casi estoy llegando a este canal de Corinto, que es como la herida abierta de Poseidón. Voy sin prisas porque la carretera, muy tranquila a esta hora, ofrece un paisaje con arcenes pespunteados de pequeños puestecitos donde se venden frutas, verduras y botellas de vidrio llenas de un líquido transparente, ligeramente espeso y en apariencia inocuo, que las abuelas griegas fabrican en sus cocinas desde hace milenios con el único objetivo de apagar la sed de los paisanos. Si algún turista incauto lo bebiese, correría el riesgo de transmutarse en Hidra de Lerna.

Tras una accidentada parada en Ástaco, un pueblecito en el este del mar Jónico, Paddy evoca este golfo de Corinto en un horizonte indeterminado al otro lado del corredor del mar: «Un Mediterráneo dentro de otro Mediterráneo», como una matrioska preñada de agua que el escritor surca a bordo de un velero cargado de cabras «a través del aluvión de islotes de las Echinadas», rumbo a Mani.

En la costa norte, al otro lado del impresionante puente de Rion Antirion, puerta moderna de Occidente, se asoma la bella Naupacto.

Frente a sus murallas, sus torreones y su ciudadela veneciana tuvo lugar una de las batallas navales más recordadas de la historia, Lepanto, donde el hermoso hijo bastardo del emperador Carlos, don Juan de Austria, peleó como un león por la victoria, y un joven Miguel de Cervantes, herido «en la más alta ocasión que vieron los siglos», fue hecho prisionero, quedó manco y se hizo inmortal.

Junto al canal de Corinto hay un café turístico con un cómodo espacio para estacionar el coche, una agradable terraza y la inevitable tienda de souvenirs: llaveros, imanes de nevera, camisetas, bolsas, sombreros, botellas de *ouzo* y *retsina*, esponjas, aceitunas de Kalamata y hasta orégano, pero ni un solo libro, ni siquiera una guía. A punto de salir descubro, medio oculta en una estantería baja, una larga fila de bustos polvorientos de filósofos y poetas de la Antigüedad esperando con paciencia isocefálica el capricho del turista. Junto a ellos, un impresionante conjunto en terracota vidriada representa el momento en que Ulises y los suyos ciegan el único ojo del pobre Polifemo. Es una escultura magnífica, pero mi presupuesto solo da para un busto. Me llevo, sin pensar, a Homero. Al pagar, el dueño me sonríe.

—Ha elegido sabiamente —sentencia con voz de oráculo—. Tenga, llévese esto, le dará suerte.

Es el amuleto de Ceres. Se trata de un elaborado trenzado hecho con espigas secas de trigo que tejen desde hace siglos las mujeres corintias y que me acompañará durante el resto del viaje colgado del espejo retrovisor.

Siguiendo las indicaciones del amable tendero echo a andar por un sendero de tierra en dirección a un pequeño puente de metal con grafitis que parece abandonado y desde allí me asomo al canal. La modernidad nos ha arrancado gran parte de nuestra capacidad de asombro, pero aquí es imposible no sentirlo. El canal es una cicatriz abierta en el istmo que une el Peloponeso con la Grecia continental, y ofrece un paso privilegiado entre el Egeo y el Mediterráneo a los navegantes, que atraviesan este desfiladero mirando hacia arriba, hacia la estrecha franja del cielo, inevitablemente temerosos durante los casi seis kilómetros que habrán de cruzar flanqueados por las

entrañas estriadas de la tierra.

Este canal es un viejo sueño de hace dos mil quinientos años que empeñó a ingenieros, sabios, tiranos y emperadores, pues evitar los cuatrocientos kilómetros de navegación en torno a la península del Peloponeso representaba para los comerciantes ganar tiempo y dinero. El mismísimo Nerón, tan dado a espectáculos acordes con su megalomanía, recuperó el proyecto trasladándose al lugar para cavar en la dura corteza del istmo hasta llenar una cesta de tierra; jadeó por el esfuerzo bajo el oro de los laureles y la toga púrpura, que no consintió en quitarse, a modo de inauguración singular. Más de seis mil esclavos trabajaron a las órdenes de los mejores ingenieros del imperio, quienes trazaron la línea de corte definitiva. La muerte del emperador detuvo las obras, que nadie retomó hasta el siglo XIX, momento cumbre del despertar de la ingeniería moderna.

Grecia se abriría en canal el 7 de agosto de 1893. Para entonces Corinto ya no era más que restos de mármoles e incipiente arqueología. Quién lo iba a decir: la Nueva York de la Antigüedad, umbral entre Oriente y Occidente, cruce de razas, naciones y creencias, Babel de lenguas, Gomorra de vicios, cumbre del más exquisito vino del mundo conocido, reducida a ruinas y peajes navales. Aquella ciudad-Estado a medio camino entre Atenas y Esparta había sido disputada en su fundación por los dioses más potentes, Helios y Poseidón, quedando la cosa en tablas, por lo que, según Pausanias, el reparto fue equitativo: la Acrópolis para el sol y el istmo para el mar. El agua dulce de dos ríos ofrecía frescor e higiene a la ciudad, y en sus orillas, en la cuna de oro del palacio del rey Glauco, el príncipe Belerofonte nacería destinado a domar a Pegaso y matar a la Quimera.

Incluso el viajero san Pablo pasó por aquí poco antes que Nerón y, horrorizado por la escasa moral de sus gentes, escribió una serie de cartas que se convertirían en valiosas piezas doctrinales y base esencial de la teología posterior. Pablo, ese «extranjero» no demasiado bien visto en la comunidad de los apóstoles legítimos, autoproclamado apóstol «por la voluntad de Dios», solitario, filósofo y aventurero, volcó en sus epístolas un pensamiento atrevido y desafiante. Suyas son

las palabras que desde hace siglos se repiten, hoy ya casi sin sentido, en la celebración del matrimonio cristiano. Tal vez muchas parejas todavía las escuchen emocionados, sudando en sus trajes de boda, palpando incrédulos el anillo de oro, y luego las olviden. Los que alguna vez amaron y fueron amados con igual intensidad, incluso sin anillo, las recordarán para siempre: «El amor todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta».

Recostada en la barandilla oxidada del puente frente al canal de Corinto, trato de imaginar el horizonte. En algún punto indeterminado del oeste, a unos doscientos kilómetros de aquí, enfilando Olympia Odós, se encuentra otra ciudad que merece ser recordada, Mesolongi, tumba de lord Byron, el poeta amado de Leigh Fermor. Una ciudad transmutada en algo fantasmagórico que flota sobre una laguna de aguas estancadas y malolientes, y que despertó en Paddy una extraña sensación de desamparo anfibio. A los pies de sus murallas los griegos resistieron con fiereza el asedio turco, y en ella, durante cuatro extraños meses, vivió y agonizó el poeta. «Triste lugar para morir», sería la sentencia oscura del escritor al abandonar sus confines. La causa de su viaje hasta allí tenía acaso un poso inicial de idéntica melancolía romántica y comenzaba en un día gris de otoño, tiempo atrás, en Inglaterra.

Puedo, bajo el sol de Corinto, evocar sin esfuerzo aquel día de lluvia torrencial de 1950 en Sussex y un coche que cruzaba el sendero embarrado en dirección a la mansión victoriana y decadente que lady Wentworth, septuagenaria biznieta de lord Byron, habitaba en soledad atendida por unos pocos sirvientes. En ese coche, Paddy y su buen amigo Anthony se dirigían a visitar a tan ilustre dama, vieja amiga de los Holland y depositaria de muchos de los recuerdos del bardo inglés. Paddy quedó fascinado por la anciana, heredera de la excentricidad, la fuerza y la desafiante personalidad de su bisabuelo, además de una delicada belleza que él, sensible a esos detalles, había tenido ocasión de comprobar en un retrato de juventud de Judith en el que aparecía representada como «una bella muchacha prerrafaelita de ojos llameantes y sofisticados atavíos árabes».

Para acentuar aún más la admiración, la anciana los recibió vestida

a la moda del siglo XIX, con una falda larga y sobrios medallones de oro que colgaban sobre el pecho, el pelo de un pardo rojizo, abundante, recogido en la nuca y los mismos fogosos ojos azul acero de la joven del retrato. Los invitó a seguirla por los elegantes pasillos de la mansión, caminando con la agilidad de la amazona que todavía era, silenciosa y flexible, pisando suavemente las mullidas alfombras medievales con unas zapatillas blancas de squash. En una habitación en penumbra «atestada de trastos y en claro desuso» guardaba, entre una incontable cantidad de objetos revueltos, algunas pertenencias de su bisabuelo. Entre ellas, dos cajas lacadas rotuladas con tiza o pintura blanca donde podían leerse sendos rótulos, «Cartas de lord Byron» y «Cartas de lady Byron». También un enorme cajón que custodiaba la chaqueta de terciopelo grecoalbanés de Byron, con sus dibujos de oro y sus anchas mangas, acompañada de la funda de terciopelo de su cimitarra. Por fin, después de hurgar entre todas aquellas reliquias por espacio de más de una hora, dieron con lo que andaban buscando: unas cartas fechadas en Mesolongi y escritas por un sargento australiano en las que explicaba que el griego que le daba alojamiento poseía un par de zapatos que habían pertenecido al poeta, y que ahora deseaba devolver a sus descendientes.

El acuerdo quedó sellado con la intensa mirada azul de la dama y una frase desenvuelta, antes de entregarle una de aquellas cartas a Paddy: «Desde luego, al no hablar griego, no he podido hacer nada al respecto». Él asintió y guardó aquel singular documento en el bolsillo interior de su chaqueta. Sin poder evitarlo ya había comenzado a imaginar la aventura de encontrar las pantuflas griegas de lord Byron con el mismo entusiasmo con el que, veinte años antes, había planeado el secuestro de un general alemán.

5

Las pantuflas de lord Byron

Teseo no es cruel porque abandone a Ariadna. Su crueldad se confundiría entonces con la de muchos. Teseo es cruel porque abandona a Ariadna en la isla de Naxos.

ROBERTO CALASSO,
Las bodas de Cadmo y Harmonía

Desde Inglaterra, y sobre el mapa, todo parecía sencillo: comería las famosas langostas de Ástaco, navegaría un corto trecho de mar rumbo a Mesolongi y una vez allí sería relativamente fácil llegar hasta el tesoro. Unas cuantas conversaciones, algunas monedas y tantos *ouzos* como fuese necesario, y Grecia volvería a ser para Paddy aquel lugar de su juventud: una promesa cercana y ruidosa de amigos, mujeres y aventuras.

Pero Paddy ya no era aquel jovencito aventurero; ahora tenía casi veinte años más y, tras un tortuoso viaje, descubrió desilusionado que en Ástaco, el pueblo más al sur de Roumeli con la silueta de Ítaca desdibujada en el ocaso, no había langostas desde hacía siglos. No había nada. «Hay ciudades en fase de transición que ya no saben distinguir entre lo bello y lo repugnante», dijo antes de partir para siempre de aquel lugar desolado. Afortunadamente, el mar limpia casi todas las desilusiones. Ástaco quedaba atrás y Mesolongi se iba perfilando en la proa como una pequeña Venecia en medio de un paisaje de orillas encenagadas, salinas planas y laberintos de mimbres para el pescado.

Al saltar a tierra y buscar en su mochila descubrió que había olvidado la carta del griego que poseía los zapatos de Byron. «No es posible que haya podido olvidar también su nombre», se recriminó. Pero era absolutamente incapaz de recordarlo. Entonces, el sueño de

aventura comenzó a derretirse bajo el sol implacable del mediodía y dio paso a la pesadilla. La única solución era hacer que el pueblo al completo supiese que él estaba allí y que buscaba a un hombre que guardaba desde hacía años aquella singular pertenencia.

Se puso manos a la obra: preguntó en la oficina de Correos a todos y cada uno de los funcionarios; en el ayuntamiento habló con el alcalde, que le enseñó el pequeño museo dedicado a Byron con algunas cartas, grabados y fotos, pero sin rastro de zapatos ni nada que se le pareciera. Entró en las principales iglesias e interrogó a los curas; en las sucursales bancarias a los directores; en los bares a los silenciosos parroquianos, que miraban al inglés con desconfianza; preguntó incluso a desconocidos que, en su desesperación y de forma aleatoria, asaltaba por la calle. Su constante «Ta papoutsia tou Lordou Vyrona» fue repitiéndose por toda la ciudad con escaso resultado.

Ya sin esperanza, y cuando aquella lluviosa tarde en casa de lady Wentworth comenzaba a diluirse en la irrealidad de un sueño, apareció una guapa muchacha:

—¿Es usted el inglés que busca al dueño de los zapatos de lord Byron? Es mi tío, sígame.

En realidad, el tío, un griego grande y afable, había recibido el preciado objeto por puro azar, pues el verdadero heredero del calzado había sido un joven que había estado junto al poeta durante sus últimos meses de vida en Mesolongi, acompañándolo en una de las aficiones del poeta, la pesca de patos en la laguna.

Y aquí, entre el recuerdo de ambos autores ingleses, se cuelan sin previo aviso otro escritor y otro libro: Ernest Hemingway, nada menos. Pero sí, en una biblioteca todo está misteriosamente conectado, y en la mía comenzaba a tener sentido esta interrupción, pues, en la espiral libresca de una curiosa coincidencia, el reportero y escritor estadounidense, aficionado como Byron a la caza de patos en la laguna de Venecia, viajó hasta aquella ciudad italiana situada justo al otro lado de este Mediterráneo para despedirse de la vida, escribiendo, a modo de testamento literario rebosante de melancolía byroniana, su novela más hermosa, *Al otro lado del río y bajo los árboles*.

Tal vez ambos escritores, unidos por la geometría sin tiempo de los que van a morir, intuían en el húmedo amanecer, al disparar sobre sus piezas, que la Parca rondaba sus barcas esperando paciente el momento propicio de cobrar la suya.

—Aquel muchacho griego guardó los zapatos como una reliquia sagrada y cuando murió se los cedió a su hija, monja en un convento de Jerusalén, que, ya anciana, me los entregó a mí en agradecimiento por haberla cuidado en su vejez.

Eso contaba, emocionado, el robusto desconocido mientras abría con parsimonia la bolsa de lona que envolvía el tesoro.

El silencio reverencial bajo la vieja lámpara invitaba a la imaginación, y Paddy no pudo evitar evocar el retrato de Byron con un elegante atuendo griego y unas hermosas *tsarouchia*, esos pesados zapatos de montaña terminados en pico de suela claveteada, con llamativos adornos de terciopelo. Pero muy lejos de aquella imagen marcial, a la luz mortecina de la bombilla, el endeble trofeo se mostraba por fin en su más cruda realidad. No eran zapatos, sino un par de pantuflas descoloridas de piel marroquí con las puntas curvadas hacia arriba al modo oriental. «Recuerdan —pensó Paddy— a las pantuflas que un dandi de la época de la Regencia podía haber comprado en las arcadas de Burlington o en alguna zapatería o tienda de confección masculina de las galerías de Génova y Venecia».

Un tanto decepcionado, tomó aquellos trozos de cuero entre las manos sin saber muy bien qué hacer y les dio la vuelta. Fue entonces, al rozar con los dedos aquella delgada superficie sucia, cuando de repente saltó toda la emoción que lo había arrastrado hasta allí desde Sussex e incluso mucho antes: desde aquellos días de su juventud en los que leía a escondidas, en las horas perdidas de clase, *Las peregrinaciones de Childe Harold*, cuyos largos fragmentos, que había memorizado, fueron a veces su única compañía en la noche negra de los bosques, los castillos silenciosos y el agua helada de los ríos que cruzaban Europa. Y así lo contó: «Las partes gastadas de las suelas eran diferentes en cada pie. Las de la izquierda eran normales, las de la derecha mostraban un dibujo distinto, particularmente en la zona del arco del pie […]. Esas humildes reliquias eran punzantes y

conmovedoras en grado extremo, como si lord Byron hubiese entrado renqueando en la penumbra de la habitación».

La cojera del poeta, como un retazo de vida impresa en el cuero, devolvió la luz a aquellos negros días griegos. Paddy entregó las pantuflas al desconocido, quien confesó con los ojos humedecidos su pesadumbre ante la idea de tener que renunciar a aquella reliquia, cuyo destino era ser el regalo de bodas de su sobrina, para que así pudiese quedar en la familia griega el patrimonio de esta endeble reliquia.

Paddy miró el rostro bellísimo, casi aniñado, de la joven sobrina. «Qué mejor lugar y qué mejor destino», pensó. Se despidió del emocionado griego con un fuerte abrazo y siguió su camino hacia Mani, renunciando feliz a las pantuflas. De esta aventura nacería un largo artículo para *The New Yorker*, publicado el 16 de octubre de 1954 y titulado «Byron's Shoes». La emoción de este extraño encuentro se repetiría en *Roumeli*, su famoso libro de viajes por el norte de Grecia.

Dejo Corinto atrás y prosigo mi viaje. Hace calor y el camino a Lemonodasos es largo. El paisaje, extenso y dorado, se vuelca en un falso infinito que recorta con suavidad el golfo Sarónico. Bajo las ventanillas para sentir el aire cálido; el mismo aire, pienso, que acarició el rostro atezado de Teseo, quien tuvo que caminar sobre esta tierra para cumplir la imposición de unos sagrados trabajos. Menos conocidos que los de su primo Hércules, los Seis Trabajos del ateniense los cuentan, entre otros, Pausanias y Plutarco, y tenían como finalidad limpiar de criaturas indeseables el camino que del Peloponeso conducía al Ática. Solo la última empresa la hubo de realizar fuera de esta tierra, en la cercana Creta. Siguiendo con las coincidencias que nunca abandonan a los mitómanos, los lectores o los viajeros, pienso que en aquella isla de Creta, al igual que Paddy durante la famosa Operación Kreipe, Teseo también tenía la misión de aniquilar a la bestia.

Con el tiempo y los libros, esas dos historias han ido ocupando su lugar en el tablero de ajedrez que la vida termina matizando de tonos grises, y por eso ahora sabemos que la crueldad de un general alemán

puede ser compatible con la exquisita educación en lenguas clásicas y que el Minotauro, atrapado en el laberinto de Creta, cansado de vivir su monstruosa soledad, apenas se defendió cuando divisó la espada letal del héroe.

Aquella remota aventura cretense traería gloria y desgracia a Teseo. Sería rey de Atenas, sí, pero a un alto precio: el suicidio de su padre amado, el de su esposa Fedra y sobre todo el abandono y asesinato de la princesa Ariadna, la verdadera heroína de la historia de Creta, pues fue ella quien lo guio con audacia por el laberinto con un ovillo, traicionó a su padre, despreció a su madre, asesinó a su hermanastro y renunció a su hermana y a su patria por amor al héroe.

Algunos dicen de Teseo que era un rey pacificador; otros, como mi admirado Roberto Calasso, no lo ven tan claro, al menos en lo tocante a las mujeres. De hecho, el escritor italiano establece la naturaleza cruel del héroe no por haber abandonado a la pobre Ariadna, sino por haberlo hecho en las playas de Naxos y a traición, mientras dormía. Se marchó de allí poniendo su nave de negras velas rumbo a Atenas, a la gloria y los brazos de otra mujer dejando a su salvadora, aquella que le había dado la clave para salir vivo del laberinto del Minotauro, en aquel «lugar abstracto al que solo acuden las algas. Es la isla que nadie habita, el lugar de la obsesión circular, del que no hay salida». Menos mal que Dioniso pasaba por allí, se enamoró de la bella princesa y se la llevó consigo. Pero esa es otra historia.

Miro el horizonte y sonrío con tristeza. Creo conocer esa sensación de abandono similar al tacto de la fría arena de Naxos bajo los pies. Acelero como queriendo alejarme de este lugar y estos pensamientos concéntricos poniendo rumbo a Lemonodasos, el jardín de los limoneros, ese lugar recóndito y salvaje, ajeno a la geometría de la tristeza, donde Paddy y Balasha se amaron durante un largo y cálido verano.

6

¡Galatás, Lemonodasos!

Porque un día morderás el nuevo limón y liberarás
de su interior enormes cantidades de sol.

ODYSSÉAS ELÝTIS

Dejo atrás una zona inundada de marismas que espejean en la bruma de un calor húmedo y ondulante. Miro al cielo, temerosa. Hasta aquí, en los alrededores de la ciudad arcadia de Estínfalo, llegaría Hércules para acabar con un ejército de pájaros antropófagos dotados de alas de hierro y poderosas garras retorcidas que se habían refugiado en las lagunas huyendo de los lobos y aterrorizando a los humanos. Apolodoro, entre otros, describe esta aventura y admite que el forzudo Hércules no pudo acometer el trabajo en solitario. Es la prueba de que a veces la fuerza requiere también del ingenio, incluso para los semidioses, por lo que el musculoso hijo de Zeus tuvo que recurrir a su hermanastra, la estratega Atenea.

Este mito se cruza en mi cabeza con una historia real. Como me queda un largo recorrido hasta la próxima parada, me decido a contármelo a mí misma mientras conduzco, como si escuchara un podcast a la carta. Si uno lo piensa bien, tampoco es tan extraño hacer algo así en esta, ya de por sí, extraña aventura griega. Además, recuerdo que el propio Paddy reconocía que, en algunos trechos del camino, recitaba largos poemas en voz alta para paliar la soledad ante el escenario boscoso que bordeaba su propio eco.

Mi historia es sobre el escritor latino Cayo Julio Higinio, un liberto de Hispania que tan solo con la fuerza que da el conocimiento terminó convertido en un hombre sabio. Admirado por emperadores y filósofos, bibliotecario del emperador Augusto e íntimo amigo del

poeta Ovidio, estuvo al frente de la Biblioteca Palatina de Roma escribiendo sobre todas las materias que abarcaba el saber de su época: historia, ciencia, filosofía, literatura, religión, astronomía y astrología.

Para escribir sus famosas *Fabulae*, como un Borges romano, recorría los interminables pasillos marmóreos de la biblioteca consultando los rollos decenas de veces copiados de Apolodoro, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Homero y Hesíodo. Por las noches, bajo la bóveda azul romana, daba forma a su *Astronomía poética*, un libro dedicado a los catasterismos, o la transformación de personajes de la mitología griega en estrellas, sin ser capaz de soñar siquiera que aquellos cuatro tomos se convertirían en la fuente de la que beberían las leyendas medievales sobre constelaciones y zodíacos, iluminadas en los monasterios de la cristiandad con crípticas ilustraciones.

Termino esta historia del bibliotecario español mirando al cielo, pues los actuales mapas astrales registran un cráter lunar llamado Hyginus en su honor. También lleva su nombre el asteroide 12155 Hyginus, del cinturón de asteroides, descubierto el 26 de marzo de 1971. Aunque ya nadie sabe quién es Cayo Julio Higinio, este experto en catasterismos ha terminado convertido él mismo en una de las estrellas que nos iluminan, lo que no deja de ser una singular justicia poética.

Aves mitológicas y estrellas literarias guían mi camino por la estrecha carretera secundaria en dirección a Lemonodasos cuando, de repente, la desierta vía se bifurca sin señalizar y pierdo la conexión del GPS. «Esto me pasa por distraerme con cosas del cielo y dejar los asuntos del suelo para las máquinas», me lamento. Paro el coche y me bajo. El sol de la mañana me golpea en la frente y hago visera con la mano. Las hermosas huertas de vides y frutales se pierden en el horizonte, las chicharras cantan frenéticas y no hay ni un alma a quien pueda preguntar nada. Pero afortunadamente los dioses no me han abandonado del todo y, al cabo de un rato caminando por el arcén, diviso a una pareja que se acerca. Son un hombre y una mujer mayores, de aspecto nórdico y con sombreros de paja, que cargan unas cestas llenas de limones. Me preguntan en inglés si pueden ayudarme

y charlamos un rato. Son daneses. Llevan instalados en la cercana ciudad de Galatás desde que se jubilaron.

—Tenemos un pequeño huerto aquí cerca y antes de que el sol sea demasiado fuerte solemos venir a recoger algo de fruta —me explican—. ¿Quiere? Están deliciosos, debe probarlos.

La mujer, de ojos azules, me tiende dos hermosos limones de piel gruesa y dorada.

—Gracias —le digo distraída—. Si son vecinos de este lugar quizá les suene el nombre de Patrick Leigh Fermor, un escritor inglés que estuvo por aquí un tiempo con su mujer, Balasha.

—No, lo sentimos —dicen negando con la cabeza—. No hemos oído hablar de ellos.

—Tal vez conozcan el lugar donde vivieron —insisto esperanzada—. Se trata de una vieja taberna, muy conocida por los vecinos de Galatás.

—No, no hay tabernas aquí —respondieron.

Desolada, me despido de la amable pareja, convencida de que en aquel laberinto de limoneros y vides jamás encontraré el camino. Entonces recuerdo un detalle.

—¿Saben si hay algún molino por los alrededores? —les grito desde lejos.

—¡Sí, sí! —responden—. Justo al final de aquel estrecho camino de tierra; pero está abandonado, ni siquiera tiene agua. Allí no hay nada. *Tipota*. Nada.

Nos decimos adiós en la distancia agitando los brazos. Dejo los hermosos limones en la bandeja trasera del coche, cierro con llave, cojo mi mochila y me adentro en el camino. No tengo nada que perder. El angosto sendero de tierra desciende serpenteante, flanqueado de pinos y mirtos, higueras, olivos y bajos muros encalados que van a perderse entre la maleza. Recorro unos cincuenta metros hasta que, en una curva pronunciada, un pequeño altar con la imagen de una Virgen dentro de una hornacina repleta de flores me obliga a detenerme para admirarlo. De pronto levanto la mirada y lo veo: por detrás asoma un viejo cartel de madera en forma de flecha con unas letras garabateadas con pintura negra: LEMONODASOS.

¡Eureka! ¡Qué maravilla! Me precipito por el sendero que ahora corre paralelo al lecho de un arroyuelo cubierto de vegetación. Allí está, por fin, el molino de Los Limoneros: el paraíso griego de Paddy y Balasha. Lo reconozco enseguida porque todo está intacto: la casita blanca con su puerta azul, las mesas y sillas de la taberna colocadas a la sombra de un viejo emparrado, el rumor del agua del arroyo junto al pequeño molino… Todo exactamente igual a como lo describe Artemis Cooper en la biografía de Paddy, pero cubierto por una campana desoladora de silencio y quietud. Curiosamente, nada parece desordenado. Al contrario, cada elemento se encuentra dispuesto, como esperando a que los amantes regresen en cualquier momento. No hay destrozo, vandalismo ni ruinas, tan solo un callado abandono. Al fondo, una vieja torrecilla de ladrillos medio derruida, con una oxidada maquinaria en un cauce encharcado, es el único vestigio del molino que confirma el nombre del lugar. Al pisar la hojarasca tengo la impresión de ser un caballero medieval que se adentra en el castillo de la princesa durmiente.

Unas espinosas plantas trepadoras enredadas por entre la parra han crecido salvajes por toda la terraza, cubriendo las mesas, las sillas y parte del suelo. A la sombra de estas vides Paddy y Balasha vivieron los meses estivales de 1935, su último verano juntos. Ella pintaba, apoyada en una de estas mesas de madera, el retrato de Paddy; él leía y estudiaba los libros que había pedido prestados en la British School de Atenas con la intención de escribir una historia de Grecia.

Las puertas de acceso a la construcción cuyo piso bajo había sido la alegre casa de los amigos de Paddy están cerradas, pero a través de las contraventanas entornadas se distingue parte de la sala de estar y la cocina, con sus cacharros y utensilios ordenados en los estantes, todo cubierto de una espesa capa de polvo de un sucio tono dorado. Allí vivía el matrimonio compuesto por Spiro y Marina Lazaros con sus ocho hijos. Cuidaban del molino y las huertas cercanas, y alquilaban la habitación superior, más aireada y fresca, a los esporádicos inquilinos, a quienes servían comidas a modo de improvisada taberna. Al anochecer solían reunirse bajo la acogedora parra los trabajadores de los canales de agua y de los frutales que acudían a tomar café,

beber y cantar.

Uno de los gruesos muros de la casa linda con una hendidura curva en la roca viva, alisada por la erosión del agua de un arroyo que durante un tiempo tuvo que caer desde lo alto formando una especie de ducha natural. Paddy lo recuerda así: «Bastaba con dar un paso desde la habitación al exterior y ya estábamos bajo el chorro de una gloriosa ducha fría».

Trepo a la roca arañándome las piernas con los espinos, pero nada detiene el espíritu aventurero de una mitómana. Entre estas piedras brillantes llenas de musgo y después de las largas siestas, la pareja refrescaba la piel del sudor de interminables horas de amor o endulzaba sus cuerpos cubiertos con el salitre cristalizado tras nadar desnudos en una playa cercana, frente a la isla de Poros.

Una de aquellas mañanas, mientras estaban medio dormidos en la arena de la playa secándose al sol, Paddy notó una extraña sensación y se tocó enseguida el cuello. Al incorporarse descubrió que ya no llevaba el medallón de plata con la imagen del guerrero Jorge matando al dragón que le había regalado Penka, su novia búlgara. Preguntó a Balasha, que se encogió de hombros y entornó los ojos bajo una elegante pamela sin ni siquiera hacer el gesto de buscarla. La medalla nunca apareció.

Quién sabe, pienso. Quién sabe. Es muy legítimo el deseo de que desaparezca del cuerpo del ser amado hasta la última huella del recuerdo de otra. De todas formas, los aventureros días de Paddy desde que salió de Londres aquel lluvioso diciembre dispuesto a recorrer Europa están llenos de historias de objetos singulares propios y ajenos. Un tiempo de regalos hallados y perdidos, conservados o recordados, testigos silenciosos de la vida íntima de este viajero.

7

El equipaje del viajero

Llevar algo era cargarlo sobre sí, como cuando el teniente Jimmy Cross cargaba su amor por Martha colinas arriba y a través de los pantanos.

TIM O'BRIEN, *Las cosas que llevaban los hombres que lucharon*

Los amantes fueron desesperadamente felices aquellos días de verano en el molino de Lemonodasos, pero las tardes de agosto se iban acortando y las primeras tormentas anunciaban un otoño que no prometía ser demasiado agradable en aquel recóndito lugar sin electricidad ni agua corriente.

Decidieron regresar a Atenas, aunque casi no tenían dinero para comer, así que la princesa propuso a su joven amante un viaje a Rumanía para pasar juntos el invierno en Băleni, la casa solariega de los Cantacuceno. Ambos vivieron en las inmensas y decadentes propiedades principescas de la familia junto a la hermana de Balasha, Pomme, y los pocos criados que permanecían con ellas como una idílica estirpe salida de una novela de Sienkiewicz. Băleni se convirtió en el hogar de Paddy durante todo el año 1936, y allí pasó las horas de invierno leyendo en la biblioteca octogonal de la vivienda, sobre todo literatura francesa: Mallarmé, Apollinaire, Gide, Proust y a los rusos Tolstói y Turguénev en sus traducciones francesas. Incluso se atrevió con un largo poema popular rumano, «Mioriţa», que llegó a traducir al inglés con la ayuda de Balasha.

Los fuertes muros de Băleni protegían como una coraza a los amantes, pero en el aire enrarecido se podía percibir el humo premonitorio de la guerra civil española, anunciando el ocaso de un mundo que gestaba, con España como telón de fondo a modo de ensayo macabro, la Segunda Guerra Mundial. En el primer conflicto

Paddy no intervendría, a diferencia de otros escritores de su generación que sí se involucraron en la contienda española alistándose en el bando republicano. Afirma Artemis Cooper, su biógrafa, que los años que el viajero había pasado en el este de Europa lo habían vacunado demasiado bien como para confiar en la posición asumida por la izquierda, que presentaba la Guerra Civil como una elección definitiva entre el bien y el mal. Por el contrario, en la conflagración mundial sí que se involucró desde el principio —se unió a los Guardias Irlandeses—, aunque debido a su dominio del griego fue asignado al cuerpo de inteligencia y enviado a Albania como oficial de enlace. Luchó en Grecia y en Creta, y fue uno de los escasos oficiales elegidos por la Dirección de Operaciones Especiales (SOE) para organizar la resistencia a la ocupación alemana en dicha isla. Disfrazado de pastor, se refugió durante dos años en las montañas cretenses y lideró la patrulla que capturó y evacuó al comandante alemán de la isla, el general Heinrich Kreipe, en 1944. Por todo ello, al finalizar la guerra fue nombrado oficial de la Orden del Imperio Británico y reconocido con la Orden del Servicio Distinguido (DSO).

Por su parte, al acabar aquella guerra que terminaría separándola de su amante para siempre, Balasha le escribió unas frases a Paddy en el reverso de una foto en la que aparecía elegantísima pero inevitablemente envejecida, con un rictus artificial de maquillaje en el rostro: «Ya no quieren saber nada de nosotros, de nuestra educación ni de nuestra cultura». Ese triste «nosotros» a modo de despedida de un amante y un mundo es, a mi juicio, uno de los epílogos más precisos que tal vez se hayan escrito sobre el final de aquella Europa.

Envuelta en el aroma de los dos espléndidos limones que brillaban en la bandeja trasera del coche, abandono Lemonodasos con una punzada de melancolía. Son casi las dos de la tarde y todavía quedan unas dos horas de camino hasta el puerto donde tomaré el ferry para cruzar a Hidra. En el pequeño hotel de la isla he dejado olvidado (todavía no puedo explicar cómo) mi ejemplar de *Mani*. Semanas después, de vuelta en España, intentaré comprarlo, pero no está disponible en ninguna librería. Incluso llamaré, sin éxito, a la editorial que lo ha publicado en castellano. Nada. Figura como volumen

descatalogado.

Tiempo después, durante una corta estancia en Londres, aprovecharé para buscar todos los viajes de Paddy en edición de bolsillo con las cubiertas originales de John Craxton. También buscaré la edición en inglés de *Les reines de France*, de Paul Morand. Sé que Paddy lo conoció en sus últimos años en Rumanía, lo leyó y quedó prendado de su prosa, sobre todo del exitoso volumen sobre la vida de Isabel de Baviera, del que afirmó que «era un libro brillante, estimulante y lleno de colorido», tanto que dedicó su último invierno en Moldavia a traducirlo. Años después intentó que el editor John Murray lo publicara, pero no tuvo éxito. Yo tampoco lo tendré, y no lograré encontrar lo que buscaba. Sin embargo, en aquella estancia en Londres me ocurrirá algo singular: mi hostal, por extrañas geometrías del azar, resultará ser la casa donde Paddy había nacido. Mi fetichismo se habrá visto compensado con creces.

Objetos que se pierden y objetos que se encuentran. Pienso en Paddy y en el libro *Las cosas que llevaban los hombres que lucharon*, de Tim O'Brien. Me gusta imaginar todos esos objetos y su importancia para la vida de los seres humanos en general y la de los viajeros en particular. Elementos irremplazables. No por su valor económico, sino por ser pequeños portales que, al tocarlos, devuelven puntuales un lugar, un aroma o una luz; testigos misteriosos del paisaje preciso de los recuerdos. ¿Qué viajero que se precie no posee mil historias reales o imaginadas, mezcladas con los objetos salpicados por los estantes de una biblioteca?

La biblioteca griega de Paddy era, dicho por sus muchos testigos, inabarcable, inclasificable, multilingüe, caótica, desbordante y fructífera, como deben ser las bibliotecas de los escritores viajeros. Como casi todas, tuvo su origen en una infancia de libros amparada por Eileen, su inquieta y culta madre, quien de regreso de India le pidió al ilustrador Arthur Rackham que les pintara una de las puertas de acceso a la biblioteca. El artista dibujó un árbol enorme con el mismísimo Peter Pan dormido en un nido de pájaros.

Aquel sería su paisaje literario. Al igual que el muchacho que se negó a crecer, había pasado los primeros seis años de su vida subido a

los árboles en Northamptonshire. Esas experiencias quedan grabadas en el rincón más limpio de la memoria de un hombre, y por eso quiero creer que el título de su primer libro publicado, *El árbol del viajero*, era también un tierno guiño (tal vez inconsciente) al dibujo de aquel paisaje y aquel héroe de su infancia.

El primer objeto que perdió en el largo viaje por Europa fue el saco de dormir. Lo había comprado, junto con el resto del escueto equipaje, en Millett's, un almacén que vendía excedentes del ejército en el Strand londinense; nada que ver con la elegante Rowe's de Bond Street, por entonces la tienda infantil de moda, donde su madre le encargaba la ropa, entre ella el atuendo preferido de Paddy, un traje de marinero con su correspondiente gorra, en cuya cinta bordada con letras doradas se podía leer «HMS Indomitable». Un término absolutamente premonitorio.

Paddy encontró en Millett's todo lo necesario para el largo viaje: botas de clavos, chaqueta de piel blanda sin mangas y con bolsillos para los documentos y el dinero, pantalones bombachos de montar completados con unas largas bandas de lana gruesa para proteger las pantorrillas del frío, y un gabán rígido y pesado del ejército que usó millones de veces como petate y manta. Vendían allí hermosos y útiles cuchillos, pero no compró ninguno, pues su presupuesto era más que ajustado y, además, no tenía buen recuerdo de su primera experiencia con uno de ellos.

Lo del cuchillo había ocurrido en el ansiado viaje en el que, a los nueve años, recorrió el norte de Italia con su admirado y casi desconocido padre. En el tren que los llevaba al lago de Como, Lewis le mostró a su hijo uno que acababa de comprar, retándolo a pelar una manzana sin que se le rompiera la espiral de piel. Por supuesto, Paddy lo consiguió, pero en la emoción de lanzar la monda por la ventanilla tiró con ella también el cuchillo, lo que le provocó un inesperado ataque de risa. Su padre, sin dejar de mirarlo con seriedad, lo obligó a salir del compartimento, e hicieron el resto del viaje en vagones separados.

Fueron muchos y variados los regalos de aquel tiempo aventurero: el libro de las *Odas* de Horacio que le entregó su madre; una hoguera

donde secar la ropa húmeda; aquella cálida piel de cordero sobre la espalda; la jarrita de metal azul en la que bebía el *retsina* fresco; una copa de coñac caliente que acompañaba un plato de carne con especias; las «intoxicantes y salvajes» canciones de los gitanos búlgaros; unos higos dulces bajo una encina; el *Pigmalión* de Shaw y los *Cuentos libertinos* de Balzac, procedentes de la biblioteca de la moribunda señora Pojarlieff, en Gabrovo; el bazar de Livorno y esos zapatos de piel puestos a la venta sobre la piedra de los escalones y fabricados en un tono escarlata que fascinaba al viajero: el mismo rojo de la sangre de Alejandro I de Yugoslavia, asesinado en los días en que la antigua ciudad de los zares enloquecía de venganza y felicidad al son de «Shumi Maritza» mientras el joven Paddy, ebrio de aventura, tomaba notas en su cuaderno.

En el balance final de su vida, fue más lo que halló que lo que extravió; aun así, hubo pérdidas singulares que iría desgranando con un recuerdo agridulce a lo largo de su obra: el hermoso bastón de caminante de madera de fresno; aquel cuaderno pautado lleno de anotaciones; la medalla plateada de Penka; la bella y peligrosa daga búlgara. Aunque la pérdida más dolorosa de todas quizá fuese la casa de la isla de Hidra, que pertenecía a su íntimo amigo, el pintor Nikos Ghika. Allí se instaló con Joan durante una larga temporada, y llegó a sentir que era su «primer hogar griego». En su terraza, repleta de buganvillas, encontró a ratos la calma necesaria para mirar atrás y escribir una importante parte de su obra.

De aquella vivienda a la que ahora me dirijo no quedan hoy más que los cimientos, pues un tiempo después ardió bajo las llamas vengativas de una mujer celosa, como si se tratase de un drama imaginado por Esquilo.

8

Orea Hidra!

Electrificado por la luz griega, intoxicado por la blanca candescencia danzante del sol en un mar con el cielo azul vertiéndose sobre él.

LAWRENCE DURRELL

En su *Diccionario de mitología griega y romana*, Pierre Grimal afirma que «ninguna leyenda, ningún dios, ningún héroe, ningún acontecimiento mitológico está relacionado con la isla de Hidra». Poco sabía de los dioses y los héroes mortales, algunos de los cuales se mueven por el mundo disfrazados de hombres que habitan las islas, los barcos y los libros antes de desaparecer en el mar.

Elegir una isla en la interminable constelación de rocas flotantes que es el Egeo es tan complicado como tratar de mirar una sola estrella. Paddy me lo puso fácil señalando Hidra en el mapa, un lugar que usó para recordar, beber y amar a los pies del monte Eros, de apropiado nombre. Eso era más que suficiente para que esta viajera acudiera sin dudar a la cita.

La ausencia de pozos de agua dulce en Hidra (a pesar de su nombre) y su quebrado perfil interior hicieron que durante siglos permaneciera solitaria, dividiendo las corrientes del Egeo entre los golfos Sarónico y Argólico. Su suerte cambió cuando a principios del siglo XVIII aparecieron los astilleros de Mandraki, donde se construían potentes embarcaciones que navegaban veloces cargadas de mercancías rumbo a Constantinopla. En poco tiempo, el pequeño puerto se convirtió en una estratégica base comercial con más de cincuenta navíos inventariados al mismo tiempo en su rada. Con la presencia del Imperio otomano en el Mediterráneo, los pasos naturales de los Dardanelos y el Bósforo se cerraron para los griegos, y el importante

comercio de trigo de las grandes llanuras quedó bloqueado a la circulación marítima no otomana. Por suerte, el monstruo ruso terminó firmando un acuerdo con los emperadores, y los hidriotas pudieron recuperar sus rutas comerciales; navegaron en adelante bajo pabellón soviético, con un rico cargamento de trigo para la harina del pan de la madre Rusia, así como para moldear la pasta italiana (desembarcaban la dorada carga en los puertos de Ancona y Livorno).

—*Orea Hidra!* —exclama sonriendo el capitán del ferry al entregarme el billete.

He dejado el coche en un aparcamiento cercano al puerto de Porto Jeli, uno de los más bellos y exclusivos puntos del Peloponeso, desde donde se puede cruzar a la isla sin apenas turistas, que suelen hacerlo desde el Pireo. Sin embargo, esta localidad no es solo una escala sino también un destino elegante y tranquilo, residencia entre 2013 y 2022, tras cuarenta largos años de exilio, del difunto Constantino y su esposa, Ana María (hermano y cuñada de doña Sofía, reina emérita de España), últimos regentes de la Casa Real griega. Ubicado en las cercanías de los sitios arqueológicos de Micenas, Tirinto y Epidauro, que visitaré a mi regreso de la isla, Porto Jeli está construido a orillas de un puerto natural ubicado cerca de las ruinas de la antigua ciudad de Halias. En la década de 1950, este lugar y las cercanas islas de Poros e Hidra fueron los destinos que intelectuales, aristócratas y artistas eligieron en un ajetreado ir y venir a las villas de la zona, entre ellas la mansión de Ghika, por donde pasaron, entre otros, Margot Fonteyn y su marido, el embajador de Panamá en Londres; Ann Todd, actriz y amiga del pintor; Maurice Bowra, vicerrector de la Universidad de Oxford y experto en poesía; Cyril Connolly, escritor y crítico de *The Sunday Times*; el pintor John Craxton y algunos de sus jóvenes amantes; el excéntrico lord Kinross y la singular Ann Fleming, la aristócrata esposa del creador de James Bond, íntima amiga de Paddy.

El agua tranquila del puerto, que chapotea en el casco de los veleros, desprende reflejos líquidos de espejo veneciano. Tengo una hora hasta la salida de mi ferry, que no es uno de esos modernos hidroalas, sino de los pequeños, de chapa metálica abierta en la popa

y con asientos de madera. La diferencia de precio no es demasiada entre ambas embarcaciones, y menos en temporada baja, cuando los grupos de turistas todavía se desplazan por el mundo en cantidades más o menos razonables. En realidad, mi elección se debe al capitán del ferry, al que observo de lejos desde hace un rato. Se trata de uno de esos tipos que parecen fabricados a propósito para que habiten un puerto del Mediterráneo; un personaje extemporáneo que bien podría estar sentado en la cubierta de un trirreme, remando en un pentecóntero o calafateando la barca de Caronte. De rostro oscuro y seco como la misma cartografía de Mani, su biografía se adivina sobre todo en esa mirada singular, surcada de profundas arrugas y acostumbrada al horizonte. Podría ser un pescador eolio, un comerciante fenicio o un pirata maniota de esos que, buscando su suerte, se atrevieron a llegar hasta los confines del océano. Su nombre es Yorgos, viste camisa blanca, pantalones remangados y gorra azul, y espera a sus clientes fumando su pipa como si el tiempo fuese algo ajeno al mundo que habita, a la sombra de un toldillo descolorido por el sol.

«Es temprano aún», me dice el capitán tras guardarse el billete que le acabo de entregar. Me siento a esperar en una terraza cercana, con la isla de Hidra en el horizonte, y pido un *retsina* que me sirven acompañado de unas rotundas aceitunas de Kalamata, negras y brillantes como los ojos de Yorgos. El vino helado humedece el cristal de la copa y la brisa mece los veleros del cercano puerto, cuyos mástiles campanean alegremente. *Orea Hidra!*

Paddy y Joan llegaron a este lugar en el verano de 1954, después de uno de los inviernos más desoladores para él, obligado a recoger el baúl con sus pertenencias de casa de su amiga Mary Hutchinson, en la londinense Charlotte Street, porque esta había decidido venderla. Aquella vivienda había sido un lugar entrañable para el viajero, pues durante años había constituido el único anclaje firme en su agitada vida. Aquella noche, y a lo largo de una semana, durmió junto al baúl en el Travellers Club sintiéndose tremendamente solo. Ni siquiera los libros (por entonces leía *Las riberas salvajes del amor*, de Lesley Blanch, y el extraño *Petrus Borel*, de Enid Starkie) podían consolarlo. Para

acabar de oscurecer aún más el horizonte, su padre, muy enfermo desde hacía meses, murió a las pocas semanas.

«Me siento miserable porque no he sido capaz de albergar ningún sentimiento profundo hacia él», confesaba en una oscura carta a su amiga Deborah Mitford. Por eso, cuando Ghika, por entonces el pintor más famoso de Grecia, le ofreció su casa de Hidra para que se instalara y viviera en ella el tiempo que quisiera, el matrimonio lo aceptó como si fuese un regalo de los dioses del Olimpo. Él hablaba de aquel lugar como de «un magnífico espacio vacío de muros gruesos y techos de madera» sobre una ladera llena de cactus, olivos, almendros e higueras. Era una antigua vivienda de marineros, construida tres siglos antes y restaurada por el pintor como lugar de descanso familiar. Emplazada en lo alto de un terreno escarpado, se extendía como un palacio cretense sobre nueve terrazas de roca «en una excéntrica orografía» que a Paddy le hacía sentir como si habitase uno de aquellos paisajes cubistas pintados por su amigo. Desde aquella laberíntica atalaya encalada, el escritor contemplaba a lo lejos el mar, que «nunca se desvanece al alejarse, sino todo lo contrario; se yergue frente a ti de súbito y su intensidad es exactamente la misma en el horizonte que en la orilla».

El ferry de Yorgos zarpa lentamente y pone rumbo, por fin, a la hermosa Hidra. Resguardada al fondo de una bahía que no se descubre más que en el último momento, la ciudad se escalona en anfiteatro alrededor de la ensenada y aparece resplandeciente y ordenada ante mis ojos entornados bajo el intenso sol, protegida en la entrada del puerto por cañones que delatan el importante papel que desempeñó este lugar en la guerra de independencia griega.

Excepto los camiones de la basura, en la isla no están permitidos los coches, lo cual deja la mayor parte del transporte público a los famosos burritos y los taxis acuáticos. La zona habitada es una almendra limpia y brillante de calles empinadas con casas encaladas de puertas y ventanas azules, tan compacta que la mayoría de la gente pasea por todas partes, como por una Venecia en miniatura.

Dejo el equipaje y el libro en mi pequeña habitación del Sidra, un coqueto hotelito del centro, reservo mesa para cenar en la Taverna

Lulus y emprendo el camino fermoriano a Kamini. Las buganvillas, de un magenta intenso, se enredan caprichosas en cada trozo de muro que encuentran, y el sonido de los cencerros de las ovejas que me miran impasibles al pasar, así como el lejano cacareo de los gallos, me acompañan en el ascenso. He comprado en una tienda higos, almendras, pan dulce y una botella de *retsina* bien frío. Tengo una cita para almorzar con Paddy allá arriba.

Pero allá arriba no hay nada, solo ruinas: el arranque de algunos muros, un par de débiles arcos de medio punto y una zona de terreno alejada y vallada con varios burros que me miran, curiosos, mientras pastan a la sombra de los numerosos perales. Cuando la casa ardió, ni Ghika ni Paddy quisieron volver a contemplar los restos; solo el pintor Craxton se acercó, con una cámara y una libreta, para registrar los estragos como un homenaje póstumo a aquella mansión de felicidad. Frente a las cenizas y los restos carbonizados de pinturas, libros, hermosos trajes, manteles, muebles de madera torneada y vasos de fino cristal hechos añicos, el pintor anotó en su cuaderno una reflexión sobre el desastre, el fin de las cosas materiales y la importancia, sobre cualquier pérdida, de la amistad, el único hogar que merece la pena conservar. Lo expresaba en una rotunda frase que casi suena a eslogan; por eso tal vez la recuerdo en inglés, y no en español: «People can make houses but houses cannot make people» («Las personas pueden hacer casas, pero las casas nunca harán personas»).

La casa de Hidra tenía cuarenta habitaciones, algunas de ellas «mazmorras geniales» empotradas en la ladera y otras tan grandes como «el salón de un transatlántico». Cuando Paddy y Joan la dejaron, Ghika y su segunda esposa decidieron convertirla en el emplazamiento de su luna de miel: organizaban fiestas al más puro estilo gran Gatsby, alternándolas con temporadas de dulce soledad o en compañía de sus amigos más allegados, considerados casi de la familia: Paddy, Joan y John Craxton. Con este último, Ghika decoró al fresco algunas de las más espaciosas estancias, dándole a la vivienda un aire de elegante villa pompeyana.

Me siento en el arranque de uno de los muros y dispongo mi

almuerzo sobre las piedras. Paddy nunca contempló estas ruinas, pero sí miró mil veces el sol, los campos y este horizonte, que sigue certificando las palabras del viajero: «El mar de Hidra no se extiende, sino que se levanta hacia el cielo dorado con un fondo de los iconos bizantinos».

En el camino de bajada, incrustada en un recoveco de la terraza inferior, encuentro intacta una puerta de madera azul como un acceso secundario a la casa. Imagino a Paddy esperando aquí sentado a última hora de la tarde, tras el baño y los varios «medios kilos» del inevitable *retsina*, a que Joan se olvidase del reloj y del enfado y le dejase entrar.

La playa más cercana es la de Kamini, y allí me dirijo porque, de todas las de la isla, es sin duda la más fermoriana. Se encuentra cerca de la casa, a medio camino entre la pedregosa Vlikos y la ciudad; es una cala pequeña de arenas brillantes en cuyas aguas se baña un pueblecito pesquero con barquitas de colores secándose al sol y salpicado de tabernas. La piel sudorosa y acalorada agradece el baño fresco y la siesta sobre las piedras cálidas, arrullada por el sonido cantarín de la lengua griega, el olor a pescado y el crepitar de las brasas.

En este lugar el tiempo se ha detenido, y puedo imaginar sin dificultad las risas de los amigos, la felicidad de Paddy, la compañía, la literatura y el amor, que siempre era el invitado de honor. Tal vez por eso Ghika, que ya era un artista de fama internacional, dejó a su primera esposa para casarse con una inglesa de la que se enamoró locamente y que trajo a vivir aquí en 1961. Esa mujer no era otra que Barbara Hutchinson, casada con el biólogo y diputado británico Victor Rothschild en primeras nupcias, y después con Rex Warner, quien tras el divorcio se volvió a emparejar con su primera esposa. Los actores de estas complejas danzas amatorias se tomaron los cambios con mejor espíritu que el ama de llaves de Ghika en Hidra. Esta mujer, como salida de una novela de Daphne du Maurier, fiel a la primera esposa del pintor e incapaz de aceptar a su nueva señora, quemó la casa. O al menos esa es la versión que me cuentan los lugareños a la altura de la tercera botella de *retsina*.

Cae el sol sobre la isla y se me ha hecho tarde para volver al hotel, así que camino despacio hacia la Taverna Lulus. El camarero, insistente, no me deja elegir, y me trae una hermosa fuente de barro con un guiso de pescado fresco en salsa de tomate y cebolla al horno y una copa de vino homérico, espeso y negro como el mar. El cielo oscuro recorta el trazado zigzagueante de las calles iluminadas ahora con tenues bombillas enredadas en los árboles. En la penumbra distingo la sombra de un desconocido con sombrero Panamá que me sonríe a lo lejos y desaparece calle arriba. Brilla el salitre ya seco de la playa de Kamini en mi piel, y el pelo, todavía húmedo, gotea sobre los hombros mojando los tirantes del vestido blanco. Entonces, sin saber por qué, siento una inesperada tristeza.

Regreso sola al hotel, aunque esta noche no quisiera estar sola. Me acuesto temprano pensando en que tengo que madrugar para llegar a tiempo al ferry del capitán Yorgos y leo un fragmento de *Mani*. Supongo que, al quedarme dormida, el libro resbala y cae en un lugar, entre la cama y la pared, que no logro ver por la mañana. No es una buena noche; sueño a trozos con bibliotecas ardiendo y con héroes alejándose de la orilla, y me despierto apenada, como si Nausicaa, aquella princesa feacia de la *Odisea*, me hubiese prestado la melancolía, la voz y la memoria.

En el trayecto de vuelta sigo pensando en los héroes que se dejan seducir por jóvenes princesas sabiendo que tarde o temprano tendrán que abandonarlas porque Ítaca es su verdadero destino. Protegida del frío de la mañana con un chal de algodón y con las mujeres de Homero rondando en mis oídos como sirenas recuerdo, precisas, las palabras que Joan le escribió a Paddy con tono de Penélope enamorada: «No te pongas melancólico ni te deprimas. […] Piensa en lo que yo te quiero. La otra noche, cuando te dejé, me sentía furiosa y desdichada, pues hace siglos que no nos vemos a solas y como es debido. Pero luego pienso que es como voy a sentirme hasta que esté terminado el libro […]. Esta mañana me pareciste tan dulce que en estos momentos soy una mujer desesperadamente adicta a ti».

«Desesperadamente adicta a ti», me digo. Supongo que siempre ha habido hombres singulares adictos a la aventura y mujeres adictas a

cierto tipo de hombres. Sí, supongo que al final terminaré entendiendo las razones de las pobres Penélopes que han habitado el mundo. Me pregunto, aturdida por una noche de mal sueño, si desde su palacio conyugal llegarán alguna vez a entender a las Nausicaas o las Circes o las Calipsos de las orillas del héroe. Miro el rastro de espuma de la popa que señala mi camino de regreso y pienso que es una lástima, incluso una injusticia, que las palabras de las esposas perduren en las biografías y, en cambio, las de las amantes suelan terminar destruidas u olvidadas. La tristeza me pone metafórica, y esta mañana me ha entristecido pensar en todas las palabras de amor perdidas para siempre como si jamás hubiesen sido pronunciadas, palabras deshechas en el tiempo como la estela de espuma del mar de Hidra o como las lágrimas de un robot que soñara, en mitad de la lluvia, con llegar a ser persona. A punto de tocar de nuevo tierra me pongo mis Ray-Ban oscuras. No quiero que Yorgos me vea llorar.

9

Nauplia: una pequeña odisea

Dime, soldado de los cazadores,
¿dónde estaba escrito que tú caerías?

«Mioriţa», poema popular rumano

Desde Porto Jeli enfilo la autopista en dirección a Micenas, dejando atrás la melancolía. Bajo el tórrido sol, llevo las cuatro ventanillas abiertas mientras el aire cálido y mentolado inunda el coche de agujas de pino. Compruebo en el mapa que el mar queda por la mitad del camino, así que decido retrasar la visita a la ciudad de Agamenón e ir directa a Nauplia, el antiguo puerto de Argos; una parada perfecta y fermoriana. De agitada memoria, este lugar ha pasado por manos romanas, bizantinas (época en la que se transforma en fortaleza), francas y venecianas. Precisamente Venecia compra la ciudad en el siglo XIV y la pierde durante la ocupación otomana. Pero no hay nadie, ni siquiera los poderosos otomanos, que pueda con la Serenísima, así que años después vuelve a recuperar Nauplia, pavimenta de mármol sus calles y le da ese aire neoclásico que ahora posee.

Sentada en la playa, bajo unas inesperadas nubes negras, miro las montañas que festonean el horizonte hacia Lerna y recuerdo que, atrapada por una de esas rocas, espera su venganza la última cabeza de la Hidra, tan viva como el mito.

Una muchacha con pantalón vaquero corto y el pelo recogido en dos trenzas pasea descalza por la arena vendiendo *tiropitas* y botellas de agua. Le hablo en inglés, pero no me entiende. Da igual, porque al final terminamos riendo; yo con una bolsa de papel repleta de ese pequeño manjar griego y ella con un billete que se guarda en el bolsillo trasero. «Sas efcharistó». Mastico la deliciosa empanada

todavía caliente mientras observo como la chica se aleja con la cesta en la cabeza, esbelta como una columna corintia sosteniendo las nubes. No puedo evitar pensar en el escritor y en que sin duda la habría invitado a almorzar de inmediato. Eso sí, comprándole antes todas las *tiropitas* de la cesta con el dinero prestado por un amigo. Por desgracia, sus recuerdos de Nauplia no estaban vinculados a mujeres, sino a la guerra.

Antes de secuestrar a un general en Creta, Paddy salvó a un príncipe en estas aguas, no lejos de la ciudad. Era la primavera terrible de 1941 y los alemanes, tras cruzar el Danubio, se habían agolpado en la frontera de Bulgaria con Grecia; pocos días después, el príncipe regente yugoslavo firmaba el Pacto Tripartito, con todo el pueblo revuelto, indignado, abucheando y maldiciendo al embajador alemán por las calles, algo que pagarían bien caro unas semanas después, bajo la lluvia de bombas que la Luftwaffe escupió con saña sobre la ciudad de Belgrado, como queriendo borrarla del mapa. Hitler y sus tropas avanzaron desde el este en dos direcciones distintas, sobre Grecia y Yugoslavia, y llegaron hasta Salónica, mientras en Atenas la población, aterrorizada, trataba de ganar tiempo y escapar de aquella trampa huyendo por la estrecha carretera y los campos desolados hacia Corinto, la única puerta a occidente que quedaba abierta.

En dirección contraria a los millares de civiles que huían, yo imagino a Paddy avanzando rumbo al enemigo como un Hércules hacia la Hidra, pues le habían encomendado una importante misión. Debía reunir a un grupo de hombres, provisiones y un equipo de radio y dirigirse a Sunio, donde le esperaba el Agia Varvara, un antiguo barco de pesca transformado en yate y equipado con ametralladoras, del que tenía que asumir el mando. Una vez en él, las instrucciones eran muy claras: evacuar al príncipe Pedro, nieto del rey Jorge I, y a cualquier otro miembro de la familia real griega que estuviese en peligro. Por supuesto, antes de la guerra Paddy había trabado una singular amistad con el príncipe, amante de la antropología y especialista en el Tíbet. Fueron compañeros de correrías en aquellas noches atenienses de amigos y *retsina*, que ahora parecían tan lejanas como si formasen parte de los recuerdos de otra vida.

Al final, el príncipe pudo escapar en un hidroavión, pero el resto del equipo que Paddy había reclutado, así como algunos de los asistentes reales (luego íntimos del escritor: Peter Smith-Dorrien, su superior en la misión, y el teniente Philip Scott), se hicieron a la mar para dar cobertura a la retirada. El destino era Mili, al otro lado del golfo de Nauplia, pero la navegación en mar abierto se antojaba impensable, ya que los Stukas de la Luftwaffe dominaban el cielo incendiando la tierra como aquellas aves mitológicas y terribles del Estínfalo. Navegaban, pues, al abrigo del golfo de Nauplia y siempre de noche, a la luz de los barcos que ardían en los puertos que iban dejando atrás, ahuyentando el frío en la cubierta y el miedo a morir con tragos de champán de unas botellas que «alguien» había logrado salvar del desastre; un gesto que llevaba la firma inconfundible, elegante y gamberra de Paddy.

Cuando el yate arribó al puerto de Leonidio, los bombardeos se habían recrudecido y el pueblo estaba siendo arrasado por la artillería. Una de las ráfagas destruyó el equipo de radio y poco después, cuando el sol estaba a punto de rozar el horizonte, un torpedo lanzado desde un avión hundió el Agia Varvara. Afortunadamente, todos salvaron la vida, aunque Paddy permanecía silencioso y oscuro, sin apartar la vista del yate que descansaba ya en el fondo del agua clara, pues con él se había hundido su amado libro de las *Odas* de Horacio: ese que le regaló su madre aquella fría mañana en la que decidió emprender esta aventura, y que había olvidado a bordo durante los ataques.

Tres días después, los fugitivos consiguieron un bote de remos con el que pudieron llegar a Ciparisia, donde trataron de hacerse con un viejo barco de pesca que finalmente adquirieron por una suma desorbitante. Como cabía esperar, el motor falló en mitad de la travesía, con la suerte de que pudieron alcanzar Velanidia para repararlo y partir de nuevo a las pocas horas.

Pasaron toda la noche navegando batidos por olas altas como muros, soportando la amenaza de vientos homéricos como salidos directamente de la bolsa de Eolo. El motor volvió a fallar, pero Fortuna, que acompaña a los valientes, les sonrió de nuevo y pudieron alcanzar la isla de Anticitera, desembarcar y dirigirse a pie hasta un

pueblo cercano. Allí, los dioses benefactores del Mediterráneo les tenían preparada la penúltima sorpresa: una magnífica embarcación confiscada a punta de pistola por un capitán griego que accedió a llevarlos hasta Creta. Una vez recuperados de esa aventura digna de Odiseo, el superior de Paddy, Smith-Dorrien, redactó un informe que resultó ser un fiel reflejo de la personalidad del viajero: «Quisiera hacer especial mención de la excelente labor realizada por Leigh Fermor y Scott en sus respectivos campos de acción. Resulta inimaginable creer que hubiésemos podido seguir adelante con la operación de no ser por la capacidad persuasiva y la habilidad oratoria del primero, pues gracias a él obtuvimos víveres y transporte».

De nuevo es hora de ponerme en marcha, esta vez hacia Epidauro, a poco menos de treinta minutos desde Nauplia por la EO70. Una extraña sensación me acompaña, pues, a medida que el camino se aleja del mar y se adentra en las llanuras de la Argólida, en medio de una desolación amarilla y seca, el mundo marino de los héroes de carne y hueso parece desaparecer soterrado por estas arquitecturas titánicas de piedra más propias de dioses y gigantes.

10

Epidauro: un drama en varios actos

También aquí hombres de la estirpe de Pitágoras han debido de detenerse a meditar en soledad y silencio, alcanzando una agradable claridad, una visión del mundo desde este lugar de matanza sembrado de polvo. Toda Grecia está constelada de estos lugares paradójicos.

HENRY MILLER, *El coloso de Marusi*

Antes de rendir homenaje al rey de reyes de la Antigüedad, de cuyo incuestionable poderío apenas quedan unos pocos titánicos vestigios de piedra y dos leones, tengo planificada en mi ruta una visita al teatro.

En aquel tiempo de reyes guerreros, la región de la Argólida era famosa por la cría de caballos, y Epidauro, por ser «rica en vides». Estoy convencida de que los nombres siempre esconden una verdad, así que busco en Google un diccionario etimológico fiable y descubro que, en la Antigüedad, la ciudad de Argos era conocida como Hipoboto, que significa «la que posee caballos», mientras que Epidauro, «la de los buenos viñedos», proviene de la locución griega *epitis auras*, es decir, «sobre la brisa». A lo mejor el hallazgo no tiene ninguna relevancia en esta aventura griega y en mi singular persecución de un hombre muerto, pero debo reconocer que, como le ocurría a Paddy, pensar en las etimologías es para mí algo inquietante y misterioso, como rebuscar en el árbol genealógico de las palabras. Al fin y al cabo, estas son ahora mi instrumento de trabajo. Imagino, pues, con la ayuda de la etimología, que, en este rincón privilegiado de la vieja península de Morea, los vientos salados de las playas del sur y la tierra resguardada del frío por las montañas al este y oeste de la región propiciaban un clima idóneo para la uva, materia prima de su extraordinario vino (lo que explica su fama de poseedora de buenos

viñedos), así como para la aceituna y las naranjas, aquellas «manzanas doradas» de la mitología.

El puerto protegido de Argos y la fertilidad de la tierra atrajeron a los aqueos, que no tenían mal olfato para elegir los lugares. Este, además, les facilitaba una posición estratégica de comercio con la rica isla de Creta, a pocas millas de distancia. Huelga decir que, cuando los reyes de aquí pudieron construirse palacios como los de allí, lo hicieron inspirándose en la laberíntica arquitectura de Dédalo, exiliado en aquella isla tras cometer un terrible asesinato que, justicia de la divina Atenea, pagaría bien caro con la muerte de su propio hijo.

He comprado unas frutas y algo de pan en uno de los puestos ambulantes del camino. Saco unas uvas descendientes de aquellos esquejes aqueos y las saboreo sentada en las gradas más altas del teatro mientras contemplo el panorama abrumador que se extiende al frente, con el telón de fondo de cordilleras, nubes y pinos completando la otra mitad del semicírculo arquitectónico.

Inevitablemente me viene a la mente Paddy, que apenas dedica unas cuantas líneas a este lugar a pesar de que lo visitó en varias ocasiones. En una de ellas fotografió a Joan Eyres Monsell, antes de convertirse en su esposa, sentada en las mismas piedras donde yo estoy ahora. En la imagen, ella mira a la cámara por entre las sombras de los pinos con su característico gesto de escultura clásica, delicada e inexpresiva.

Corría el año 1946; la Segunda Guerra Mundial había terminado y, con ella, las anteriores relaciones de ambos: Joan divorciada y reponiéndose de un aborto reciente, y él alejado para siempre de Balasha, la princesa rumana sepultada en la memoria del viajero bajo el tiempo y los cuerpos recientes de otras mujeres. Ambos se habían conocido dos años antes en El Cairo y allí iniciarían la unión de sus biografías, llena de interrupciones, separaciones y encuentros: tramas felices enredadas en subtramas agónicas a modo de tragedia griega, que, como se sabe, no hace más que inspirarse en la vida.

Una segunda fotografía en este lugar revela el drama fértil, creativo y vital de la pareja. La imagen es la de un grupo de amigos que visita Epidauro. En ella aparece Joan, esbelta y un poco desgarbada, inclinando la cabeza en un gesto de tímido compromiso que exuda,

como Michael Wishart comentó de Barbara Skelton, «una cualidad tentadora de necesitar un domador». En la misma foto, Paddy, ajeno como casi todos los hombres a esa complejidad femenina, sonríe abiertamente con un gesto tan exultante como el de la chica morena y atractiva del grupo. Su nombre es Margot Fonteyn, bailarina principal de la Royal Opera House, para la que el pintor John Craxton, que fuma a su lado con gesto distraído, realizaba los diseños de decorado y vestuario de *Dafnis y Cloe*. Paddy y ella mantenían por esos días una turbulenta historia de madrugadas, *retsinas*, sexo y risas. Hoy, aquí sentada, no puedo evitar evocar esa foto como la imagen de un grupo de actores a punto de representar una tragedia de Sófocles.

De la eterna compañera de Paddy hablan casi todos los amigos. «Era como uno de sus gatos, ferozmente independiente, una presencia vigilante en las sombras», afirmaban algunos. «Sensual, algo distante y profundamente clandestina —escribe Simon Fenwick, un amigo del matrimonio—. Esa es Joan». Lawrence Durrell la bautizó como «Diosa del Maíz». Para John Betjeman, que le hizo una declaración de amor tardía, tenía «ojos como pelotas de tenis». Cyril Connolly, con quien mantuvo una relación durante su primer matrimonio y cuya fotografía, «devorada por pequeños insectos», guardaba en su dormitorio, la definía en términos masculinos como un «niño encantador […] como un atleta de Eton, cariñoso y decadente».

Con cuidado de no ejercer jamás un rol protagonista, esta mujer se desliza como un hilo de seda a través de la vida de Fermor, un hilo que se convierte con el paso del tiempo en un tejido espeso compuesto de destellos, heridas y huellas dactilares que terminarán envolviendo al anciano escritor en una sutil y cómoda tela de araña. «Cuando Joan murió, Paddy se volvió poco a poco más locuaz, más vivo, como liberado de un lastre o un compromiso. Fue entonces cuando comenzamos a charlar con libertad y comprendí que sería capaz de escribir su biografía», me confesó Artemis Cooper en el transcurso de una entrevista en Londres.

Silencios y deudas, celos y traiciones, perdón, olvido, muerte y soledad… son, al fin y al cabo, las bases con las que se han confeccionado las artes, las guerras y la literatura de Occidente, y

muchas de ellas fueron representadas allá abajo, en el proscenio de este teatro. Aquí mismo, miles de espectadores podían ocupar cómodamente las gradas de Epidauro y asistir a esas propuestas escénicas que unían por primera vez en la historia del Peloponeso a las diferentes ciudades-Estado. El teatro, los deportes y la ciencia consiguieron lo que la política, el comercio y las batallas no habían logrado ni siquiera con la formación de la Liga Aquea: un encuentro panhelénico en el multitudinario festival en honor del dios Asclepio (la Asclepeia), cuyo sanatorio, a unos pocos metros de aquí, tuvo en la Grecia clásica un éxito arrollador.

Sin nadie a quien mirar desde las sombras de los pinos continúo sentada sola en las gradas de Epidauro, casi colgada «sobre la brisa», tratando de olvidar el drama complejo del amor para concentrarme en la arquitectura. Puedo imaginar al joven arquitecto Policleto trepando sudoroso hasta lo más alto de esta colina y quedarse aquí de pie, con los ojos entrecerrados, concentrado en sentir el viento y el crujir de los árboles, medir el ángulo del sol y calcular geometrías. Él sabía, porque había estudiado los tratados egipcios y caldeos luego repetidos por sus viejos maestros atenienses, que la naturaleza no se deja conquistar, solo seducir. Así que, inclinado sobre la alta ladera, decidió que adosaría el *koilon* (conjunto de gradas) en el flanco de la colina. Al caer la tarde bajó despacio, con aquel paisaje sobre el que había dibujado proporciones en el aire grabado en la retina. Le acompañaba la certeza de que su arquitectura sería una obra digna de ser admirada. No se equivocaba.

Los pocos turistas que se hacían fotos en la escena del anfiteatro se han marchado ya. Hace calor y es la hora de comer. Bajo por uno de los *parodoi* y, de pie en el centro del círculo de arena, pronuncio en voz alta un nombre amado; compruebo, asombrada, que el sonido se eleva espeso y veloz para luego derramarse lentamente sobre las piedras como una lengua de lava. El salón de conciertos de la Ópera de Sídney, uno de los más grandes del mundo, tiene un aforo aproximado de tres mil espectadores. La capacidad de Epidauro sobrepasa los doce mil, distribuidos en cincuenta y cinco filas semicirculares donde el público ubicado en las últimas no tiene

ningún problema para escuchar con total claridad los diálogos de los actores a setenta metros de distancia. Este fenómeno único ha hecho que centenares de especialistas hayan especulado durante años sobre las causas de tan buena acústica. Pocos sospecharon (es un descubrimiento relativamente reciente) que el secreto de tal proeza es la forma acanalada de los asientos, diseñados para crear un efecto similar al de los paneles difusores que hoy se usan en las paredes de las salas de grabación. El eco de aquel nombre se resiste a abandonar Epidauro y continúa resbalando por los canales de las piedras mientras me voy alejando de allí. Algunos gatos me acompañan por el camino de arena que conduce al coche. Uno de ellos, tal vez gata, de un blanco virginal, me mira con sus grandes ojos azules. Levanto despacio la cámara para inmortalizarla en una foto, pero huye veloz antes de que pueda apretar el obturador.

Inevitablemente pienso en la bella y triste Joan de mirada felina, que «odiaba que la fotografiaran» y quiso «ser madre de un pequeño Fermor cada año», pero solo pudo tener gatos, decenas de gatos, en la casa de Kardamili. Bueno, me digo. Tuvo al Fermor original acompañándola hasta el final de sus días. También tuvo libros y amigos comunes con quienes jugar al ajedrez, así como innumerables viajes junto a su hombre en los que tomaba extrañas fotografías a edificios en ruinas y cementerios bombardeados. En uno de sus pocos diarios de bolsillo conservados, ella misma se definía como «una acuario egoísta y de mal genio, retraída, propensa a quejarse e indecisa».

Arranco el coche sonriendo. El don curativo del dios Asclepio era una patraña. Quien venía hasta aquí encontraba la verdadera cura de sus males en el escenario, bajo estas gradas de Epidauro, desde las que se lograba comprender las miserias humanas al verlas representadas con perfecta sonoridad, a la saludable distancia de setenta metros del drama real de la propia vida.

11

Agamenón de Micenas

Digo que los dioses erraban por todos los lugares, que eran hombres como nosotros en forma y esencia, pero estaban libres, eléctricamente libres.

HENRY MILLER, *El coloso de Marusi*

En el número 15 de la calle principal de Micenas se encuentra el mítico hotel Orea Eleni, Belle Hélène, regentado por Agamenón, el último vástago de la familia Desis.

Cuando el arqueólogo Heinrich Schliemann llegó aquí en 1876, la acogedora casa de dos pisos de los bisabuelos de Agamenón era la más grande de la aldea de Harvati, que luego pasó a llamarse Micenas. Schliemann alquiló la mayoría de sus habitaciones mientras tuvieron lugar las aventureras excavaciones en la ciudad del rey argivo. Fue precisamente él quien bautizó el hotel como Belle Hélène y sugirió la redacción del letrero que, sobre la puerta principal, todavía saluda al viajero con un homérico «Dios te salve, forastero, serás bienvenido aquí», reproduciendo las palabras de Telémaco a una Atenea disfrazada en la *Odisea*.

Hoy soy la única huésped en el Orea Eleni. Agamenón, acostumbrado a este tipo de viajero curioso, me muestra con gran profesionalidad el museo que se encuentra en la planta baja del edificio. Su padre se encargó de fotocopiar en pequeñas tarjetas las firmas de personajes famosos del libro de visitas, tapizando con ellas las paredes de la sala. Le pregunto si la del escritor y viajero inglés Patrick Leigh Fermor se encuentra en alguna de esas tarjetas.

—Oh, sí, me olvidé de mencionarlo —dice Agamenón antes de señalar el nombre de Paddy garabateado junto a una fecha, 1960—. Aquí está la firma de *kirios* Mihalis.

—¿No lo llamaban Paddy? —interrogo. Agamenón niega con la cabeza.

—Sé que sus amigos ingleses lo llamaban así, pero para mi padre siempre fue Mihalis; así me lo presentó y así lo conocí. Era un hombre de muchas vidas y muchos nombres. Creo que eso no le importaba demasiado. Vino aquí en numerosas ocasiones a lo largo de los años —prosigue Agamenón, sin dejar de fumar su medio cigarrillo negro clavado en la boquilla eléctrica, que emite una tenue luz azul—. Llegó en la década de 1950 y nos visitó a menudo. Recuerdo que la primera vez que oí su voz fue por teléfono: había llamado preguntando si yo era George. Dije que no, que era su hijo… «¿Quién es usted?», pregunté después, intrigado, pues hablaba tan bien el idioma que lo primero que pensé fue que era un cliente grecoamericano. «Dile al truhan de George que ha llamado Mihalis de Kardamili», respondió.

Agamenón entorna los ojos, recordando.

—Yo estaba un poco confundido. Más tarde lo conocí. Como he dicho, se alojó aquí varias veces. También lo visité en Kardamili. Una vez, cuando su esposa estaba en Inglaterra, vino, se registró y pagó una semana entera por adelantado, aunque no lo vimos ni un solo día. —El dueño del hotel sonreía, divertido y cómplice—. Fue un gran hombre, un gran hombre —añadió evocador—. Lo vi por última vez en 1998. Cuando volví aquí casi una década después, tras pasar algunos años en el extranjero, no contacté con él. Murió sin que pudiera volver a verlo. Me arrepiento todos los días de eso.

Nos sentamos a cenar en la terraza, donde la bella mujer de Agamenón nos tiene preparada una fuente de berenjenas al horno que sirve dejándonos también una botella de *ouzo*, de la que da buena cuenta mi anfitrión mientras confiesa, sonriente, que Mihalis venía a Micenas, desaparecía durante todo el día y regresaba solo por la noche.

—*Kirios* Mihalis nunca le dijo a nadie que era un escritor famoso. Ni siquiera a mí; lo tuve que averiguar por mi cuenta. Era bastante crítico con sus cosas y no se tomaba a sí mismo muy en serio. Era feliz hablando con todo tipo de gente y mostraba un interés sincero por sus vidas. Tenía esa constante curiosidad por las personas y por el mundo,

¿comprende?… Por eso vivió tanto.

Todo lo cuenta Agamenón con una especie de sencillez milenaria mientras la tarde rosada se desliza sobre la terraza del Belle Hélène como un poema homérico. Entrelaza las anécdotas del hotel con recuerdos de su propia vida. A veces se refiere a sí mismo en tercera persona, no sé si por error gramatical al traducir los giros a un inglés aprendido mientras trabajaba como fontanero en Londres o porque nunca ha podido verse más que como un huésped extraño en aquel lugar.

Vive allí con su mujer y su hija pequeña, pero apenas se refiere a ellas o a sus padres; en cambio, se extiende en la memoria feliz de un adorado tío abuelo llamado Orestes, su héroe, un capitán de caballería del ejército griego que participó activamente en casi todas las batallas durante la guerra de independencia. Yo lo escucho fascinada no solo por el contenido, sino por la manera de narrar de este gigante guardián de tumbas reales y almuerzos de turistas. Agamenón, el de fuertes hombros, cuya voz ha olvidado recitar el menú, recuperando por una noche el eco milenario de los viejos aedos frente a la hoguera.

—*O kirios* Mihalis era un personaje; todo un personaje —asegura Agamenón—. Cuando lo conocí yo tenía dieciséis años y él, setenta, aunque aparentaba mucho menos. Demostraba una capacidad enorme para hacer amigos y convertirse en el centro de atención, aunque sin pretensiones de ser el protagonista; poseía el don de generar a su alrededor un silencio mágico porque sabía manejar las historias como nadie. Era un seductor nato.

La noche se levanta sobre la terraza del Belle Hélène como un túmulo funerario. Algún gallo canta en la lejanía, despistado por la intensa luz de las estrellas. Agamenón fuma despacio, bebe rápido y parece estar cómodo en ese mundo de los muertos que le he obligado a visitar. Sigue sumido en sus recuerdos.

—Aquella noche el Belle Hélène estaba muy animado. Había un grupo de jóvenes francesas cenando en esta misma mesa donde estamos usted y yo; andaban en un viaje de estudios visitando los restos arqueológicos de Micenas y Tirinto. Con gran naturalidad, Mihalis se acercó a ellas. Yo estaba muy atareado atendiendo al resto

de los clientes, pero le aseguro que, en los quince minutos que empleé en entrar en la cocina y volver a salir, él ya estaba sentado con las chicas completamente integrado en el grupo, hablando en francés con mucha animación sobre algo que no alcancé a entender, aunque lo veía gesticular divertido mientras ellas reían alegres y lo escuchaban con admiración. Al cabo de un rato las estudiantes se retiraron a sus habitaciones y él subió charlando con una de ellas. Al otro lado de la puerta de la habitación número 5, la que en otro tiempo ocupó Agatha Christie y donde hoy va a dormir usted, se oían las risas y los susurros de los dos. A la mañana siguiente bajaron juntos, sonrientes y cómplices, y les preparé el mítico desayuno del Belle Hélène, que llevamos sirviendo desde los tiempos de Schliemann: huevos fritos, una cesta de pan caliente recién hecho y café. Lo devoraron mirándose a los ojos antes de despedirse con un abrazo.

Agamenón se queda en silencio chupando su boquilla lentamente, envuelto en las sombras.

—Una vez le pregunté si era verdad que había secuestrado a un general alemán durante la guerra. Me miró, divertido. «¿Quién te ha dicho eso? —preguntó—. Tu padre, ¿no? A ver, George, ¿qué le has contado a tu hijo?». Supongo que mi gesto de súplica terminó ablandándolo. «Bueno, joven Agamenón —me dijo—. ¿Cuánto tiempo tienes?».

Agamenón me mira ahora con una sonrisa de disculpa.

—Lo que yo pueda contarle volvería oscuro el relato colorido de kirios Mihalis —se excusa mientras abre sus enormes brazos de titán argivo tratando de abarcar aquel lugar silencioso y decadente—. Por el Belle Hélène pasaron los hombres y las mujeres que protagonizaron parte de la historia de los últimos dos siglos, aunque la verdad es que yo nunca quise heredar el hotel; era joven y aventurero, quería viajar lejos, conocer gente, salir de este agujero hecho de tumbas y reyes cubiertos de polvo. Ahora, con cincuenta años, comprendo muchas cosas y añoro aquel tiempo. Pronto el Belle Hélène será una tumba más, tan valiosa y olvidada como la del rey Agamenón de Micenas. Mi padre determinó mi vida con el nombre que eligió para mí y la herencia que me dejó: un lugar lleno de fantasmas. Nadie escapa a su

destino. —Encoge sus anchos hombros sosteniendo aquel peso invisible como un atlante cansado—. No quiero entretenerla más, señorita. —Apura en silencio el *ouzo* de su copa y se pone de pie—. Créame que ha sido un placer hablar con usted esta noche.

A la mañana siguiente bajo muy temprano a desayunar. La mujer de Agamenón, de la que nunca supe el nombre, sin dejar de sonreír me sirve un par de aquellos famosos huevos fritos, el pan delicioso, todavía tibio, y un café espeso como el barro. Agamenón no aparece; ha ido al pueblo a hacer unos recados, y ella anda atareada con un grupo de huéspedes que acaba de llegar.

Sobre el mostrador de madera de la recepción reposa una pila de libros de la historia del Belle Hélène escritos por el padre de Agamenón, el amigo de Paddy. Me llevo uno y dejo en su lugar el importe de lo que cuestan dos junto a una nota de agradecimiento escrita en inglés. El texto, en griego, solo me permite descifrar algunos nombres de personas, lugares y fechas junto a las fotografías. Trato de completar con la imaginación las muchas aventuras que contiene, pero no es suficiente. Por eso, algunas semanas después de abandonar el Peloponeso y gracias a la paciencia no remunerada de un amigo traductor, pude descifrar algunos detalles. Pensándolo bien, quizá esté cayendo de nuevo en esa mitomanía emocional de viajera melancólica tan mía, pero no quiero evitarlo. Al fin y al cabo, nadie puede ser Schliemann excavando el círculo A, pero me atrevo a jurar por todos los dioses que hubo un momento en el que creí sentirme exactamente igual que él, o mejor aún: me sentí como la griega Sofía, su esposa, a la que el arqueólogo bautizó, obsesivo, con el nombre de Helena. Y tuve aquella sensación precisamente de encender el ordenador y leer en voz alta algunas de las historias del libro de Agamenón, que mi amigo había traducido para mí del griego al español. Para un mitómana como yo, fue como si por un momento aquellas palabras coronasen mi frente con una nueva diadema del tesoro de Príamo.

Por eso, tocada con aquella corona de oro invisible, deseo dejar constancia en esta aventura griega del paso de algunos hombres y mujeres singulares por aquel mítico hotel de Agamenón, convencida de que entre sus viejas paredes se resume la historia de una Europa

que está tan muerta como todos ellos.

Así fue como supe que, en el verano de 1876, el emperador Pedro II de Brasil cenó con Schliemann en el interior del tesoro de Atreo, la famosa tumba monumental, y que sería el primero de muchos miembros de la realeza en visitar el Belle Hélène, pues le siguieron, entre otros, el rey Gustavo VI Adolfo de Suecia, que se hospedó aquí siendo aún príncipe heredero; Alberto II de Bélgica, que llegó con la curiosidad arqueológica de sus doce años, o el duque de Windsor, que viajaba sin su amante, Wallis Simpson, aunque acompañado por Marina, duquesa de Kent (nacida princesa Marina de Grecia y Dinamarca), tercera y última hija del príncipe Nicolás de Grecia.

No solo la realeza europea, también la música durmió a los pies de Clitemnestra: en mayo de 1909 pernoctó el compositor Claude Debussy en compañía de una misteriosa «madame Gauthier». Las malas lenguas afirman que se trataba de la *mezzo* canadiense Éva Gauthier, su amante en aquellos días, con la que solía viajar a pesar de seguir oficialmente casado con Emma Bardac, otra magnífica cantante por la que, a su vez, el romántico mujeriego había abandonado a su primera esposa. En fin. Debo justificarme quizá en los detalles recordándome a mí misma que todas estas historias de pasiones, enredos, arte y aristocracia eran la debilidad de Paddy, quien, en las largas sobremesas que tanto amaba, solía demostrar una memoria inusualmente rica en cuanto a pormenores de minuciosa genealogía amatoria, aderezados con mucho humor inglés.

Inevitablemente, también pasó por aquí mi adorada Agatha Christie, la «mujer policía», como la llamaban los lugareños, que se alojó en dos ocasiones: el 26 de abril de 1909 con dos amigos y el 14 de octubre de 1930 con su esposo, Max, ocasión en que firmó como Agatha Mallowan.

Sin salir del gran tour inglés, cabe citar al exquisito grupo de Bloomsbury, representado en comisión arqueológica por Virginia y Leonard Woolf, que llegaron al Belle Hélène acompañados por unos amigos. Una década más tarde, Allen Ginsberg, el melenudo poeta de la generación Beat, reservó dos noches, pero se quedó veinticuatro. Le encantaba visitar las ruinas al caer el sol y escalar las montañas al

amanecer. Su largo comentario sobre aquel viaje comienza demostrando que la vieja Micenas también podía ser en sus manos un icono del pop art: «Llegué y comí con el brillo de una linterna de luna llena de septiembre amarilla, enfermiza y manchada con mares de cejas diluidas en la brisa fría».

En la década de los treinta no faltó tampoco la presencia de algunos líderes nazis. Agamenón me contó que su abuelo recordaba al canciller Hermann Göring, fundador de la Gestapo y adicto a la morfina, como un hombre rechoncho y jovial «que pesaba más de cien kilos», consumía mucha comida y dejaba una propina de tres mil dracmas, equivalente a dos meses de salario de un trabajador griego. También Joseph Goebbels, el cruel ministro de Propaganda del Tercer Reich, y su esposa Magda estuvieron en el Belle Hélène, y ambos posaron como cualquier matrimonio de turistas ajenos al Holocausto para inmortalizar el recuerdo. «Pero nunca la enviaron y no llegamos a verla en papel», se lamenta el hostelero.

Por su parte, Heinrich Himmler, experto en arquitecturas de campos de exterminio, cruzó la puerta del Belle Hélène el 10 de mayo de 1941, inmediatamente después de la ocupación de Grecia por las potencias del Eje. Mientras estaba almorzando, Orestes, el tío abuelo de Agamenón, apareció en el vestíbulo vestido de uniforme, pues acababa de regresar del frente. Himmler lo llamó para preguntarle por qué había luchado contra el ejército alemán. Orestes respondió serio y orgulloso, atusándose aquel bigotazo imponente, que era su deber resistir un ataque a su país. Entonces Himmler, en mitad de un silencio helado como la tumba de Orestes, se levantó y, dando un paso al frente, le estrechó la mano mientras decía: «Bravo. Eso es lo que un patriota debe hacer por su tierra natal». Luego volvió a su mesa y siguió comiendo como si nada. Esa anécdota le habría encantado a Paddy, pienso, así que, sin necesidad de terceras fuentes ni confirmaciones históricas, la incluyo entre todas estas historias de fantasmas que tanto me gustan.

Mientras guardo con exagerado mimo el libro del Belle Hélène en la mochila, como si en realidad estuviese robando la máscara de oro del rey Agamenón, fantaseo con la idea de que alguna editorial se interese

por él a mi llegada a España y decida traducirlo, editarlo bellamente y publicarlo como merece, porque es un acto de justicia y de amor a la cultura, la historia y los libros. Me alejo de allí con ese pensamiento feliz. Poco o nada sabía yo por entonces de editoriales, intereses, respeto por la literatura, mercado y publicaciones. Quién sabe, concluyo. Tal vez algún día pueda publicarlo yo misma.

12

Una peluquería en Esparta

—¿Cómo vosotras solas las espartanas domináis a los hombres?
—También nosotras solas —le respondió— parimos hombres.

PLUTARCO, *Vidas paralelas*

Miro por última vez el brillo de la arena en el espejo retrovisor del coche. Es el reflejo menguante de las ruinas de Micenas, Tirinto y Pilos, restos de un mundo de héroes procedentes de una constelación de pueblos (azanes, flegios, arcadios, eolios, jonios) a los que Homero llamó «aqueos», capaces de construir la primera cultura propiamente europea, influida por el intercambio comercial con sus refinados vecinos egipcios y cretenses.

Avanzo hacia mi próximo destino, Esparta, ciudad donde comienza *Mani*, el libro que Paddy dedicó a sus viajes por el sur del Peloponeso. La autopista se va internando despacio en la Arcadia, ese paraíso inexistente en el que la civilización occidental imaginó una y otra vez la posibilidad de una felicidad sencilla.

«Los mapas hacen de cualquiera un mariscal de campo», decía Paddy. El mío, desplegado sobre el volante, me ofrece tentadoras posibilidades que acaricio con el dedo índice; deseo que el viaje pueda continuar por el boscoso Ménalo hasta la montaña sagrada de Pan y la garganta del río Lusios, donde Zeus fue lavado al nacer, para recorrer después sus senderos hasta el inesperado Prodromou, el monasterio dedicado a san Juan Bautista, quien, por cierto, también lavó de sus pecados a otro dios en otro río. Será la próxima vez.

Me gustaría vivir un tiempo en los topónimos de la Arcadia evocados por Virgilio, Ovidio, Petrarca, Boccaccio, Cervantes, Cernuda y tantos otros que caminaron a ciegas haciendo literatura de esta

tierra desconocida, pero comprendo que no es posible visitar la enrevesada amalgama de mitos y aventuras en un solo viaje. Me complace pensar que esta isla de Pélope que, como Ulises frente a Nausicaa, emergió de las aguas revueltas hace veinticinco millones de años con la forma caprichosa de una mano de cuatro dedos, o, como Paddy solía decir, de «un deforme diente que acaba de ser extraído de la encía», esperará paciente mi regreso.

El destino marcado está al sudoeste y allí me dirijo: a las ruinas de Esparta al pie del legendario monte Taigeto cruzando el valle del Eurotas, donde Zeus se unió a Leda metamorfoseado en cisne para preñarla de dos hermosos huevos de los que nacerían la bella Helena y los mellizos Cástor y Pólux. Detengo un momento el coche en un lugar seguro del arcén y camino un buen trecho por la orilla del río porque no puedo marcharme sin visitar, aunque solo sea un momento, la tumba de Helena de Troya.

Nadie conoce con certeza su destino, así que me dejo guiar por las palabras del abuelo Heródoto, que ubica su lugar de reposo junto a las ruinas de la antigua Terapne, bajo una extraña pirámide, en compañía de su esposo. ¿Merecían Paris tanto amor, Menelao tanta venganza, Penélope tanta soledad, Aquiles tanta cólera, Nausicaa tanto abandono, Troya tanta muerte? Una brisa mentolada refresca la calurosa mañana haciendo parpadear las hojas pardas de los olivos. *Et in Arcadia ego*.

El verano en que Paddy decidió regresar a este lugar no fue, ni por asomo, tan bucólico. Con el ardiente calor de un julio sofocante, él y Joan llegaron desde Atenas como improvisados autostopistas subidos en la parte trasera de un camión de *ouzo*. En Esparta estuvieron solo el tiempo necesario para beber algo fresco, cortarse el pelo y buscar un medio de transporte «económico» que los llevara rumbo al sur, a Kalamata y Mani.

Una vez más su simpatía surtió efecto. Convenció al hijo del director del banco para que los llevase en su todoterreno, pero al descubrir que el viaje duraría más de siete horas se ofreció a acercarlos hasta un lugar intermedio, Anavryto, un pueblo que el peluquero de Esparta ya se había encargado de adornar con oscuras

leyendas mientras cortaba los rizos rubios de Paddy. Antes de salir de allí tuvieron tiempo de visitar unos mosaicos que recuperaban su colorido original bajo el chorro de agua que el guía lanzaba sobre el pavimento con la ayuda de una jarra enorme. Poco a poco, como si hubiese retirado un velo de seda gris, las imágenes surgían seductoras: Europa, de enormes senos, cabalgando sobre el toro Zeus; Aquiles, afeminado, escondido en el gineceo de Esciros, y Orfeo tañendo su lira en medio de un auditorio de animales salvajes.

No puedo evitar evocar aquel momento más tarde, cuando mi propio guía espartano me separa del pequeño grupo de turistas al que me había unido en la visita a la Acrópolis de Esparta para enseñarme algo que parecía brillar en el suelo, junto a las maltrechas gradas del teatro. Coge el trozo parduzco, se lo pone en la palma de la mano y escupe limpiamente sobre él. Luego frota con los dedos y, ante mis asombrados ojos, aquella piedra insignificante se transforma en un brillante fragmento rojizo con una gruesa línea oscura. «Mira, hemos tenido suerte. Es la base de un vaso de cerámica ateniense de figuras negras —dice con naturalidad—. Siglos IV o V a. C., porque después dejaron de fabricarse». Acto seguido lo tira al suelo, sin más. Yo me abalanzo sobre aquel tesoro, lo recojo y lo deposito con sumo cuidado en la mano cual Leda sosteniendo por primera vez aquellos huevos divinos. La cerámica, seca, ha vuelto a oscurecerse.

—No te preocupes —sonríe el orondo guía, divertido—, cada vez que lo lamas verás que reluce como el primer día.

Luego se dirige a los demás, alzando la voz para continuar con su trabajo:

—Esparta siempre tuvo una política aislacionista, como Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial. Los espartanos se negaron a participar en la expansión hacia Oriente; pasaban mucho de Alejandro —dice mientras se seca el sudor con un pañuelo blanco, antes de guardarlo de nuevo en el bolsillo del pantalón—. Por eso se quedaron fuera de la cultura helénica. Esparta existía para luchar, pero solo por y para sus propias causas. Ningún monarca espartano permitía que sus ciudadanos salieran de aquí por miedo a que relajasen las rígidas costumbres; nunca encendían fuego, se bañaban

desnudos en el Eurotas, que arrastraba las frías aguas del deshielo del Taigeto, y su dieta se basaba principalmente en una especie de caldo oscuro.

Bajo el sol lacedemonio, el grueso guía parece sufrir tan solo imaginando aquella lejana, antigua y dura vida. El sudor brilla en su frente, bajo el sombrero de paja.

—Tras la dura conquista de Mesenia comenzó la decadencia del reconocimiento individual del héroe espartano, que fue sustituido por la memoria colectiva del ejército hoplita o, lo que es lo mismo, el componente anónimo de la falange, que en esos tiempos comienza a forjarse afrontando su muerte en el campo de batalla como una marca de heroísmo colectivo, confiando en que sería la ciudad la que recordara su coraje y valentía.

El pequeño grupo escucha admirado y silencioso las palabras de aquel Tirteo con aspecto más de pícaro sátiro que de lacónico *homoioi*. Yo me alejo un poco para contemplar desde las gradas, en solitario, el inverosímil muro de piedra del Taigeto e, inevitablemente, retomo lo que Paddy escribió sobre este lugar: «Nada en la gracia y el encanto de todo esto podía recordarle a uno la Esparta tan poco dada a los libros y a las musas. El tiempo ha borrado todos los indicios de las odiosas costumbres de aquella Potsdam del Peloponeso».

Me humedezco los dedos con saliva y froto aquel trozo de cerámica de dos mil quinientos años de antigüedad que aún sostengo en la palma de la mano y que vuelve a brillar con un tinte rojizo bajo el sol. Tal vez, me digo, formara parte de uno de aquellos vasos en los que, sedientos, los hoplitas brindaron frente al brillo gris de las nieves del Taigeto antes de partir junto a Leónidas hacia las Termópilas y la muerte. Imagino a aquellos guerreros envueltos en la noche, sentados en estas gradas de mármol, sabiendo que al otro lado de la aurora les esperaban muchas jornadas de camino a pie antes de llegar al estrecho paso de Lócrida, en Tesalia, con el corazón latiendo tranquilo y ligero.

Y así, de ese modo, por la magia de las lecturas capaces de modificar el tiempo, puedo ver a los Trescientos que, un poco antes del amanecer, se despiden de sus mujeres y parten a la guerra sin mirar atrás, repitiendo el destino ancestral de los seres humanos. Ellas

permanecen en la orilla del camino admirando en silencio la fuerza de los cuerpos amados, tensos bajo el brillo del bronce que los protege pero que nunca detiene la muerte. Y algunas sonríen orgullosas recordando los nombres de las que murieron en el lecho ensangrentado para que ahora sus hombres puedan marchar a la gloria. Inmóviles sobre las murallas, el pelo corto de las espartanas y sus hermosas formas ejercitadas en horas de entrenamiento bajo el sol les otorgan un seductor aire de muchachos bronceados. Los hoplitas que se alejan, por el contrario, lucen orgullosos unas hermosas cabelleras, que caen sobre los hombros duros de *kuroi* y que gustan de peinar con ceremonia antes de entrar en combate.

Mi mente evoca, sin saber muy bien por qué, los rizos dorados de Paddy esparcidos en el suelo de la peluquería de Esparta y su nuca perfecta y rasurada. Y quiero imaginar, volviendo de nuevo al hilo de los siglos, que en aquella lejana y última noche alguna de las mujeres espartanas esperó fingiendo dormir, hasta que su guerrero, rendido en el lecho desordenado del sexo, cerró exhausto los ojos, para sacar un pequeño cuchillo escondido bajo las mantas y cortar de un tajo sigiloso un mechón de su hermosa cabellera; un trozo cálido de vida que poder besar, acariciar y oler mucho después de que el cuerpo amado hubiese dejado de latir en el paso de las Termópilas.

También de Esparta tengo que alejarme. Cruzar el desfiladero con sus caminos zigzagueantes de ángulos agudos «como una regla plegable» es adentrarse en un viaje a través de la geología de la Edad del Bronce. Bosques de coníferas y helechos se descuelgan en vertical con ingravidez paleozoica y una fina lluvia envuelve la carretera en un vapor verdoso. La muralla del Taigeto, que separa la llanura Laconia de la Mesenia, desciende y se estrecha a medida que se acerca al mar. Y allá abajo, donde el agua espejea con reflejos de vino homérico, es adonde me dirijo. Una tierra desolada cargada de leyendas de piratas y contrabandistas: Mani, al fin.

13

Hacia Mani: infierno y paraíso

No tengo una religión específica esta mañana. Mi dios es el dios de los caminantes. Si uno camina lo suficiente, probablemente no necesitará a ningún otro dios.

BRUCE CHATWIN

A menos de dos horas de Esparta por la autopista que conduce de Areopoli a Gerolimenas y casi en línea recta, se llega al punto más meridional del *deep Mani* o «Mani profundo». Tierra de recelosos clanes y perversos piratas, hoy se halla poblada de misteriosos pueblos fortaleza y vigilada en sus aguas por la cercana isla de Citera, un lugar cantado por los poetas como «la alegre isla del amor», quién sabe si para compensar la desolación de tierra firme, que se extiende pedregosa y yerma hasta el cabo Matapán. Este lugar, conocido desde la Antigüedad con el nombre de cabo Ténaro, era considerado uno de los viejos pasadizos de entrada al Hades. Allí me dirijo.

Kardamili se encuentra al oeste de la península, por lo que si decido bajar hasta el Ténaro luego me veré obligada a retroceder un trecho por la carretera. Miro el reloj observando de reojo el aspecto del horizonte cada vez más oscuro, pero resuelvo ignorar la advertencia de los dioses. ¿Cómo renunciar a la tentación de llamar a las puertas del Infierno?

El cabo enlaza en la parte oriental con los altos picos del Taigeto por una bahía en la cual se halla Porto Quaglio, o Kaio, hoy un rincón pintoresco moteado de tabernas con terrazas construidas sobre pilares de madera sumergidos en el mar. Todavía es temprano y el lugar está desierto, pero decido apearme del coche y pedir un café, tan solo por el breve placer de contemplar aquel cielo sentada sobre las olas, como hacían los Durrell en Corfú.

Parece mentira, pienso, que este lugar apacible fuese en otro tiempo el enclave elegido por los otomanos para construir el imponente castillo sobre el puerto en el que se refugiaban las galeras que patrullaban el estratégico estrecho de Kythira. De nada le sirvió su aspecto inexpugnable, pues la poderosa Venecia lo atacó a finales del siglo XVI y expulsó a los otomanos de estas aguas por espacio de un siglo. Cuatrocientos años después, durante la Segunda Guerra Mundial, Porto Kaio volvió a ser un punto caliente en el mapa del mundo, pues desde este lugar muchos de los acorralados soldados británicos pudieron salvar la vida escapando a Egipto.

Me alejo del precioso puerto con cierta pereza y pongo rumbo al sur. Siguiendo el sendero que desciende por la izquierda, llego a la entrada de las cuevas de las que nos habló, entre otros, Apuleyo en *El asno de oro*, advirtiendo al viajero de que «en uno de los parajes solitarios de estas tierras se ocultaba la caverna de Ténaro». «Búscala —animaba el romano a sus lectores—. Es un respiradero de la morada de Plutón y sus puertas entreabiertas dejan ver una senda intransitable».

Conocidas hoy como cuevas de Diros, el turismo desluce un poco la mitología, pero nada me impide evocar a mis anchas al pobre Heracles adentrándose en ellas para cumplir uno de los doce trabajos encomendados por el rey Euristeo; en concreto, el de encadenar al can Cerbero, el perro de tres cabezas guardián del reino de Hades.

El siglo XXI se ha encargado de eliminar algunos de los misterios de la tierra, pero no todos. Por eso hoy sabemos que se han explorado más de catorce kilómetros de cuevas, pero seguimos con la incertidumbre de la leyenda. ¿Será verdad que estas mágicas rutas subterráneas podrían llegar, bajo el suelo laconio, hasta Esparta? ¿Cuál de las diferentes cavidades del vientre calcáreo de Mani es la que desciende hasta el inframundo? La visita turística recorre el interior de la única de ellas abierta al público, Glifada, donde se oferta una ruta de unos mil quinientos metros de longitud. En la entrada te entregan un llamativo salvavidas porque los primeros mil doscientos metros se realizan navegando en una barca de madera sobre la laguna. Con aquel ridículo salvavidas fosforescente puesto sobre el biquini,

como el resto de los integrantes del grupo de turistas, me miro en las aguas cristalinas y pienso en Hércules, en Apuleyo e, inevitablemente, en Paddy. A veces una agradece no tener testigos.

En la pared de la puerta del Hades se puede apreciar un surco labrado en la roca por donde supuestamente desfilan las almas en pena hacia las húmedas profundidades marinas a las que no puedo acceder; así que, una vez terminada la visita, regreso al camino en busca de las ruinas de la antigua Tainarón. Esta vieja y próspera ciudad romana, de la que apenas se ven el perímetro de un edificio y su bellísimo mosaico circular con geometría de olas en el suelo pedregoso, conserva el oráculo de Hipnos, una especie de iglú de sillares en medio de un paisaje quemado por el sol, lugar de encuentro entre los vivos y los muertos.

Me toco el bolsillo del pantalón y sonrío. Ahí están todavía. Han hecho un largo camino. Entro en el pequeño receptáculo, en el que apenas cabe una persona, y compruebo que la gente aún deja monedas como pago a Caronte. Por si acaso asoma por allí alguna de las tres cabezas de Cerbero o al iracundo Hades le da por sacudir la tierra con un terremoto, nadie osa tocarlas. Deposito sobre la pequeña columna de mármol las mías (dos dracmas de plata con el busto de Alejandro grabado en el envés, que compré en un mercadillo de Atenas) y me alejo de allí con precaución. A los dioses nunca les gustó que los vivos pasaran demasiado tiempo en el mundo de los muertos; estos siempre terminan desvelando secretos inconfesables.

De regreso, el calor que se filtra espeso y húmedo a través de los nubarrones es tan intenso, y el mar tan cristalino, que me detengo en Marmari, donde hay un pequeño hotel que se asoma a uno de los breves acantilados en equilibrio sobre una playita de arena gris. Con la elegancia de un balneario abandonado, el lugar ofrece tentadoras habitaciones frente al golfo, excesivas para la soledad de esta viajera de paso, un restaurante cuya terraza cuelga sobre el horizonte y una carta con platos deliciosos que sí logra retenerme un rato.

Después de varios *mezedes*, o aperitivos que incluyen un delicioso *tzatziki* de yogur con ajo y unas gruesas anchoas marinadas, además de media botella de un vino de la región elaborado con las cárdenas

uvas mavroudi, bajo a la playa a pasear. No puedo quedarme dormida porque tengo que continuar el viaje, así que camino por la orilla dejando que el agua fría me acaricie los pies. Por este mismo lugar pasó el viejo caique del pescador Panagiotis rumbo al este con Paddy a bordo. Como yo, iba en busca de la entrada al Hades, aunque él lo hizo desde el mar, accediendo a nado a la caverna que «bostezaba sobre el agua».

Al frío de la primera zambullida le siguió la sorpresa de los nidos de golondrinas y, un poco más adelante, un par de murciélagos que revolotearon, chillando, cuando sintieron la presencia de aquel extraño. En la parte más oscura, la cueva descendía y se ampliaba a la derecha. Buceando pudo percibir que la totalidad del suelo de la gruta se encontraba bajo el mar y que, allí, la poca luz filtrada desde la superficie provocaba una fosforescencia añil en las burbujas alrededor de su cuerpo, como si estuviese atrapado «en el corazón de un colosal zafiro». Fascinado y exhausto, Paddy emergió por fin, con la certeza de haber estado en el zaguán del Hades: «Allí abajo se encuentra el camino hacia el río de los espectros y el horrible perro de tres cabezas, los oscuros campos y las amplias y tristes Salas de Perséfone, el mundo gris en el que el fantasma de la madre de Odiseo se desvanecía una y otra vez de los brazos de su hijo, como la sombra de un sueño».

Abandono Marmari y me adentro conduciendo despacio, bajo un cielo que comienza a aclararse, en lo que parece una ciudad abandonada, Vathia, instalada en lo alto de un farallón de roca sobre la playa de Almiros, que ruge atrapada entre una cueva y unos restos arqueológicos. Vathia es una auténtica ciudad fantasma que poco a poco va volviendo a la vida gracias a que algunos atenienses acaudalados están recuperando sus antiguas casas fortificadas. Una idea, por cierto, que ya se le había pasado por la cabeza a Paddy cuando, con casi cincuenta años, decidió que Grecia era el lugar donde quería envejecer, escribir y morir.

En el verano de 1962 Joan tuvo que quedarse en Inglaterra, y Paddy reemprendió junto a un amigo la búsqueda de una casa en esta parte de Mani. Visitaron de nuevo Vathia en busca de una torre que pudiera convertir en hogar, pero la realidad les resultó demasiado desoladora;

nada que ver con los recuerdos casi mágicos volcados en la descripción de aquella ciudad «de rascacielos de piedra», como diría en *Mani*, donde la recordaba como una rústica metrópoli de visión tan apabullante como el distante perfil de Manhattan; una ciudad que se mostraba «vacía o inmovilizada por la catalepsia, paralizada por un sueño cuyo hechizo parecía imposible de romper».

Desecharon la idea de comprar aquella torre y pusieron rumbo al sur. *Deep Mani* abarcaba las bahías de las hermosas Limeni e Itilo, y era conocido como la Gran Argelia, refugio de piratas esclavistas del siglo XIX que Julio Verne retrató en su novela *El archipiélago en llamas*. Tal vez eso explique la presencia por toda la región de aquellas torres rectangulares construidas para defenderse de incursiones piratas y de vecinos agresivos, pues durante siglos Mani había sido cualquier cosa menos un remanso de paz. Mientras Paddy y su amigo Ian Wigham seguían precisamente la ruta de esas torres, llegaron a una zona donde de inmediato se produjo el flechazo. Enamorado a primera vista de aquel rincón del Peloponeso, ya no quiso buscar más. El nombre del lugar era, claro está, Kardamili, una de las míticas siete ciudades que Agamenón le regaló a Aquiles.

Festoneado de tabernas sombreadas por parras, el pueblo muestra las tumbas de Cástor y Pólux, los Dioscuros hermanos de la bella Helena, cuyas ánimas caminan entre cipreses acompañando a la de otro gran viajero y escritor, amigo íntimo y casi hijo adoptivo de Paddy, Bruce Chatwin, quien, al saber cercana su muerte, le pidió a este que esparciera las cenizas en una capilla de la aldea de Exochori, con vistas a la playa, no lejos de allí.

En Kardamili, Paddy y Wigham, en busca de la casa soñada, visitaron una hermosa torre de piedra, pero por desgracia carecía de privacidad, así que resultó imposible comprarla. Además, las dos propietarias de la tierra no le parecieron al escritor unas futuras vecinas precisamente discretas y silenciosas. Decía en tono jocoso que «hablaron, sin una sola coma, durante una hora y veinte minutos con unas voces estridentes y terroríficas», y que su interminable discurso abarcaba desde la bomba atómica hasta la maldad de los turcos.

Los dos amigos huyeron decepcionados de aquel vecindario

conduciendo a toda velocidad por los caminos desiertos en dirección a Stoupa, pero cuando apenas habían recorrido unos tres kilómetros hacia el sur divisaron una pequeña punta de tierra entre dos valles que finalizaba en una cala en forma de media luna donde decidieron bañarse. A las pocas horas, Paddy escribía entusiasmado a Joan para decirle que por fin había encontrado el trozo de tierra que quería comprar y que aquel lugar era un mundo de belleza extraordinaria cuyo nombre, Kalamitsi, significaba «donde hay juncos».

Ni Joan ni Paddy lo llamarían jamás así. No les agradaba el efecto «azucarado» de la terminación *-mitsi* en inglés, por lo que su casa siempre fue oficialmente «un lugar de piedra y mar en Kardamili». Al día siguiente el escritor iniciaría la búsqueda de los dueños de aquel rincón de paraíso donde poder construir la casa soñada. Un trabajo que no resultó tan fácil como esperaba.

14

Kardamili: una casa entre los juncos

Cuando patrocinábamos la realidad con nuestras fantasías y las convertíamos en mala literatura.

LAWRENCE DURRELL, *Reflexiones sobre una Venus marina*

No había ni un solo junco en aquel apartado lugar del Peloponeso, pero daba igual. Había olivos, cipreses, higueras, almendros. Había un cielo clavado en los picos verticales del Taigeto, una pequeña cala pedregosa y un paseo de veinte minutos desde Kalamitsi hasta el pueblecito de Kardamili por un sendero amarillo donde el canto de las cigarras ofrecía una obertura monocorde sobre el escenario de pinos.

Una casa en un lugar así, pienso, es el sueño de cualquiera, con los restos misteriosos de un remoto castillo y aquella isla azul flotando no muy lejos de la bahía. El día es claro y me regala, como tantas veces le regaló a Paddy, el sosegado perfil de la península de Mesenia a lo lejos. Tal vez por este paisaje los Fermor encargaron, con ese toque tan *british*, un elegante papel de carta para inaugurar su nuevo hogar, con un membrete impreso en el que se leía la dirección del lugar: Kardamili-Mesenia. En el lado izquierdo de la página los caracteres eran griegos; en el derecho, latinos.

Junto a la edificación, unos escalones excavados en la roca descendían casi en vertical hasta una pequeña playa de guijarros a la que el escritor bajaría a nadar todas las mañanas hasta casi el final de su larga vida. Pensándolo bien, este chico siempre pareció sentir cierta propensión por los rincones líquidos: la fría corriente de los ríos de Europa en su juventud, cuando caminaba entre los bosques y el agua fabricando su propia aventura; la cascada verde de Lemonodasos; los lagos subterráneos de las cuevas de Creta; las playas de Alejandría; las

secretas calas de la isla de Hidra; la puerta subacuática del Hades en Matapán… Todos esos lugares terminaron fortaleciendo un cuerpo de nadador y casi una biografía de guerrero homérico, pues como el joven Aquiles, cuya madre dominaba las aguas, Paddy pareció contar siempre con la protección de las criaturas marinas.

Solo eso explica que con sesenta y nueve años cumplidos decidiese cruzar a nado el Helesponto y llegase vivo, exultante y fortalecido al otro lado, ante la asombrada mirada de los escépticos. Aquellas brazadas enlazaban una vez más su vida con la de lord Byron, el primer gran nadador de los tiempos modernos, que, a pesar de su cojera o tal vez a causa de ella, había decidido ser un buen fondista, con una lista de retos casi tan asombrosa como la de amantes. Un poco más joven que Paddy pero con similar osadía, en 1810, junto con su amigo el lugarteniente Enkehead, cruzó en una hora los mil novecientos sesenta metros del Helesponto, imitando a su vez (siempre hay un dios detrás del dios que empieza la trama) al poeta Leandro, que, según la leyenda, nadaba a diario de Abidos a Sestos para ver a su amada, la sacerdotisa Hero. Byron ya tenía experiencia en estas osadías líquidas, pues tiempo atrás también había cruzado el rio Tajo en otra asombrosa exhibición, aunque menos conocida. Y en 1818, con treinta años, nadó desde la isla de Lido hasta una alejada punta de Venecia a raíz de una apuesta. Tardó más de cuatro horas, pero llegó solo y se alzó con la victoria, pues sus dos rivales habían abandonado a mitad de camino.

Tal vez Poseidón los bendijera a ambos al nacer. En el caso de Paddy quizá fuera alguna sirena enamorada la que procuró su cuidado al fijarse en aquel tatuaje del brazo izquierdo. Cuando yo misma lo descubrí observando una fotografía en la que el escritor aparece charlando con el torso desnudo entre un grupo de amigos, lo imaginé inmediatamente sentado en un antro oscuro de cualquier barrio peligroso de Ámsterdam, Bulgaria, El Cairo o las Antillas bebiendo ron mientras un fornido tatuador le dibujaba esa rara criatura marina en la piel. Luego descubrí la verdad, mucho menos romántica. Se trataba del trabajo de un afamado londinense que tenía su negocio en Waterloo Road y de cuya existencia Paddy supo gracias a la

recomendación de su amigo John Julius Norwich, historiador y padre de Artemis Cooper. Aquella criatura (sirena o gorgona) elegida para que penetrara en su piel y se quedara a vivir allí era cuando menos inquietante; se trataba de una extraña sirena de cola bífida. Por deformación profesional y tendencia personal a la mitomanía psicológica, me inventé una teoría: aquella gorgona estaba vinculada al deseo del viajero de aunar en una sola e imposible figura femenina sus dos patrias: Grecia y el Mediterráneo, Rumanía y el mar Negro. Para sostener aquello busqué por entre las palabras del propio Paddy y finalmente encontré las que parecían darme la razón, pues el escritor cuenta en su libro *Mani* que «las sirenas, en ocasiones, en vez de piernas tienen dos espirales escamosas y se las representa sosteniendo en una mano un barco y en la otra un ancla, siendo su hábitat principal el este del Egeo y el mar Negro». *Voilà*. Ahí estaba representada la simbología del agua en los dos mares fermorianos, y también el amor, las mujeres y el peligro que estas suponen para los aventureros, los navegantes y los nadadores. Confieso que celebré conmigo misma aquel hallazgo sin importancia que, sin embargo, para mí había supuesto (y eso tiene mucho que ver con mi manera de entender esta aventura griega) un juego de azares y empeños, ayudándome de paso a cerrar el psicoanálisis literario de un tatuaje.

Con la tinta de la sirena londinense todavía fresca en el antebrazo izquierdo, Paddy añoraba volver cuanto antes a Kardamili. Las primeras negociaciones para comprar la casa habían sido un desastre, pues la tierra era propiedad de una familia de varios miembros que no se ponían de acuerdo en casi nada de lo relacionado con la venta y, para colmo de males, una de las propietarias, Angela Philkoura, tenía en el solar una precaria cabaña que compartía con cabras y gallinas y se negaba en redondo a moverse de allí, y menos aún a entregar la tierra a cambio de aquellos billetes que para ella eran solo trozos de papel.

Sin embargo, Paddy no perdía la esperanza y, con su habitual don de gentes, dio con una joven pareja de griegos que vivía cerca, en una pequeña casa encalada, a quienes les entusiasmó la idea de que unos extranjeros «con dinero» fueran a vivir a aquella desolada parte de

Grecia. Entre todos convencieron a los reacios propietarios; en un primer momento estos se ofrecieron a alquilar por cincuenta años el terreno, pero tras la insistencia de todos y el encantador tesón de Paddy, que los convenció hablándoles en un perfecto griego local, finalmente accedieron a la venta. Joan, desde Londres, recibía noticias de las negociaciones a través de la correspondencia, pues su marido, por entonces enfrascado en el manuscrito de *Roumeli*, su libro de viajes por el norte de Grecia, le escribía con regularidad contándole con detalle el proceso y tratando de animarla sobre la acertada elección del lugar, aunque en su masculino entusiasmo no siempre acertara en los términos. De hecho, en una de ellas le explica que finalmente han comprado la tierra en lugar de alquilarla porque «así tendremos algo que dejar a nuestros hijos». Ante aquel entusiasmo casi adolescente, ella le contestó muy en su estilo de Penélope herida que olvida el viejo pacto entre ambos: «No me hagas llorar sobre el tema de mis descendientes, aunque los tuyos puede que sí anden por ahí».

Se trataba de una conversación epistolar cuando menos singular, pues la pareja por entonces ya rondaba los cincuenta años. De todas maneras, a los pocos meses la esperanza del heredero legítimo se desvanecería por completo, pues Joan fue sometida a una histerectomía, operación que aumentó la pesadumbre de ella y los remordimientos de él. Cinco años más tarde, en enero de 1968, formalizarían su relación contrayendo matrimonio por lo civil en Caxton Hall, Westminster. Hay varias fotos de aquel día. Las he mirado muchas veces porque fueron hechas al azar, sin poses ni ceremonias, y tienen el valor de lo improvisado; momentos capturados en la puerta de los juzgados una fría mañana de sol londinense. Ambos, elegantes y sobrios, bajan los peldaños de su nueva vida inaugurada por Joan con una tímida sonrisa casi de tranquila satisfacción, como si acabara de ganar una de sus silenciosas partidas de ajedrez contra un niño. Paddy, por su parte, parece envuelto en una forzada naturalidad, pues en lugar de la fresca mueca de muchacho desenfadado que mostraba en casi todas las situaciones, incluso en medio del peligro de secuestrar a un general nazi en plena

guerra, en esta ocasión se limitaba a tensar los labios en una mueca casi etrusca. Como si tuviese prisa, o mucho frío.

Aparco el coche en un lado del camino, junto al estrecho sendero que desciende hasta la casa de los Fermor. En el pueblo me han dicho que la casa está en obras y que no me dejarán entrar, pero yo he hecho un largo viaje, así que por la mente ni siquiera se me cruza la idea de abandonar ahora. Efectivamente, el acceso está tapiado con señales de obras y con varios tablones de madera y tela de alambre. En el interior, la maquinaria, la arena, los montones de ladrillo y el ajetreo de los obreros se adivinan a través de los huecos de las ventanas y los arcos de las puertas. Me agacho junto al muro de la entrada para poder observar con mayor detenimiento la vida del otro lado, aprovechando una grieta entre las maderas, cuando un hombre con gorra de visera se asoma vociferando en inglés: «¿Quién es usted? ¡No se puede entrar!».

No sé si el tono de apasionada disposición a no dejarme vencer, el argumento interminable en un aturullado inglés ininteligible o el gesto sincero de profunda desolación, como de niña perdida en el bosque, es lo que conmueve a aquel cancerbero de la albañilería, pero algo le hace cambiar de opinión. «Solo usted; solo unos minutos», sentencia retirando los tablones unos centímetros para dejarme entrar. Luego se marcha a lo suyo, dejándome allí sola. Con las prisas he cogido la mochila, pero no la cámara fotográfica. Maldigo mi torpeza porque sé que ya no puedo salir y volver a entrar, así que avanzo por aquel lugar procurando fotografiarlo todo en la retina. Estoy por fin en Kardamili.

15

Drink time!

Mis recuerdos del trabajo con Patrick Leigh Fermor, si es que a eso se le puede llamar trabajo —nos pasábamos la mayor parte del tiempo bebiendo vino y cotorreando—, consisten en una sucesión de días gloriosos, dorados y radiantes, llenos de luz y azul, de alegría a chorros.

DOLORES PAYÁS, entrevista en *Zenda*

Me gusta pensar que, al igual que mi admirada Daphne du Maurier, o tal vez a causa de ella (nadie lee impunemente), siento debilidad por los enigmas y las casas. Practico sin rubor una especie de parafilia literaria que otorga consistencia a mi imaginación y mi escritura, y así como hay autores que, en una especie de infantil eufemismo lúdico, llaman «coleccionismo» a sus obsesiones, yo siempre he preferido la osadía del término «fetichismo». Y nada mejor, para corroborarlo, que esta aventura griega de seducción intelectual que a cada paso demuestro por un escritor muerto.

Tal vez por eso, de todos los fetiches posibles, mis favoritos sean aquellos que encierran los mundos domésticos; de ahí que el destino final de este viaje no sea hollar un campo de batallas, ni rozar con los dedos el sillar de una pirámide, ni llorar ante los restos herrumbrosos de un Spitfire en mitad del desierto. Muy al contrario; mi forma de fetichismo se ha ido concentrando en encontrar la parte viva de las cosas inertes: una rama de olivo, el sabor del mar, el vértigo de una torre bizantina, el trazo de los pájaros minúsculos en las dedicatorias de Paddy o los litros de *retsina* que han refrescado esta aventura griega logrando desdibujar en mis palabras todas las ausencias.

En Kardamili, las obras de remodelación han puesto patas arriba la casa original, aunque persiguiendo un buen fin: recuperar la deteriorada salud de la vivienda de los Fermor otorgándole la

oportunidad de una segunda vida como hotel de lujo gestionado por su actual propietario, el Museo Benaki de Atenas. Celebro la idea y el proyecto de futuro, pero siendo coherente con el citado sentimiento fetichista que me ha traído hasta aquí no puedo evitar sentir, en mitad del caos arquitectónico, una especie de desolación ante la profanación de un lugar sagrado. Supongo que, obsesiones personales aparte, un poco del espíritu de sus dueños se perderá definitivamente entre el cemento y las luces LED del nuevo alojamiento, del mismo modo que también quedarían silenciadas bajo las cenizas de la bella casa de Hidra muchas historias fermorianas que ya nadie podrá contar.

Pero yo estoy aquí por fin, en el vientre destrozado de esta casa y sus fantasmas, y quiero contarlo. Recorro el laberinto de muros de piedra, arcos de medio punto, logias abiertas al mar, techos de artesonado de madera dorada, arcadas, pasillos y estancias solitarias en silencio, sintiéndome como una Nausicaa que se hubiese colado en el palacio de Penélope. Según los planos originales, los dormitorios de Paddy y Joan estuvieron separados ya desde el principio: el de ella en el extremo sur, abierto a la bahía; el de él, más pequeño, mirando al norte, sobre el jardín. Paseando casi de puntillas por el suelo sucio de las estancias recuerdo, sin saber por qué, las palabras de la escritora Elizabeth Smart, loca de amor por un poeta casado del que tuvo tres hijos sin que él, también profundamente enamorado de la bella Elizabeth, terminase de abandonar a su legítima esposa. Este le juraba una y otra vez a su joven amante que quería y respetaba a su mujer, pero que no la amaba. «Ni siquiera dormimos en la misma habitación; vivo prácticamente solo en nuestra enorme casa, te doy mi palabra de honor». La amante nunca pudo comprobar (tampoco estaba muy segura de querer hacerlo) la veracidad de aquel innecesario juramento, pero un día a él se le ocurrió fotografiarse con el torso desnudo frente al espejo del baño y regalarle aquella foto con unos inspirados versos escritos en tinta azul en el envés del papel. El espejo de la fotografía reflejaba lo que había detrás, que era elocuente: dos albornoces azules colgando de la misma percha de madera junto a la ducha. Era imposible, incongruente y estúpido creer que, en aquella vieja mansión de numerosas estancias y aseos, una pareja que no

compartía la cama sí compartiese el mismo baño. Aquellas dos prendas muy juntas a la espalda del sonriente amante le parecieron a Elizabeth la mayor de las traiciones, un abrazo de tela flácida mucho más doloroso que el abrazo cotidiano de aquel matrimonio. Sin embargo, el intenso deseo que sentía por aquel hombre la obligó a callar, y el silencio terminó cubriendo, como un parche grapado en la carne, el agujero de la decepción.

Tal vez por eso el personaje que siempre fue Paddy, aquel eterno muchacho charlatán y aventurero, me inspira, a medida que lo voy conociendo mejor, una ternura creciente que, en esta casa por la que sin duda pasaron algunas de sus numerosas amantes, cristaliza en una especie de certeza feliz, al imaginarme por un momento como una de aquellas invitadas seducida por el viajero. Aquí mismo, entre cascotes de ladrillo, vigas de madera esparcidas por el suelo, sacos de cal y botes de pintura, siento un gozo feroz que me hace sonreír recordando las palabras del fermoriano Jacinto Antón, cuando alguna vez declaró su feroz alegría al acariciar por primera vez las páginas de *Con el ejército de Rommel en Libia*, que casi le costó la vida a su idolatrado conde Almásy. No sé si será lo mismo, pero mi sensación ahora es la de una anacrónica victoria, capaz de iluminar la melancolía de quien cree haber llegado tarde a casi todo.

Desempeñando con gusto mi nuevo papel avanzo con prisa por las estancias destartaladas con la sensación de llegar tarde al *drink time* de Paddy. Recalo finalmente en una luminosa sala de estar comprobando que, en medio de las obras y el desorden, la chimenea y la mesa de piedra siguen intactas, cubiertas con unos plásticos gruesos y transparentes, como cadáveres en una morgue. Ambas fueron diseñadas por Paddy; la chimenea estaba inspirada en una estructura persa con campana cónica similar a la de Băleni, el palacio rumano donde el viajero y la princesa Balasha se amaron tanto. En esa misma pared norte, recorrida por un largo diván, se abría en otro tiempo una enorme biblioteca empotrada en el muro. Allí descansaban, en caótico desorden, los libros dedicados a la literatura inglesa y francesa —Kipling, Henry James, Dickens, Hardy, Scott—, así como un gran número de biografías y libros de historia.

En la pared sur, más cercana al comedor y a los enfrascados debates de anfitrión e invitados, se organizaban, en idéntica disposición acumulada, las enciclopedias, diccionarios y libros de consulta y referencia; una ubicación nada casual, pues estaban a mano para resolver cualquier disputa o duda surgida durante las interminables sobremesas. El segundo mueble de diseño fermoriano que aún queda intacto en esta casa en obras está allí en medio. Es la mesa del comedor, un enorme círculo de mármol rojo inspirado en el tondo de la iglesia de Santa Anastasia de Verona del que el escritor se encaprichó. Tanto fue así que, cansado de buscar a un artesano griego que se comprometiese a hacerlo, finalmente decidió realizar el fastuoso encargo a unos marmolistas de Venecia que habían trabajado para una amiga suya, la exploradora y escritora Freya Stark. Sobre aquella mesa italiana, la fiel Elpida Belogianni, la griega que acompañó, siendo todavía una muchacha, al matrimonio Fermor ayudándolo en las tareas del hogar y que después continuó cuidando de su querido *kirios* Mihalis hasta el final de sus días, desplegaba sus sencillos y deliciosos manjares griegos. Gracias a esta mujer, sombra imprescindible del escritor, conocemos hoy su vida doméstica, casi íntima, esa que siempre suele permanecer oculta y en la que, para el observador atento, suele residir lo inolvidable.

Por las mañanas Paddy tomaba una taza de té chino, una naranja y tres tostadas: una con mermelada de naranja de Sevilla, una segunda con mantequilla y una tercera con paté de anchoas. A las once solía servirse una taza de café griego no muy dulce, y para el almuerzo comía lo que Elpida cocinaba. Ella asegura que nunca fue un fanático de los manjares elaborados, que prefería las comidas sencillas, incluso cuando tenía invitados en casa (que era casi siempre). Solía afirmar que «nada mejor que un plato de guiso de lentejas rociado con aceite de oliva o un pescado recién frito, sumergido brevemente en agua de mar para lograr la salinidad perfecta y sorprender a cualquier comensal».

Elpida recuerda emocionada que *kirios* Mihalis siempre fue amable y educado, y siempre o casi siempre estaba de buen humor. Nunca se enojaba ni se irritaba y raramente mostraba deseo de probar otros

tipos de comidas que las que ella le servía. Eso sí, tenía sus favoritas: la musaca a veces y siempre el cordero al horno con romero o las chuletas de cerdo a la sartén con cebolla y ajo, acompañadas de *tzatziki*, la deliciosa crema griega de yogur, pepino y eneldo. Cuenta Elpida que el escritor tenía sus pequeñas manías, como tomar la ensalada después de la carne, nunca juntas, y que le gustaban todas las verduras, pero siempre prefería las más sencillas, como lechuga y tomate frescos rociados con aceite. Y de postre un poco de queso, por regla general gruyer. Inevitablemente, bebía *retsina* durante el almuerzo porque el vino tinto lo reservaba para la cena. Como buen inglés, nunca renunció a su té de las cinco, que tomaba con galletas después de una larga siesta. Tampoco prescindió jamás de sus aperitivos de vino blanco, que podían distribuirse en varios momentos a lo largo del día, en soledad o en compañía, anunciados a la orden de «Drink time!». Esto no lo cuenta Elpida, sino la escritora Dolores Payás, con quien durante mis días griegos he tenido la ocasión de hablar de Paddy, de su trabajo como traductora de algunos de los libros del viajero y de su maravilloso libro de recuerdos junto al escritor, ya anciano, al que visitó en varias ocasiones en su casa de Kalamitsi. Un texto delicioso que ella misma define como «una declaración de amor» y que tituló, inevitablemente, *Drink Time!*

Salgo por fin al exterior de la casa, donde se abre la exedra en la que tantas veces el escritor se fotografió junto a Joan o fue fotografiado por esta, entre amigos o en soledad, tomando el sol, escribiendo, charlando o leyendo sentado en las teselas que mostraban los nombres de los vientos, los puntos cardinales, las sirenas y las serpientes, y que ahora, con el edificio en obras, permanecían medio ocultas por montones de arena, cal y maderas. Piso con cuidado sobre ellas asomándome al ancho mar al otro lado de la terraza. Desde allí la casa se alza con aspecto de fortaleza bizantina colgando sobre una brillante lámina de esmalte azul. En un tiempo, gallinas, cabras y decenas de gatos andaban a sus anchas por el lugar. Pero hoy, durante mi visita, solo los obreros con sus monos polvorientos se afanan con carretillas, herramientas y ladrillos de un lado para otro. El tipo que me ha permitido pasar vuelve a hacer acto de presencia. El sudor se le

adivina bajo el mono azul salpicado de goterones de pintura. «Parakaló, madame. You go now», me dice, seco, aunque sin dejar de sonreír, en un explícito batiburrillo de lenguas que, me temo, comprendo perfectamente.

Miro aquel trozo de mar por última vez mientras arranco disimuladamente una ramita del olivo centenario a cuya sombra Paddy solía leer y me voy de allí. Junto al portón improvisado de tablas que cierran el muro del jardín encuentro una última curiosidad: Paddy había colocado en un lado de la puerta de entrada un *boot scraper* inglés, esa especie de hierro horizontal anclado a la tierra con la ayuda de unos puntiagudos clavos verticales que sirve, gracias a su perfil afilado, para retirar el exceso de barro de las suelas de las botas. Este objeto, de larga tradición campestre entre la aristocracia rural británica, se levantaba apenas unos palmos del fango sagrado de Grecia, como un sólido documento de identidad.

Me despido de la casa sin poder deshacerme del polvo transparente en el que se envuelve la memoria de aquel lugar, evocando la calidez de los valiosos cuadros que entonces colgaban de los muros, muchos de los cuales eran obra de los amigos de Paddy, artistas como Edward Lear, John Craxton y Nikos Ghika, e incluso los dibujos del propio escritor. Pienso también en sus más de seis mil libros, que, imagino, estarán hoy a buen recaudo como parte de los fondos del Museo Benaki de Atenas. Suspiro con melancolía. En situaciones así, los que hemos hecho de nuestra vida una gigantesca biblioteca no podemos dejar de sentir una especie de orfandad inexplicable frente a los estantes vacíos.

Con aquella inútil ramita de olivo en la mano y un poco aturdida, como una niña perdida entre la multitud de un Domingo de Pascua, regreso al coche. Libros de Paddy y libros sobre Paddy es lo que tengo en la cabeza mientras conduzco de vuelta. Fantasmas de libros en los estantes de aquella casa en obras; libros escritos, comprados, encontrados, perdidos, olvidados. En ese sentido, pienso, el viejo escritor tuvo suerte. Uno debe procurar desaparecer del mundo antes de que lo haga tu biblioteca.

16

«You love Mihalis»

Diles en Inglaterra lo que digo.
De la hombría, el hombre, en libertad libre; una mente sin igual.
No veo ningún defecto en él.

Un jefe beduino a T. E. Lawrence

La librería de Kardamili es pequeña y está en una de las calles principales del pueblo. En realidad, los libros (en griego y en inglés, principalmente) conviven allí con los periódicos que a diario llegan desde Atenas, así como con otros productos de papelería. El dueño, un simpático hombre delgado con gafas, era un muchacho cuando aquel sonriente escritor inglés maduro y de aspecto elegante bajaba todas las mañanas caminando por el sendero de tierra desde Kalamitsi hasta el pueblo, a comprar la prensa y a preguntar por sus libros. Con decisión, entro en la librería, en cuyo muro frontal, clavado con chinchetas en un panel de corcho, cuelga un pequeño álbum de imágenes cuyo protagonista es, inevitablemente, Paddy.

Algunas de las numerosas imágenes están plastificadas y muestran al otro lado de la bruma del plástico distintos momentos de la vida del viajero: junto al librero mirando a la cámara con cierta resignación; en medio de un grupo con muchos niños (probablemente familiares del librero); sonriendo mientras firma, en este mismo espacio, un ejemplar. Brillan sobre las demás una foto del joven Paddy con uniforme de soldado y otra ya nonagenario leyendo en el salón de su casa de Kalamitsi.

El panel está colgado a bastante altura al otro lado de la caja registradora, y yo, concentrada en identificar las desvaídas fotografías, he olvidado que el amable tendero espera paciente a que le pague la mercancía; me llevo la trilogía viajera de Paddy, en la edición de

bolsillo inglesa con las características cubiertas del pintor Craxton, y también he añadido al paquete la edición local de *Drink Time!*, de Dolores Payás, que no voy a poder leer en la vida porque está escrita en griego. Puro fetichismo de viajera sentimental a la que nunca le pesa demasiado la mochila cuando se trata de atiborrarla de libros.

—Muchos turistas vienen todavía preguntando por *kirios* Mihalis —me dice en inglés—.*Me no speak English good* —se disculpa. Yo sonrío.

—Es uno de mis escritores favoritos —respondo—. Yo también he venido desde lejos siguiendo sus libros y su vida.

Al oír lo que digo, asiente comprensivo. Luego se da la vuelta y descuelga el panel de corcho. Es temprano, estamos solos y la charla, a pesar de las dificultades del inglés, se prolonga durante casi una hora. Me habla con admiración y alegría de *o kirios* Mihalis, de los «escritores extranjeros» que compartieron amistad (y a veces odio) con él, de su buen humor, de su fortaleza hasta casi el final de sus días, de su enfermedad (el primer cáncer, del que se curó, y el segundo, que lo mataría), de lo mucho que le costó dejar de fumar a «ese hombre del eterno cigarrillo entre los dedos»… También de la coquetería de un Paddy ya maduro cuando se lamentaba por haber ganado algo de peso desde que había renunciado al tabaco. De sus risotadas, de su sordera y su parche en el ojo, de su perfecto acento griego, de su amor por esta tierra y de su debilidad por las mujeres guapas.

—A nuestra manera éramos buenos amigos —concluye, triste.

Guardo los libros en la mochila, me dirijo a la puerta y la abro. El silencio melancólico se rompe con el tintineo de una campanilla que cuelga del techo, sobre el marco.

—*You love Mihalis* —dice de pronto el librero.

Me vuelvo, en un primer momento sorprendida por el comentario; pero enseguida lo entiendo.

—Sí, es verdad —respondo, sonriendo—. En cierta manera yo amo a Mihalis.

Pienso en ello un momento más y añado, como queriendo aclarar absurdamente aquel amor por un muerto:

—La admiración es precisamente eso, supongo.

Lo digo en un tono casi inaudible, como para mí, mirando la

campanilla que tintinea ahora muy lentamente.

—No, no, no, *kiria*.

El librero insiste, enfadado con su incapacidad para expresarse correctamente en inglés. «The love is for you», dice mientras se afana en gesticular, señalando con el dedo índice desde la foto de Paddy en línea recta hasta mí.

—*Mihalis likes you very much* —matiza, alzando la voz.

La campanilla de la puerta enmudece de repente, como un corazón que deja de latir.

Y lo comprendo al fin.

Más tarde, sentada a una de las mesas del restaurante Lela's, en un promontorio que parece flotar sobre el mar, bebiendo un *retsina* muy frío en una jarrita de latón azul, vuelvo a repasar mentalmente la singular conversación en la librería: «Tú le gustas mucho a Mihalis».

El verbo empleado en tiempo presente, conjugado evidentemente por error, me produce una extraña sensación de triunfo, como si este largo camino buscando a Paddy hubiese llegado a su fin y de un momento a otro fuera a aparecer ante mí, cansado de caminar por Europa, con su mochila en un hombro, las botas sucias y esa sonrisa como de chiquillo alegre, para que podamos cenar juntos frente al atardecer perfecto de Kardamili.

Antes de aquello, el amable librero me habló de la última biblioteca de Paddy, que tuvo la oportunidad de contemplar con placer y minuciosa profesionalidad una tarde en que subió a la casa para saludar y llevarle su mercancía al escritor: Freya Stark, Gerald Brenan, Norman Douglas y Henry James se alineaban con familiaridad junto a los viajes de Doughty por Arabia. Las historias de Runciman y la Segunda Guerra Mundial de Churchill, muy sobadas, a la derecha de la máquina de escribir, al lado de las obras completas de Evelyn Waugh y Aldous Huxley. Sobre ellos, una bella edición de *Mi familia y otros animales*, del pequeño de los Durrell, y muy cerca, respetando el parentesco, algunos títulos del otro Durrell, Lawrence, al que Paddy se refería cariñosamente como «mi viejo amigo Larry»: las ediciones de Faber de *Mountolive* y *Balthazar*, un tomo de *Reflexiones sobre una Venus marina* y, a continuación, las chicas que completan el Cuarteto

de Alejandría: *Clea* y *Justine*.

Paddy siempre habló de los autores, vivos o muertos, como si fuesen viejos amigos —y muchos lo fueron—, aunque es cierto que a veces su carácter extrovertido, seductor, bebedor, pendenciero y en ocasiones excesivo lo llevase a sufrir algún que otro encontronazo. Uno de ellos, quizá el más comentado, se produjo con el novelista inglés Somerset Maugham, por entonces en la cúspide de su fama. Fue una anécdota a la que Paddy nunca dio demasiada importancia, pues, según él, la versión popular era fruto de una exageración elaborada por su amiga Ann con el único objeto de divertir al escritor Ian Fleming, su marido, quien, por cierto, adoraba a nuestro héroe e incluso le hizo un guiño literario al incluir en la biblioteca de James Bond *El árbol del viajero*, su primer libro de viajes.

Sea como fuere, el célebre Somerset Maugham le había pedido a Ann que llevara al guapo viajero inglés a cenar a Niza y luego (siempre generoso con los autores jóvenes y atractivos) lo había invitado a quedarse unos días y escribir en la villa. Pero Paddy, un tanto incómodo con la actitud esnob y los modales gélidos de Maugham, bebió demasiado y, tentado a hablar sobre lo que todos tenían prohibido mencionar, es decir, el tartamudeo del anfitrión, se lanzó directo al conflicto haciendo un par de bromas pesadas sobre el tema. Profundamente ofendido, este se levantó de la mesa y se despidió, dejando allí a sus abochornados invitados, no sin antes retar con solemnidad a Paddy: «A-a-adiós. Te-e-e habrás ido a-a-antes de qu-que-e me levante por la ma-a-aña-aa-na». Como cabía esperar, se las arregló para empeorar las cosas. En lugar de aguardar a que el ayuda de cámara le hiciera las maletas, cerró la cremallera de su equipaje con tanta premura que atrapó en ella un extremo de la preciosa sábana de la cama que lucía, como en las novelas del propio Maugham, un enrevesado monograma bordado sobre el encaje belga. Después corrió escaleras abajo arrastrándola, enganchada a la bolsa, y antes de abandonar la casa, delante de todos, arrancó frenéticamente parte de la tela, llevándose consigo algunos jirones de la elegante pieza de lino aún colgados de la cremallera. La fría venganza de Somerset no se hizo esperar: a los pocos días definía públicamente a

Paddy como un «gigoló de clase media para mujeres de clase alta». Una frase que Paddy, encantado, solía repetir a altas horas de la madrugada a los comensales de sus fiestas griegas.

Una situación casi tan incómoda como la anterior, o tal vez un poco más, ocurrió durante los preparativos de *Las raíces del cielo*, película dirigida en 1958 por John Huston con guion de Paddy, que, por supuesto, no quiso perderse el rodaje en el África Ecuatorial Francesa, aunque aquello resultó desde el principio un perfecto desastre. Había aceptado el encargo pensando que escribir guiones para Hollywood podría ser una buena forma de ganarse la vida. Parecía un trabajo divertido que, además, podría permitirle pasar el rato y beber con personajes singulares en un entorno exótico. El caso es que el comienzo fue exactamente como Paddy había imaginado, y el encuentro con los protagonistas (Errol Flynn y Trevor Howard) en los descansos del rodaje resultó explosivo. Como juntar la sed con las ganas de beber, pero en este caso de manera literal. Los problemas aparecieron cuando Paddy trató de seducir (y sedujo) a la cantante francesa Juliette Gréco, protagonista del filme, que en ese momento era la amante oficial del productor, Darryl Zanuck, «dueño» económico de todo: del director, de los actores y, por supuesto, del mujeriego guionista.

Previsiblemente, aquel *affaire* no fue a más y Paddy terminó olvidando a Gréco en brazos de otra chica, Enrica «Ricki» Soma, cuarta esposa del director de la película, John Huston. Ambos mantuvieron una apasionada aventura que también terminaría extinguiéndose, no sin antes crear unos lazos singulares: la bella Ricki Huston quedó embarazada de su hija Allegra fruto de una relación con John Julius Norwich, amigo íntimo de Paddy y padre de Artemis Cooper, su biógrafa. Aquella niña, que no supo de la identidad de su verdadero padre hasta la adolescencia, narraría su historia en unas emocionantes memorias escritas muchos años después.

Amores cruzados e hijos ilegítimos adquieren en este paisaje griego tintes de una tranquila naturalidad, como si los dioses, tan dados a esos enredos, fuesen aquí más indulgentes con los mortales, pienso para mí. Mientras, la terraza del restaurante en el que me dispongo a

cenar se ha llenado de comensales y la tarde ha dado paso a una luna salvaje que envuelve en un velo lechoso la cercana isla de Meropi. Lela's Taverna es toda una institución; se trata de un refectorio ubicado en una casa familiar de piedra cubierta de adelfas que se asoma al mar sobre una elevación de roca junto a la antigua fábrica de jabón y aceite de oliva de Kardamili. Lela Giannakeas, su dueña, fue durante varios años cocinera en la casa de los Fermor, hasta que Paddy decidió comprar para ella este lugar, inaugurado en agosto de 1983. Un amigo de Paddy, tras un accidentado trayecto en el destartalado Peugeot del escritor, cuenta en unas memorias sus impresiones acerca de esa mujer y este lugar recordando que, después de unos tragos en su casa, Paddy los invitó a todos a cenar en «un restaurante sencillo, situado en un promontorio con vistas al mar resplandeciente que había comprado para Lela, su ex y ahora anciana cocinera. Me di cuenta —dice el inglés— de que el hijo de la señora, Yorgos, que nos saludó calurosamente en un inglés excelente y que recomendó los mejores platos, era alto, rubio, de ojos azules y muy poco griego». Finalmente, con cierta flema británica, sentencia que «aquel sentimiento instintivo de que Yorgos era el hijo de Paddy se confirmó cuando mi hija regresó a Atenas e impresionó a sus amigos griegos, que sabían la verdad, al mencionar que había cenado con un héroe nacional».

La fiel Lela mantuvo la amistad que la unía a Paddy hasta el final de la vida de ambos. Hoy, su hijo rubio de ojos azules, Yorgos Giannakeas, dirige con éxito la casa de comidas, así como el apacible y acogedor hotel Notos de Kardamili. Nada se sabe con certeza, así que cuando el guapo Yorgos muera se llevará consigo la verdad, si es que alguna vez quiso saberla. Pero, por encima de las dudas y los azares, hay una cosa cierta: el amor sigue siendo, a pesar de los complejos mecanismos de la civilización, el único medio capaz de prolongar en silencio la estirpe y garantizar, de alguna manera, que nada se pierda del todo.

17

Los hombres del cuarto de luna

Los héroes nunca dejan de serlo; la gente deja de verlos, que es distinto. ¿Cómo va un hombre, por envejecer, a perder su biografía?

ARTURO PÉREZ-REVERTE

El avión despega con suavidad del aeropuerto de Atenas. Miro por última vez el perfil lejano de la costa antes de que un mar de nubes atasque el horizonte. Con una extraña sensación de desconsuelo me aferro al libro que tengo en las manos y comienzo a leer *Mal encuentro a la luz de la luna*. Me lo ha regalado la traductora Dolores Payás, responsable de la versión en español, a quien he entrevistado un día antes de mi partida.

—Te gustará —me había dicho—. Y tal vez, después de leer la tremenda aventura de estos chicos fanfarrones y valientes aquella noche de luna en Creta, decidas convertir esa isla en tu próximo viaje literario.

Nos despedimos con un abrazo que se prolongó en llamadas, proyectos fructíferos y una singular amistad. Lo que no podíamos sospechar era que una pandemia global y sus desastrosas consecuencias de fronteras cerradas, pasaportes de vacunación y mutaciones del virus frustrarían, entre otras muchas cosas, aquellos planes cretenses.

La historia de *Mal encuentro a la luz de la luna*, concebida a modo de diario y escrita en los ratos de escondites y huidas de William Stanley Moss, es hoy de sobra conocida: un grupo de la resistencia cretense liderado por dos jóvenes oficiales británicos de la SOE consiguió secuestrar a un general del Tercer Reich en una Creta infestada de alemanes. Uno de ellos era el autor del diario; el otro, Patrick Leigh

Fermor, quien casi treinta años después publicaría su versión de los hechos con el elocuente título *Secuestrar a un general*. El libro de William «Billy» Stanley Moss se convirtió más tarde en una costosa película producida y dirigida por Michael Powell y Emeric Pressburger, con Dirk Bogarde en el papel de Paddy.

Mientras el avión pone rumbo a España, a treinta y tres mil pies de altitud me hago un hueco entre aquellos chicos ingleses en la isla de Creta, dispuesta a incorporarme a una de las más singulares aventuras vividas en aquella desastrosa contienda, la Operación Kreipe, por la que Paddy sería reconocido, al terminar la guerra, con la prestigiosa cruz esmaltada de la Orden del Servicio Distinguido (SDO).

Los dos muchachos, Billy y Paddy, se habían conocido en Tara, la decadente mansión que el primero había alquilado en El Cairo. Llena de oficiales en espera de una misión, mujeres, alcohol, tabaco y bencedrina, allí se gestó el loco plan de secuestrar a un general alemán.

A Paddy la idea de un secuestro le rondaba en la cabeza desde hacía semanas. Apoyado sobre el regazo desnudo de la exótica Denisse Menasce, su novia cairota, fumando un cigarrillo tras otro, no podía dejar de darle vueltas a aquel plan. Tal vez el éxito de la misión que lo había llevado hasta Egipto, la evacuación cretense del general italiano Angelo Carta, le impedía ver con objetividad los peligros reales a los que se enfrentaba. Aunque, conociendo al aventurero (todo lo que puede conocerlo alguien que solo lo ha leído con avidez), sospecho que ese peligro era precisamente una de sus principales motivaciones.

De todos es sabido que la juventud acolcha con audacia la realidad. Y aquellos chicos eran, sobre todo, jóvenes. Paddy había cumplido los veintinueve años y su compañero, los veintidós, aunque ambos habían vivido ya un duro servicio en la guerra. Billy Moss, capitán del regimiento Coldstream Guards del ejército británico, había sido destinado al norte de África y, tras la pérdida de Tobruk, había luchado con el Octavo Ejército de Montgomery acosando a Rommel en el desierto para terminar la campaña en Chianti y Pantelaria. De regreso en El Cairo se ofreció como voluntario para unirse a la Fuerza 133 de la SOE tan solo una semana antes de la llegada de Paddy,

veterano de victorias, tras su primera misión en Creta. Congeniaron, como mínimo, razonablemente bien. La noche de la partida, sentados ambos en el porche de la mansión cairota bajo un hermoso cuarto de luna, el flemático Billy le preguntó a su amigo:

—¿Por qué me has elegido precisamente a mí para acompañarte en la operación? Conoces a muchos por aquí. Por ejemplo, tu compañero Xan Fielding. Yo ni siquiera hablo griego.

Paddy lo miró divertido por detrás del humo de su cigarrillo.

—Xan es valiente —respondió—. Tiene experiencia en la guerra de guerrillas y confío en él como en mí mismo, pero es de tez oscura y cuerpo compacto, mientras que tú eres alto y rubio, y de piel clara; un ejemplar casi ario.

Moss abrió mucho sus ojos azules.

—Estás insinuando…

—Sí. Tú y yo vamos a ser, durante unas horas, dos soldados de las SS.

Aquello era realmente una locura, pienso asomándome a la ventanilla del avión con la boca seca por la emoción y por el aire presurizado. El paisaje abstracto de un cielo sin horizonte concentra mi mirada en aquellos peligrosos días. Si uno lo piensa bien, la idea de secuestrar a un general alemán casi al final de la guerra, en una isla griega a la que solo se podía llegar por el aire y sin más preparación estratégica que la de un plan trazado en una noche de copas y cigarrillos, sonaba casi a juego de niños. Algo muy propio de Paddy, por otra parte. Su entusiasmo sin medida había logrado convencer a Moss. ¿Qué podía salir mal? La azafata me ofrece un zumo de naranja, que bebo de un trago con melancolía de *retsina*, antes de seguir leyendo.

Pocos días después de aquella conversación entre los dos ingleses y de acordar que llegarían a la isla volando como pájaros, es decir, lanzándose en paracaídas, tras varios accidentados intentos de salir de Egipto en medio de un temporal interminable, en la noche del 5 de febrero de 1944 las señales de la zona de lanzamiento brillaban por fin allá abajo, iluminando tenuemente una estrecha meseta cretense. Leigh Fermor se dejó caer desde un bombardero británico. Aquel fue

solo el comienzo de una primera racha de mala suerte. Las nubes se cerraron y Billy no puedo descender tras él, así que Paddy, envuelto en la lona del paracaídas, se deshizo de aquel bulto y, tras ver como el avión se perdía en la tormenta, se alejó de allí solo, cruzando la oscuridad y tratando de pensar en la manera de llegar hasta un lugar donde sus amigos cretenses le dieran cobijo en mitad de aquella isla infestada de nazis. Pasarían dos meses hasta que volviera a encontrarse con sus compañeros en la costa sur, después de que Moss pudiera por fin llegar desde Egipto en lancha motora.

Pero Paddy o Mihalis, como lo llamaban los lugareños, no perdió el tiempo. Había aprovechado aquellas semanas de espera para organizar a un grupo de guerrilleros con los que llevaría a cabo el secuestro, mimetizándose casi por completo con ellos: se había oscurecido el pelo con carbón y vestía calzones, pañuelo negro, chaleco bordado en tonos ocres y botines de agrietada piel de cabra, con las guías de su nuevo bigote rizadas «a lo cretense». Aquellos hombres constituían un grupo extraordinario y sus nombres, de los que hoy casi nadie se acuerda, deben ser recordados aquí, porque realmente se comportaron como auténticos guerreros patriotas, leales y valientes. Eran Xan «Aleko» Fielding, que se unió a ellos en cuanto pudo llegar a Creta; Yanni Tsangarakis, uno de los guías de mayor confianza del viajero; el temible Manoli Paterakis, hermano de armas de Paddy, cuyo perfil de halcón peregrino le confería un aspecto inconfundible de vigía salvaje, y el joven y atlético George Psychoundakis (cariñosamente llamado Changebug), a quien utilizaban como corredor para transportar mensajes por las montañas, y que será para siempre recordado como *The Cretan Runner* gracias al libro que él mismo escribiría años después con ese título, traducido con entusiasmo por Leigh Fermor al inglés.

La isla por donde este grupo audaz tenía que moverse era la formidable *Festung Kreta* alemana, guarnecida por unos cincuenta mil soldados, aunque poblada en su inhóspita región interior por aldeas montañosas sin ley. El objetivo británico, al principio, había sido el secuestro del sanguinario Friedrich-Wilhelm Müller (que sería ejecutado por crímenes de guerra en 1947). Pero, sin previo aviso,

este había sido reemplazado por el general Kreipe, un veterano del frente oriental. Aunque los guerrilleros quedaron un tanto desconcertados con la inesperada sustitución, finalmente decidieron seguir con la operación, pues a efectos de propaganda se consideraba un premio igualmente válido.

El comandante anuncia turbulencias. Las luces de cinturones se encienden. Yo abrocho el mío y miro alrededor. La gente parece no ser consciente del peligro que implica enfrentarse al viento a ochocientos sesenta kilómetros por hora, pero es mucho, desde luego. Recuerdo que una vez, cuando yo todavía era una de las azafatas que reparten los zumos de naranja en cabina, el avión se vio sacudido de manera repentina por una bolsa de aire invisible. Luego supimos que se trataba de una cola del huracán Mitch que flotaba traicionera sobre las aguas del Caribe y que el sistema no había podido detectar. La violenta agitación nos tiró al suelo, derramando bebidas y bandejas y abriendo con su fuerza algún que otro cajetín de mascarillas, pero no fue a más, pues en apenas unos segundos la nave volvió a estabilizarse. Realmente una no sabe cómo va a reaccionar en esos casos, pero recuerdo la sensación agria de no querer morir allí, entre toda aquella gente que gritaba aterrada, quizá porque nunca antes habían hecho el sano ejercicio de asumir con fría tranquilidad la posibilidad de que todo avión se cae. O puede caerse. Esa peligrosa seguridad en lo invulnerable era la que probablemente sentía aquel general nazi en Creta, y fue también la ventaja principal del loco plan fermoriano del secuestro.

De hecho, en un inexplicable descuido en la obsesiva seguridad alemana, el general Kreipe recorría todas las noches en automóvil y sin escolta los ocho kilómetros que había entre el cuartel general de su división y su residencia fortificada. El plan resultó sorprendentemente fácil: en un cruce empinado de la carretera, Paddy, Billy y su banda seleccionada de camaradas o *andartes* aguardaron hasta que la señal intermitente de un cómplice indicase la partida del automóvil un poco después de la anochecida. Cuando los faros del Opel se aproximaron por el camino de tierra, los dos oficiales británicos, vestidos con uniformes robados, salieron a su encuentro agitando una señal.

Apenas se hubo detenido el coche, con toda la sangre fría de sus veintinueve años y una guerra a sus espaldas, nuestro héroe saludó y pidió en perfecto alemán los documentos de identidad. Después abrió la puerta y sacó a punta de pistola al estupefacto general, que apenas había tenido tiempo de reaccionar. Al ver que el chófer pretendía usar su arma, Moss lo noqueó y tomó su lugar al volante. Mientras tanto, los guerrilleros cretenses esposaron al alemán, lo metieron en la parte trasera del vehículo y arrastraron al conductor a una zanja. Paddy se puso la gorra del general, tres *andartes* sujetaron a Kreipe a punta de cuchillo en el asiento trasero y Moss condujo en la dirección que el enemigo menos podría esperar: directos a la fortaleza alemana de Heraklion, es decir, al centro mismo del nido de áspides.

A lo largo de la carretera, y dentro de las murallas venecianas de la ciudad, el automóvil del general, con sus banderines distintivos en los guardabarros, pasó cruzando barreras elevadas y centinelas inmóviles con el brazo en alto. En las calles oscurecidas, el interior del coche era casi invisible. Moss atravesó veintidós puestos de control. De vez en cuando Paddy, con el rostro oculto bajo la visera de la gorra del general, devolvía los saludos haciéndose pasar por este. Al fin, el coche salió por la puerta de Canea y se internaron en la noche.

En los dieciocho días que siguieron, la táctica de huida se fue ajustando a las necesidades del momento. El Opel, como habían previsto en el plan inicial, fue abandonado cerca de una bahía lo suficientemente recóndita como para dar la impresión de que un submarino británico se había llevado a Kreipe. Inquietos porque los alemanes podían tomar represalias contra los cretenses, los ingleses dejaron una carta preparada en el asiento delantero: «Caballeros, su comandante de división, el general Kreipe, fue capturado hace poco por una fuerza de asalto BRITÁNICA bajo nuestro mando. Para cuando lean esto, tanto él como nosotros estaremos de camino a El Cairo». Debajo de la firma se agregó una nota: «Lamentamos mucho tener que dejar atrás este hermoso automóvil». Otros indicios de la participación británica (paquetes de cigarrillos Player's, una boina de comando, una novela de Agatha Christie, un envoltorio de chocolate Cadbury) estaban esparcidos dentro del coche o cerca de él.

La siguiente fase de la aventura resultó menos sencilla que la primera. El general Kreipe era un hombre robusto y bastante aburrido, que caminaba penosamente con ellos sin ocultar su tristeza. No era un animal sádico como Müller, sino el decimotercer hijo de un pastor luterano cuya principal preocupación al inicio del secuestro había sido la pérdida de su Cruz de Caballero. Caminaba con desgana, arrastrando las botas por los salientes de los desfiladeros, abriendo tediosos surcos en la espesa nieve. Tanto era así que el grupo decidió buscarle una mula, pero aquella solución no hizo más que empeorar las cosas, pues el alemán cayó pesadamente de su cabalgadura y se fracturó un brazo.

Vista en un mapa, la isla de Creta no parece gran cosa, pero su orografía milenaria se eleva tan abruptamente que no tiene sentido medir las distancias en kilómetros; los isleños siempre las han calculado tomando como referencia el tiempo empleado en fumar un cigarrillo tras otro. El grupo de guerrilleros y aquel general alemán recorrerían durante interminables días, medidos a base de tabaco racionado, poca agua y menos comida, su escarpado espinazo de piedra, durmiendo en cuevas tan recónditas que ni las cabras del lugar las conocían.

Precisamente allí, en las laderas nevadas del monte Ida, Fermor situó el incidente que más de treinta años después recrearía en *El tiempo de los regalos*. Al contemplar la cima de la montaña al otro lado del valle, el general Kreipe, con el brazo en cabestrillo y la mirada perdida, murmuró para sí el comienzo de una oda de Horacio en latín. Unos versos que Leigh Fermor conocía a la perfección y que completó sin dejar de otear la cumbre helada. Con el paso del tiempo, Paddy recordaría aquel instante casi con emoción: «Fue muy extraño. Como si durante un largo momento la guerra hubiera dejado de existir. Ambos habíamos bebido en las mismas fuentes mucho antes; y las cosas fueron diferentes entre nosotros durante el resto de nuestro tiempo juntos».

Las tropas alemanas, movilizadas con eficacia a las pocas horas, estrechaban el cerco. Sin embargo, el grupo de Paddy, a veces guiado por las balizas y señales de los *andartes*, logró atravesar el peligroso

cordón y pudo alcanzar un refugio seguro en las aldeas del valle de Amari. Pasaron otros ocho días muy al oeste antes de que encontraran una playa sin defensas y pudieran contactar con un operador de radio y con el cuartel general en El Cairo. Finalmente lograron comunicarse y desde allí se les prometió un barco para la noche siguiente. Una lancha a motor los aguardaba en la playa de Peristeres, bajo la luz de la luna del domingo 14 de mayo de 1944. Se embarcaron por fin rumbo a Egipto con una euforia mal contenida, tras despojarse de las botas y las armas. Mientras dejaban atrás el perfil oscuro de la isla, Paddy frunció el ceño pensativo, recordando la pregunta que el general Kreipe, aún asombrado por aquel acto de salvajismo o heroicidad, le había formulado con ojos tristes por el camino de Heraclión: «Dígame, comandante…, ¿cuál es el objeto de esta maniobra de húsares?».

Casi cuarenta años después de aquella noche, en el otoño de 1983, una atractiva periodista estadounidense viajó a Creta porque su periódico quería que entrevistase a un viejo héroe de guerra. Escribió lo siguiente:

> No es habitual enamorarse de un hombre de ochenta y tres años cuando tienes treinta y siete, pero Patrick Leigh Fermor no era el anciano de ochenta y tres años que esperaba encontrar […]. No me importaban mucho los relatos de viajes o las guerras y estaba un tanto desconcertada por la tarea. Me imaginé a mí misma teniendo que cuidar a un anciano encantador y tratando de sacarle algunas historias polvorientas. Yo no podía saber… Dos días después, había bebido más en aquellas cuarenta y ocho horas que en los veinte años anteriores y creo que pasé gran parte de nuestra encantadora aunque inconclusa entrevista durmiendo en el banco de madera de una taberna bajo la chaqueta de Paddy. Luego me encontré tropezando por una ladera de Creta con el «querido viejo» delante de mí, saltando de roca en roca, mientras me contaba historias sobre la mitología griega, Dylan Thomas y lady Diana Cooper. ¿La conocía yo? No. «Absolutamente encantadora. Y mira esta flor de aquí, hay algo fascinante en su nombre. ¿Has estado alguna vez en Constantinopla?». No, yo… «Debes de tener mucha hambre». Sí, yo… «Bueno, en la guerra solíamos comer hierba y caracoles, y lo asombroso es…».

Paddy era así, claro. Exactamente como una lo imagina, tratando de mantener viva para sí mismo, antes que para los demás, algo de la

esencia de aquel muchacho aventurero que secuestró al general. Tal vez, al cubrir con su vieja chaqueta de lana inglesa a la chica dormida sobre la mesa del bar entre vasos vacíos de *tsikoudia*, en el gesto trabajoso de inclinarse y tomar por fin asiento, se permitiera una mueca clandestina de dolor, un gesto de viejo cansado que se derrumba en una silla cuando nadie lo mira, anegado por pensamientos oscuros, de esos que se cuelan a traición en los recuerdos más amargos de los valientes.

¿Realmente aquel secuestro en Creta tuvo valor? ¿Sirvió de algo? Quizá el sacrificio habría valido la pena en el negro invierno del 41, cuando las cosas iban mal. El resultado de llevarlo a cabo en 1944, cuando todos sabían que la victoria era solo cuestión de tiempo, difícilmente justificaba un costo que había sido demasiado elevado: tres meses y medio después de aquello, el general nazi Müller, el Carnicero, había regresado a Creta para ejecutar la venganza por aquella estúpida Operación Kreipe ordenando la ejecución de todos los varones del pueblo de Anoguia y sus alrededores. Nueve días más tarde, las aldeas de Amari sufrieron la misma suerte, con ciento sesenta y cuatro ejecutados. El periódico griego *Paratiritis*, un órgano de propaganda alemán, aseguró que la razón había sido su apoyo a los ingleses y el hecho de mostrarse cómplices con el secuestro del general Kreipe.

Tal vez hubiese ocurrido de todos modos. Quizá aquella matanza, ejecutada en la furia desesperada de un ejército alemán que a aquellas alturas de la contienda se sentía acorralado por las fuerzas aliadas, que se aproximaban, era tan inevitable como el accidente que le costó la vida al pobre Akoumianakis cuando a Paddy se le disparó el rifle, hiriéndolo de muerte (algo que convirtió al inglés en objetivo de la venganza de la familia del muerto, que exigía sangre por sangre y que, afortunadamente, con el paso del tiempo se lo perdonó).

A menudo, durante sus últimos años, Paddy se encontraba a sí mismo preguntándose asombrado cómo demonios no había muerto mucho antes. En Jamaica, por ejemplo, envuelto en aquella extraña espiral de negrura triste y alcoholizada que mató a su colega, el valiente y guapo Billy Moss. O dentro de su viejo Peugeot, cuando los

griegos más radicales, creyéndole un espía, colocaron una bomba lapa que lo hizo estallar por los aires en la puerta de su casa de Kardamili. Tal vez fuera que, sencillamente, aún no le tocaba morir. Estaba allí recordando, más vivo que nunca, con una chica guapa dormida junto a él en una taberna de Creta. Entonces ella abrió los ojos y sonrió con una dulzura singular, inconfundible, que él había visto muchas veces en las bocas de las mujeres que habían poblado su biografía, su carne y su memoria. Le apartó con cuidado un mechón caído sobre el rostro y ella, todavía soñolienta, apoyó la cabeza en su hombro.

Cierro el libro cuando el avión toma tierra en el aeropuerto de Madrid. «Tengo que volver —me digo, sintiendo omnipresente la mirada del viejo Paddy, elegante y melancólico—. Tengo que contar o contarme a mí misma esta extraordinaria historia de amor». Ojalá hubiera podido conocerlo, aunque fuese en los últimos días, como sí hicieron Artemis Cooper, Dolores Payás, Jacinto Antón o aquella joven periodista estadounidense. Realmente no me habría importado su vejez. Habría dado lo que fuera por acompañarlo en un trozo del último tramo y emborracharme con el *retsina* real (y mucho del literario de este libro) con tal de que el viajero octogenario y todas sus máscaras de héroe pudieran retirar, en un gesto infinitamente repetido, un mechón del cabello caído sobre mi frente. «No era el anciano de ochenta y tres años que esperaba encontrar», murmuré recordando las palabras de aquella periodista. Naturalmente. ¿Cómo va un hombre, por envejecer, a perder su biografía?

Obras consultadas

LIBROS

Cooper, Artemis, *Patrick Leigh Fermor*, trad. de Dolores Payás, Barcelona, RBA, 2013.

Fermor, Patrick Leigh, *Words of Mercury. Tales from a Lifetime of Travel*, ed. de Artemis Cooper, Nueva York, Skyhorse, 2003.

—, *Los violines de Saint-Jacques. Una historia antillana*, Barcelona, Tusquets, 2006.

—, *Un tiempo para callar*, trad. de Dolores Payás, Barcelona, Elba, 2010.

—, *Roumeli. Viajes por el norte de Grecia*, trad. de Dolores Payás, Barcelona, Acantilado, 2011.

—, *Mani. Viajes por el sur del Peloponeso*, trad. de Agustina Luengo, Barcelona, Acantilado, 2012.

—, *El árbol del viajero*, trad. de Francisco Payerols, Barcelona, Elba, 2012.

—, *El último tramo. De las Puertas de Hierro a Monte Athos*, trad. de Inés Belaustegui Trías, Barcelona, RBA, 2014.

—, *Secuestrar a un general. La Operación Kreipe y el Servicio británico de Operaciones Especiales en Creta*, trad. de Inés Belaustegui Trías, Córdoba, Berenice, 2015.

—, *El tiempo de los regalos. Entre los bosques y el agua*, trad. de Jordi Fibla Feito, Barcelona, RBA Bolsillo, 2017.

—, *El último tramo*, trad. de Inés Belaustegui Trías, Barcelona, RBA Bolsillo, 2018.

Mosley, Charlotte (ed.), *In Tearing Haste. Letters Between Deborah Devonshire and Patrick Leigh Fermor*, Londres, John Murray, 2008.

Moss, W. Stanley, *Mal encuentro a la luz de la luna. El secuestro del general Kreipe en Creta durante la Segunda Guerra Mundial*, trad. de Dolores Payás, prólogo de Paddy Leigh Fermor, Barcelona, Acantilado, 2014.

Payás, Dolores, *Drink Time! (En compañía de Patrick Leigh Fermor)*, Barcelona, Acantilado, 2013.

Sisman, Adam (ed.), *More dashing. Further Letters of Patrick Leigh Fermor*, Londres, Bloomsbury, 2018.

TRADUCCIONES REALIZADAS POR PADDY

Colette, *Julie de Carneilhan and Chance Acquaintances*, 1952.

Psychoundakis, George, *The Cretan Runner. His Story of the German Occupation*, ed. de Xan Fielding, Penguin, 1999.

Rodocanachi, C. P., *No Innocent Abroad* (publicado en Estados Unidos como *Forever Ulysses*), 1938.

GUION DE PADDY

The Roots of Heaven (1958), película de aventuras dirigida por John Huston.

ARTÍCULOS DE PADDY

«A Monastery», *The Cornhill Magazine*, Londres, n.º 979 (verano de 1949).
«From Solesmes to La Grande Trappe», *The Cornhill Magazine*, Londres, John Murray, n.º 982 (primavera de 1950).
«Voodoo Rites in Haiti», *World Review*, Londres (octubre de 1950).
«The Rock-Monasteries of Cappadocia», *The Cornhill Magazine*, Londres, n.º 986 (primavera de 1951).
«Byron's Shoes», *The New Yorker*, 16 de octubre de 1954, p. 80.
«The Entrance to Hades», *The Cornhill Magazine*, Londres, n.º 1.011 (primavera de 1957).
«Swish! Swish! Swish!», *The London Review of Books* , Londres, vol. 43, n.º 15 (29 de julio de 2021).

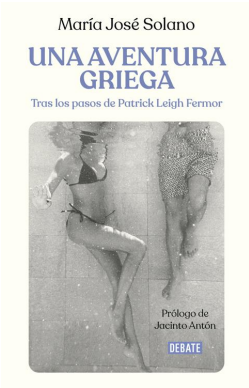
LIBROS SOBRE PATRICK Y JOAN LEIGH FERMOR

Dooundoulakis, Helias y Gabriella Gafni, *Trained to be an OSS Spy*, Xlibris Corporation, 2014.
Fenwick, Simon, *Joan. Beauty, Rebel, Muse. The Remarkable Life of Joan Leigh Fermor*, Pan Macmillan, 2018.
O'Sullivan, Michael, *Patrick Leigh Fermor. Noble Encounters between Budapest and Transylvania*, Central European University Press, 2018.

ENLACES

Dolores Payás, «Patrick Leigh Fermor, el escritor viajero», *Revista de Libros*, n.º 160 (abril de 2010), <https://www.revista delibros.com/biografias-de-patrickleigh-fermor-el-escri tor-viajero/>.
Marqués de Tamarón, «Sir Patrick Leigh Fermor», *ABC*, 2 de julio de 2011, <https://www.abc.es/opinion/abcp-patrickleigh-fermor-201107020000_noticia.html>.
«Faces of the Week – you can hear Leigh Fermor's voice there».
«Long Distance Paths E6, E8 and E3 trace similar routes across Europe».
<https://patrickleighfermor.org/>.

Un viaje apasionante al corazón de la Grecia contemporánea tras los pasos del intrépido escritor sir Patrick Leigh Fermor, amigo de Lawrence y Gerald Durrell.



Solo aquellos que hayan vivido los ardientes fuegos de un amor irrefrenable podrán comprender las razones que llevaron a María José Solano a dejarlo todo y emprender en solitario *Una aventura griega*. Acompañada únicamente de una maleta de mano y los libros del objeto de su pasión, el héroe de guerra y cronista viajero Patrick Leigh Fermor (1915-2011), la escritora abraza los restos de su legado en el país de los olivos.

Caminapor las mismas calles en las que él, célebre por aventuras épicas en el país heleno, había vivido mil correrías y *affaires* secretos; brinda con *uzo y retsina* en las tabernas en las que él se embriagó con su círculo bohemio y, acaso igual que él, sueña con la posibilidad de encapsular el pasado mágico de un país rebosante de tesoros arqueológicos.

En este singular trayecto, que se puede leer casi como un romance con la obra fermoriana, Solano hace escala en lugares legendarios como Corinto, Micenas, Epidauro, Esparta o la isla de Hydra, donde Leigh Fermor (Paddy, para los amigos) pasó una larga temporada en una mansión ahora -cómo no-declarada en ruinas. Desde cada uno de esos enclaves, capitales para entender la figura del aventurero, la escritora sevillana declara su amor eterno a un personaje tan singular como enigmático, con sus luces y sus sombras, siempre impetuoso y, hasta

su último aliento, impulsado por un hambre insaciable de acción y conocimiento.

María José Solano (Sevilla, 1975) es cofundadora de la revista digital literaria Zendalibros.com, coeditora de la colección de novelas clásicas Zenda-Edhasa y columnista en el diario *ABC*. Además, conduce el pódcast Casa de fieras, de *ABC*.

Primera edición: septiembre de 2023

© 2023, María José Solano Franco © 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona © 2023, Jacinto Antón, por el prólogo
Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Andreu Barberan
Fotografía de portada: © Jeosm
Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19642-12-7

Compuesto en: www.acatia.es
Facebook: PenguinEbooks
Facebook: debatelibros
Twitter: @debatelibros
Instagram: @debatelibros
YouTube: penguinlibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Una aventura griega. Tras los pasos de Patrick Leigh Fermor

Prólogo. «You love Mihalis»

1. Atenas: una habitación con vistas

2. Tabernas, amigos y una princesa

3. Atenas era una fiesta

4. Carta a los corintios

5. Las pantuflas de lord Byron

6. ¡Galatás, Lemonodasos!

7. El equipaje del viajero

8. *Orea Hidra!*

9. Nauplia: una pequeña odisea

10. Epidauro: un drama en varios actos

11. Agamenón de Micenas

12. Una peluquería en Esparta

13. Hacia Mani: infierno y paraíso

14. Kardamili: una casa entre los juncos

15. *Drink time!*

16. «You love Mihalis»

17. Los hombres del cuarto de luna

Obras consultadas

Sobre este libro

Sobre María José Solano

Créditos